

# Oro

## REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año III Núm. 20

Valencia, enero 1934

Administración:

CALLE DE VILARAGUT, 3  
VALENCIA



## CON DOLOR...

**P**ERO con sinceridad.

No podemos, ni aunque pudiéramos queríamos, censurar actitudes de quienes son, en el más elevado e integral sentido del vocablo, hermanos queridos nuestros; hermanos triplemente: como hombres, como trabajadores, como idealistas.

Sin embargo —o, quizá, por todo eso—, no podemos tampoco sancionar los últimos acontecimientos revolucionarios, porque ante nosotros se ofrece, perfectamente establecida, una diferencia, insoslayable, entre la «revuelta» y la «revolución».

Los hechos pasados, recientes, nos sugieren múltiples consideraciones.

En primer lugar, viendo en ellos una consecuencia de tantas cosas, hemos de lamentar los sucesivos fracasos de los diversos esfuerzos internacionalmente realizados en pro de la unión de todos los trabajadores del universo. Pero no es óbice la contemplación de esa serie de fracasos, para que nosotros sigamos creyendo y propagando, como única solución eficaz del problema de la final emancipación proletaria, la realización del Frente Obrero.

Las experiencias de los más avanzados ismos demuestran, con claridad diurna, la necesidad de la disciplina y el control. Interesa mucho a nosotros decir y a los trabajadores comprender, que ni la disciplina es esclavitud, ni el control, autoritarismo. Este es nervio director, cerebro; aquélla, sinovia, aglutinante. Sinovia y cerebro, esenciales factores biológicos del ser humano racional, no pueden quedar omitidos en el gran organismo vivo y fecundador que puede, debe ser y será, esa UNION necesaria que venimos reclamando en nombre de la salvación del mundo.



Los acontecimientos últimos, serenamente analizados, no dejan ante nosotros otra cosa que dolor. Un gran dolor, pero no ese dolor simultáneo al estremecimiento generoso precursor del parto, de la nueva vida, sino ese otro dolor de angustia, acompañado de estremecimientos, de epilepsia, preámbulo, agonía mortal. La sangre del pueblo es rica. Derramarla, sin fruto, es derrochar, y el derroche estéril es suicida.

Salvemos —hemos salvado ya— las intenciones. Pero queda la realidad que es siempre el producto de una táctica. Cuando la realidad es negativa, síntoma de que la táctica fué errónea.

El mundo del porvenir no es de las individualidades, sino de las colectividades, de las grandes masas. Por otra parte, el enemigo de nuestro ideal es la dictadura. Una y otra consideración afirman la necesidad de la fórmula que dé el mando —o si acaso esta palabra suena por el abuso mal— la orientación del desenvolvimiento social a la masa, sin apelar a los procedimientos, antihumanos, dictatoriales. Esta fórmula, lógicamente, ha de implicar una táctica nueva, táctica de paz, de fraternidad y de convicción, de convicción ante todo, porque la convicción es la única coacción automáticamente aceptada por el espíritu libre

Y no será necesario añadir que esta táctica nueva tendrá que apoyarse en estas palabras tan frecuentemente, por desgracia, repudiadas: inteligencia, reflexión, unidad en la dirección de esfuerzos. Sin esto, toda la acción violenta quedará neutralizada y sin posibilidad de afianzar nada serio.

Por último, una ojeada al panorama del mundo. En ese panorama, un enemigo único. Único y, no nos engañemos, poderoso: el Fascio.

Su condición de único simplifica nuestra ofensiva desde el momento en que sólo requiere una acción concentrada; pero su cualidad de poderoso aconseja, una vez más, la inexcusable y perentoria necesidad de una actuación intensiva, solamente posible supuesta la unión de todas las energías proletarias.

Nuestras inspiraciones quedan aquí, siquiera sintéticamente, esbozadas. Sólo nos resta pedir a todos los trabajadores unos momentos de serena y profunda meditación.



El fascismo asume la tarea de formar «el alma del niño».



## El corporativismo en el Estado fascista italiano

# La jurisprudencia fascista del trabajo y la arbitraria ley de Seguridad

**C**ARMEN Haider, en un gran libro acerca de la organización fascista del trabajo (1), fija los orígenes de este movimiento en octubre de 1921. Dice que el movimiento comenzó entre la población rural de Ferrara y pasó, durante el mes de mayo, de manos de Balbo a Rossoni. En octubre, la Cámara del Trabajo (fascista) de Ferrara fijó, como base del sindicalismo fascista, los puntos siguientes: 1.º, el movimiento sindical fascista comprende a los obreros, a los técnicos (subjefes técnicos de fábrica) y a los intelectuales; 2.º, tiene un carácter netamente nacional; 3.º, sus fines son armonizar los intereses particulares de los grupos productores con los de la economía nacional; 4.º, se propone reivindicaciones no solamente económicas, sino también culturales y técnicas. Rossoni da al término «nacional» un sentido que significa defender al obrero italiano no sólo contra su empresa sino también contra sus camaradas (trabajadores) extranjeros, que procuran impedirle encontrar trabajo cuando va al extranjero, y frecuentemente se convierten en cómplices de una explotación, específica del obrero italiano, por parte de las empresas extranjeras.

Un Congreso celebrado en enero de 1922, por tanto, precedente a la toma del Poder por los fascistas, fijó, en un orden del día del camarada Bianchi, antiguo secretario de la Bolsa del Trabajo, de Nápoles, los fundamentos del sindicalismo fascista. Los puntos esenciales de esta larga deliberación son los siguientes: «El trabajo es la potencia que resulta de todos los esfuerzos que se proponen crear, perfeccionar o aumentar el bienestar moral, intelectual o material del hombre. Todos aquellos que manifiestan una actividad en este sentido son, pues, trabajadores; y, por tanto, tienen un puesto en la organización sindical fascista que, en cualquier caso, declara subordinar su actividad y la de sus miembros a los intereses superiores del país.» La idea de que todo ciudadano fascista debe comprender el conjunto de las tres clases de la sociedad —empresarios, técnicos y obreros— y que sus intereses deben quedar subordinados a los intereses de la nación, fué confirmada por el primer discurso de Mussolini, el 16 de noviembre de 1922, en la Cámara de los Diputados, después de la toma del Poder: «Cuando se dice «trabajo», se dice burguesía productora y clases trabajadoras en las ciudades y en el campo. Nada de privilegio para la primera, nada de privilegio para las segundas; sino tutela de

los intereses de todos, en la medida en que armonicen con los intereses de la producción y de la nación.»

Ahora se trata de organizar a los trabajadores, a los intelectuales y a los empresarios sobre una base estatal, en plena armonía con la nueva realidad del Estado despótico y policial creado por el fascismo. El párrafo primero de la carta del trabajo contiene la siguiente declaración:

«La nación italiana es un organismo que tiene unos fines, una vida y unos medios de acción superiores a los de los individuos o sus Asociaciones. Forma ella una unidad moral, política y económica que se manifiesta integralmente por el Estado fascista.»

Vemos, pues, que el fascismo pretende ser una doctrina nacionalista; pero que, para él, el nacionalismo se reduce al estatismo, mientras que el estatismo se reduce al hecho mismo del partido fascista, dueño del Poder. El corporativismo fascista es, por definición, un instrumento de la supremacía del partido fascista. Todas las teorías se estrellan contra esta realidad, y esta realidad está declarada inclusive por las leyes fascistas y por las opiniones de los jefes del fascismo. Un sindicalismo al servicio del Estado y del partido fascista —y no al de las necesidades individuales o de clase de los sindicatos—, he aquí lo que es el corporativismo fascista. Y no haría falta decir más.

La personalidad jurídica se otorga a las Asociaciones sindicales, por real decreto, a propuesta del ministro de Corporaciones y de acuerdo con el de Asuntos Interiores. Para gozar de la personalidad jurídica, los Sindicatos de obreros y los de patronos han de probar que representan «la décima parte, por lo menos, de los obreros (o de los patronos) de su categoría» (arts. 1.º y 4.º de la ley de 3 de agosto de 1926, núm. 563). «Para cada categoría de patronos y obreros, no puede ser legalmente reconocida más que una sola Asociación» (art. 2.º de la citada ley). Por esta disposición se crea el monopolio sindical fascista. Los dirigentes de las Asociaciones deben aportar la prueba de «una fe nacional demostrada» (art. 2.º de dicha ley). Pero esta prueba no se puede dar si no es por la inscripción en el partido fascista. La misma ley exige que los estatutos de los Sindicatos que pidan su reconocimiento jurídico, lleven una cláusula que subordine la admisión de miembros a la prueba de su «buena



conducta política desde el punto de vista nacional» (art. 4.º de la ley de 3 de abril de 1926). Esto significa que no se es admitido en el Sindicato no siendo fascista. Y no hay que esperar en la posibilidad de otros Sindicatos, pues la ley de Seguridad pública de noviembre de 1926, disuelve todas las Agrupaciones no fascistas (liberales, cristiano-sociales, demócratas, comunistas o socialistas), y cualquier Sindicato libre, no fascista, cae automáticamente bajo el peso de esta ley. Luego los únicos Sindicatos que admite el fascismo son los fascistas.

Se dictaron las más rígidas disposiciones para garantizar la elección de dirigentes del agrado de las organizaciones sindicales superiores y del Gobierno, pues se entendía que «los dirigentes deben gozar en todo momento de la confianza del Gobierno» y que «esta confianza es la más eficaz garantía de que las Asociaciones funcionarán conforme a los fines para que se han creado y han sido reconocidas». Estas son las propias palabras de que se ha servido la Comisión parlamentaria (fascista) para presentar la ley sobre «la disciplina jurídica de las relaciones colectivas del trabajo». La ley, en su principio, lleva una prescripción general, en virtud de la cual, los dirigentes de las Asociaciones sindicales oficiales deben aportar «garantías de capacidad, de moralidad y de fe nacional demostrada». Más adelante, la ley precisa esta prescripción y estipula que «el nombramiento de presidentes y secretarios de las Asociaciones nacionales, interregionales y regionales no tiene efecto alguno, si no es aprobado por real decreto, a propuesta del ministro competente (de Corporaciones), de acuerdo con el ministro de Asuntos Interiores» (art. 7.º de la ley de 3 de abril de 1926). Además, las organizaciones sindicales están sometidas a un control constante y rígido por parte del Gobierno y de los órganos del partido fascista, único partido reconocido y admitido en la organización del Estado fascista. Este control es doble, a saber: un control interior de los órganos superiores sobre los órganos dependientes, y un control exterior ejercido por los Poderes administrativos del Estado. Sin hablar del primero, ya vemos que el segundo llega al extremo de conferir al Gobierno «el derecho de anular las resoluciones de los órganos de las Asociaciones sindicales legalmente reconocidas, cuando aquéllas (las resoluciones) estén en oposición con las leyes, los reglamentos y los fines esenciales de las organizaciones» (art. 29 del decreto de 1.º de julio de 1926). Y, como si esto no fuese suficiente, la ley concede al Gobierno la facultad de «requerir, y, si fuere necesario, decretar directamente la revisión de todas las Asociaciones legalmente reconocidas» (art. 15 del decreto de 1.º de julio de 1926).

Así vemos que los Sindicatos fascistas no son más que una manifestación de la actividad gubernamental y un órgano del Estado fascista mismo. Pero si quedase alguna duda a este respecto, bastaría para disiparla con conocer las disposiciones concernientes a la colocación de los obreros. Está prohibida la libre contratación de éstos; se han constituido ofi-

cinas de concentración, y éstas están formadas por una Comisión mixta de patronos y obreros, presidida por el secretario del fascio local. ¿Quién es el secretario de un partido político como tal (en este caso, del partido fascista), para intervenir en la colocación de trabajadores? Nadie sabría decirlo. Pero ello se explica por el artículo 23 de la Carta de trabajo, en que se declara que «los patronos están obligados a contratar la mano de obra, por intervención de estas oficinas, teniendo libre elección entre los obreros inscritos en la lista y concediendo preferencia a los miembros del partido y de los Sindicatos fascistas, según la antigüedad de su inscripción». De suerte que quien no sea fascista no encontrará trabajo; y el mismo patrono que a un mal obrero fascista preferiría un buen obrero no fascista, neutral o enemigo del partido dominante, no podrá proceder de acuerdo con su preferencia. Es la antigüedad de inscripción en el partido la que decide. De manera que un antiguo *apache*, procedente de las expediciones punitivas contra los socialistas (2), deberá ser preferido —en todas partes— a los buenos obreros que conocen su oficio, aun cuando éstos no hayan jamás sido socialistas, permaneciendo neutrales.

Vemos, por todo esto, que la finalidad del sindicalismo fascista no es proteger los intereses de los trabajadores como tales trabajadores, sino someterlos a los órganos del Estado y del partido que ha captado el Poder y a un régimen de control y vigilancia persistente y continuo de su vida económica; es decir, de toda su vida...

Por lo demás, en el transcurso de la discusión, en el Parlamento, de las leyes sindicales fascistas, el presidente de la Confederación de Corporaciones fascistas, Edmundo Rossoni, y el secretario general del partido, Roberto Farinacci, pronunciaron discursos que disiparían todo género de duda respecto de cuanto llevamos examinado. El jefe de los Sindicatos fascistas, Rossoni, declaró: «Los Sindicatos son nuestros. Los Sindicatos son fascistas, es decir, que forman una misma cosa con el fascismo, el Gobierno, el Estado, el régimen, la revolución fascista... En los Sindicatos nada podrá hacer nadie contra la revolución.» Vemos, pues, claramente, que el pensamiento que ha presidido la constitución de los Sindicatos fascistas ha sido el interés conservador del Estado y no las necesidades de los trabajadores.

Roberto Farinacci, secretario general del partido, añadía: «Lo que nos agrada de manera especial a nosotros, los fascistas, en este proyecto de ley es el reconocimiento de los Sindicatos nacionales fascistas. Y por esto, precisamente, hay que recompensar a cuantos han servido al fascismo.» Es decir, que, según él, se hacen las revoluciones... ¡para dar de comer a los revolucionarios!

Tal es el sindicalismo fascista, al cual M. Panunzio define como «sindicalismo de Estado» (*Civ. Fasc.*, p. 34), sin advertir siquiera que esta defini-



ción resulta una burla de la pretensión, expuesta por Mussolini, de que «el Estado fascista sería, por esencia, un Estado sindical y corporativo».

Veamos ahora cuál es la función histórica del sindicalismo fascista. Este, en el fondo, debe resolver sencillamente el problema del despotismo en los tiempos actuales. Entre los siglos XVI y XVII, el problema político del Estado absolutista consistía en la sumisión de la nobleza y de la aristocracia feudal al Poder real. Hoy, la única fuerza que podría resistir al absolutismo estatal es el Sindicato obrero. Pero, sujetando al Estado el Sindicato, éste pierde toda posibilidad de oponerse a aquél; se convierte en un simple engranaje en el mecanismo del Estado, y su voluntad lo mismo que su acción están imposibilitadas de entrar en pugna con los intereses del Estado, o sea, del grupo armado (partido fascista) dueño del Estado. Con el cinismo habitual en los fascistas, Bottai, ministro de Corporaciones, ha declarado: «La Carta de trabajo determina con precisión la naturaleza y los caracteres de las Corporaciones y reafirma nuevamente la idea de que las Corporaciones constituyen órganos del Estado» (*Civ. Fasc.*, p. 388). El Estado es, pues, la cosa esencial; la Corporación es un simple instrumento. Basta hacer esta comprobación para reconocer que, con sus Corporaciones, el Estado fascista se ha propuesto resolver muy simplemente el problema del absolutismo, tal como estaba planteado en el siglo actual. Este anacronismo es el único juicio que se puede emitir sobre el fascismo.

Habríamos ahora de examinar este sistema, desde el punto de vista de sus resultados económicos. Para ello, haría falta recordar que el corporativismo fascista nos ofrece un doble aspecto: «organiza» a las empresas y al mismo tiempo, es un hecho que interesa a los trabajadores asalariados. En efecto: el corporativismo organiza, por una parte, a los trabajadores y, por otra, a los empresarios (capitalistas o no).

Las profesiones liberales (los «intelectuales») deben también constituirse en Corporaciones. Dejando a un lado las profesiones liberales, la cuestión está en comprender lo que el sistema de sindicalismo estatal da para los obreros y lo que da para la sociedad considerada como un todo.

Se habla mucho del sindicalismo fascista y de sus excelencias. Pero el problema teórico de su valor económico siempre es soslayado por los extráneos que hacen como que estudian el fascismo.

Comencemos por los trabajadores.

En la exposición ministerial de motivos de la ley, «sobre la reglamentación jurídica de las relaciones colectivas del trabajo», se lee lo siguiente: «Cuando nadie pone en duda la ilicitud de que los individuos se tomen la justicia por su mano, se entiende de todo punto natural que las categorías y las clases sociales defiendan sus intereses económicos por la fuerza; en otros términos: que ejerzan la misma autodefensa que está legalmente vedada a los individuos.»

Después de haber afirmado que el progreso jurídico de los pueblos se realiza mediante la sustitu-

ción gradual de la acción judicial del Estado por la autodefensa de los individuos, proclama que la fuerza actual del Estado italiano y el prestigio de su Gobierno permiten reemplazar igualmente en el campo económico la autodefensa de los individuos y de las clases por la acción judicial de los Poderes públicos. De dónde la consecuencia de que el *lock-out* y la huelga sean declarados crímenes y, naturalmente, penados por la ley. Una magistratura del trabajo resolverá las cuestiones que las partes tenían costumbre de resolver con la huelga y el *lock-out*.

Aquí todo es falso y arbitrario. No es cierto que la ley (en los pueblos civilizados) prohíba la autodefensa individual. La ley no prohíbe esa autodefensa más que en aquello en que hay perjuicio o riesgo de perjuicio para la persona física o para la propiedad real. Y ni la huelga ni el *lock-out* constituyen este perjuicio o riesgo de perjuicio.

La huelga es la negativa, concertada, de trabajo, y nada más. El *lock-out* es el cierre de las fábricas, sin anuencia de los obreros. Ni la huelga ni el *lock-out* constituyen daño para la persona física o para la propiedad real de quienquiera que sea. En su materialidad evidente, una y otro quieren decir que o los obreros o los patronos no tienen interés en seguir trabajando. Y eso es todo. En el momento en que el hecho se consuma, no sabemos más que una cosa: que una de ambas partes o las dos no encuentran cómodo seguir trabajando. Los huelguistas —como tales huelguistas— son personas que se abstienen de toda acción, desde el momento en que esta acción no les es impuesta como un deber político. Y lo mismo podríamos decir del patrón que apela al *lock-out*. Como el obrero y el patrono están en el derecho individual de ir o no ir a la fábrica tal día o durante tal período, así también tienen derecho los primeros a dejar de ir todos juntos, si les agrada hacerlo, y el patrón a cerrar la fábrica, si tal es su voluntad, o lo hace porque tal día él hace una fiesta patriótica o está de duelo o quiere simplemente protestar de sus obreros (3). Ahora bien; ¿es posible convertir en crimen el renunciamiento a la acción libre, es decir, no impuesta por la ley, el abandono de una acción que no es un deber público?

Pero la finalidad verdadera de la legislación fascista está en la otra falsa analogía, que quiere establecerse entre la huelga y el *lock-out*. Esta analogía ha sido fijada por el legislador fascista con un fin de especiosa equidad (4). Aparentemente, se prohibía a los obreros un hecho equivalente al que se prohibía a los patronos. Pero no hay nada de esto. El derecho opuesto a la huelga no es el *lock-out*, sino el derecho de despido. En efecto, el patrón que quiere librarse de sus obreros, o porque son malos trabajadores, o porque quiere él cambiar las condiciones de trabajo, licencia, despide a sus obreros. Y este derecho no se le puede arrebatar al patrono. Pero si éste (empresario, capitalista u organismo colectivo) conserva el derecho de despedir, individualmente o en bloque, a sus empleados, será natural dejar el uso del mismo derecho a los obreros, porque la huelga, en definitiva, es eso: el autoli-



cenciamento de los obreros, a reserva de volver a la fábrica en otras condiciones.

Luego si el obrero es despojado del derecho de huelga, en tanto que el patrono conserva el derecho de despido, es evidente que aquí se ha creado una jurisprudencia desprovista de igualdad, y esta desigualdad es una partida más a sumar a la inferioridad del trabajador en el mercado del trabajo.

Por lo demás, el resultado último del sindicalismo fascista es, precisamente, la sumisión del trabajo al capital.

Pero ya existe esa magistratura del trabajo. En efecto, la ley que prohíbe la huelga y el *lockout* fija también la constitución de secciones particulares de tribunales de apelación para decidir en todas las materias que den lugar a un conflicto entre patronos y empleados (salvo los empleados del Estado o de otros cuerpos administrativos). No hemos de ocuparnos de los procedimientos de estos tribunales del trabajo; nos limitaremos a hacer notar que están formados por tres magistrados ordinarios del Tribunal de Apelación, más dos ciudadanos expertos en las cuestiones económicas y de trabajo, elegidos entre una lista especial formada en cada Tribunal de Apelación. Esta lista sólo puede estar integrada por fascistas, porque los inscritos en ella han de ofrecer garantía de «buena conducta política», y la ley de Seguridad declara que la buena conducta política consiste en el hecho de no oponerse al Gobierno fascista. Así, pues, el Tribunal de trabajo se compone de tres jueces ordinarios y dos fascistas... Ahora bien; sin aludir a la casi imposibilidad de encontrar un criterio por el que reconocer que una demanda o una reivindicación de los obreros es fundada y está justificada, ¿cómo ignorar que el juez es, por definición, un conservador y que los dos fascistas están, por definición también, ganados, desde el punto de vista patronal? (5) Esto equivale a decir que todo litigio se resolverá a favor de los patronos y que toda petición de los obreros será inexorablemente rechazada. En el mejor de los casos, se llegará a una solución de esas de poco más o menos, o se tratará de contentar a todos sin lograr dar satisfacción a nadie. Y, tal vez, el perjuicio más grave no sea para el obrero; pero el patrono, sabiendo cubiertas sus espaldas por esta magistratura del trabajo, dejará hacer, sin tratar de mejorar los procesos técnicos y se tumbará a la bartola, tranquilo y confiado. De donde la verdadera razón de condenar el corporativismo fascista ya no consistirá en los males de los obreros, sino en la decadencia en que tal sistema sumirá a la industria entera.

Lo mismo sucederá respecto de esa otra intervención minuciosa y humillante que la Carta de trabajo y la práctica fascista previenen para la industria privada y para la actividad económica industrial. El comercio exterior está sometido a multitud de prohibiciones. La Ley de Seguridad pública exige una licencia de policía para el ejercicio de cierto número de comercios e industrias, y el decreto ley de 16 de diciembre de 1926 (número 2.174), extendiendo esta obligación a todos los comercios mayo-

ristas y al detall, confiriendo al *podestà* (burgomaestre) el derecho de otorgar estas licencias.

El Estado se reserva el de dirigir directamente las empresas privadas, si lo juzga necesario, por razones de orden público; declara al patrón responsable de la organización de su empresa; fija y cambia los salarios de los obreros y los beneficios de los patronos; exige la propia autorización no solamente para fundar Bancos, sino para constituir Sociedades comerciales, edificar casas; para ejercer toda especie de comercio (6). Y todo esto es... la ley. La realidad es otra cosa más triste. Prácticamente, el Gobierno fascista interviene en la economía privada de las industrias, del comercio y de la agricultura cuantas veces le place.

Sabemos que la ciencia económica no admite más que dos sistemas que puedan dar el resultado máximo, es decir, aumentar el bienestar individual y colectivo hasta su mayor grado: el sistema de la libre concurrencia y el del plan colectivo (comunismo); dado un orden determinado de la técnica. Un sistema de propiedad privada, de los medios de producción produce sus efectos más completos, únicamente a condición de que su organización sea absolutamente libre, no trabada, no sujeta a las limitaciones arbitrarias de las intenciones y decisiones del Gobierno del Estado. Y esto se comprende, situándonos en el punto de vista de la finalidad y misión de la iniciativa individual en la economía. Es posible que un sistema de plan no dé más que un sistema de libertad total; pero, en todo caso, el si algo le falta o si esta disponibilidad de los medios de producción existentes en una sociedad. El ministro de la producción, en el Estado socialista, ha de poder disponer de todos los medios de producción, de manera que sea factible hacer de ellos el uso más conveniente a los fines colectivos (7). Y si algo le falta o si esta disponibilidad de los medios de producción queda restringida por el uso privado que otros hagan de parte de esos medios, o por la voluntad de organismos privados, el sistema socialista no puede dar su máximo resultado. Pero el dilema es siempre el mismo: o libertad económica (individual) absoluta, u organización unitaria, sobre la base de un plan, sin perturbaciones que puedan nacer de la iniciativa individual.

El fascismo es sistema de iniciativa privada sometida al control del Estado; plan del Estado, confiado, para su ejecución, a la libre iniciativa privada. Ni es el liberalismo ni es el socialismo. No hace más que reunir los defectos y las imperfecciones de ambos sistemas. Es estatismo puro, es decir, una organización económica sometida a los designios de una minoría extraña a la actividad industrial de la vida y confiada, para la ejecución, a los individuos privados. El Estado (el partido fascista, selección, armada, de parásitos) forma el plan, y los individuos (el país económico) están obligados a ponerlo en práctica. Tal es el sistema económico de toda organización despótica del Estado. Esto recuerda la Roma de Augusto, la Bizancio del siglo XI y la España de Felipe II, por no citar más que los ejemplos más notorios y más clásicos. Todos



sabemos cómo terminaron estas tristes experiencias históricas. La Roma de Augusto fué la causa de la larga agonía imperial; la Bizancio del siglo XI, paraíso del monopolio estatal y de la intervención gubernamental, no fué más que un lento, interminable proceso de putrefacción histórica. Y en cuanto a España, es ahora cuando empieza a levantarse de la espantosa decadencia inaugurada por Felipe II.

Evidentemente, si el fascismo estuviese destinado a durar, habría de dar los mismos resultados. Las personas que combaten al fascismo en Italia (y creemos que el mismo fenómeno, con las mismas características, se da en todas partes donde el fascismo surge) no lo hacen desde un punto de vista de clase o de política. Solamente los comunistas, con su falta absoluta de espíritu crítico y su formal, literal, marxismo, se han figurado que el fascismo es la «forma específica» italiana de la dictadura de la burguesía. La realidad es que, aunque nacido como un fenómeno de reacción burguesa, contra los errores de un socialismo desprovisto de sentido político, el fascismo ha terminado por librarse de sus orígenes y convertirse en un fenómeno de estatismo, es decir, de superposición de intereses particulares de un bando, dueño del Estado, sobre los intereses de todas las clases productoras de la sociedad. Este sistema conduciría fatalmente a Italia a la decadencia y a la muerte. La lucha actual contra el fascismo es la oposición del espíritu nacional a las fuerzas que quieren sofocarlo.

**Arturo LABRIOLA**

## NOTAS

(1) Carmen Haider: *Capital and Labor under Fascism*, New York, 1930, págs. 51-53.

(2) Es preciso insistir en el hecho de que jamás se han batido los fascistas con fuerzas regulares del Estado liberal o contra formaciones militares de los socialistas. La «conquista fascista» no ha sido más que una serie espantosa de crímenes privados (comunistas, socialistas y republicanos asesinados; casas particulares saqueadas e incendiadas; Sindicatos, Cooperativas, Círculos de cultura destruidos, etcétera; etc.). Es una vergonzosa mixtificación pretender que los fascistas hayan tenido que sacrificarse para llegar al Poder. Lo que no disculpa en los socialistas su resignación cristiana ante las crueles violencias que han tenido que sufrir. Un partido fuerte, con fuerza legalmente adquirida, no puede despojarse del deber de defenderse, con las armas, cuando es atacado materialmente, bien por el Po-

der constituido o bien por formaciones particulares. Este «deber» no fué atendido por el partido socialista italiano, de dónde su ruina en cierto modo bien merecida. (Y lo mismo podemos decir del socialismo alemán.)

(3) Por lo demás, el fundamento jurídico del crimen de huelga, nunca se ha cifrado en el uso abusivo de su propia razón de ser (autodefensa individual), sino en las perturbaciones del orden público.

(4) El art. 18 de la ley de 3 de abril de 1926 castiga a los huelguistas y a los patronos que cierran sus fábricas, con pena de uno a dos años de cárcel.

(5) La razón fundamental con que todos los economistas clásicos, desde Adam Smith hasta Vilfredo Pareto, han defendido siempre el derecho de huelga para los trabajadores, es la imposibilidad absoluta de encontrar un principio cualquiera, mediante el que se pueda juzgar si tal o cual petición de los obreros es o no fundada. La complejidad de los elementos que constituyen la producción, permite siempre encontrar en uno de esos elementos la compensación, por el aumento de precio de otro elemento cualquiera. Y, en última instancia, el hecho de ceder o no a una petición de los trabajadores es lo que decide si ésta está fundada o no.

(6) Hay en el mismo fascismo una especie de comunismo en reserva. Edmundo Rossoni, antiguo presidente de la Confederación sindical fascista, declaraba en una interviú: «La concepción fascista de la colaboración de clases no tiene más que un valor contingente y relativo, en relación con las necesidades engendradas por el malestar de la economía nacional y por las faltas del régimen liberal. Las Corporaciones fascistas no tienen nada prejuzgado sobre el sistema de producción. Entre el capitalismo y el comunismo, prefieren un sistema que garantice la producción más abundante y deciden, según las necesidades del momento histórico» (*Cronache sociali d'Italia*, fascículo de marzo-abril, 1926, página 21). He aquí una «teoría» propia de una mezquina base política.

(7) Es decir, debe reunir en sus iniciativas todas las libertades que antes estaban dispersas en los individuos particulares. El resultado económico es siempre proporcional a la cantidad de libertad económica de que se dispone en una sociedad, lo mismo si esta libertad está diseminada en los individuos, que si está condensada en los órganos de la economía colectiva. La teoría de la economía comunista es, también, un caso de influencia de la libertad sobre la producción y distribución de los bienes económicos. De suerte que pueden aplicarse a la economía comunista las mismas teorías descubiertas para la economía liberal.



# La "experiencia" Roosevelt, prefacio del fascismo

Y II

## ¿Qué es de la lucha de clases?

**S**i lleváis a nuestros camaradas reformistas a sus últimos reductos os contestarán con este postrer argumento: la N. R. A. reconoce a los Sindicatos y facilita el reclutamiento sindical. Así, Longuet, en *Popular* del 18 de agosto, se felicita del «robustecimiento de la organización sindical de los trabajadores, altamente afirmada y querida por Roosevelt», y, en *Monde*, un redactor —ortodoxo por cierto—, no vacila en afirmar que la N. R. A. permite «a las organizaciones obreras apoderarse de fortísimas posiciones en las empresas, lo que dará a la acción sindical una eficacia hasta ahora desconocida en los Estados Unidos». (9 de septiembre.)

No tergiverseamos las cosas. Ciertamente que el general Johnson ha impuesto a los patronos —para atraerse a los trabajadores, cuyo apoyo a la N. R. A. es indispensable— la supresión de la cláusula de «taller abierto» y la aceptación del «contrato o ajuste colectivo»; que en lo sucesivo, los obreros de una fábrica no se verán obligados a pertenecer a un Sindicato «amarillo» y podrán afiliarse a la organización que prefieran y tratar, mediante ella, con el patrono. Pero los Sindicatos «amarillos» subsistirán y las organizaciones obreras no podrán imponer la cláusula de «taller cerrado» (cerrado a los no sindicados). «Es un deber —ha declarado el general Johnson— cuidar de que todos los trabajadores reciban buen trato... Pero no es deber nuestro actuar como instrumento para unificar a los trabajadores y nada haremos en tal sentido.»

En un «momento de distracción», extraño, por lo menos, y del que, por otra parte, se arrepintió públicamente, el general Johnson dejó subsistente en el *Código del Automóvil*, uno de los más importantes, la famosa cláusula de «taller abierto». He aquí una excepción de bulto, que debe entibiar nuestro entusiasmo.

Conviene también dejar sentado que, en la elaboración de los «Codes», el Trabajo se halla en situación de inferioridad. Las organizaciones obreras no tienen intervención sino a título consultivo puramente, bajo la forma de Consejo consultivo del Trabajo, en el que tienen asiento algunos *mandarines* sindicales. Los «Codes» son firmados por los patronos, no por los obreros. Aparte de esto, ninguna otra forma de representación obrera se admite en las empresas.

No obstante, nuestros camaradas reformistas no reprimen su júbilo y lo basan en dos razones:

1.<sup>a</sup> Que, gracias a Roosevelt, los Sindicatos (que habían conservado la forma arcaica de los Sindicatos de oficios), se han visto precisados a transformarse en Sindicatos de industria.

2.<sup>a</sup> Que, gracias también a Roosevelt, los Sindicatos aumentan, forzosamente, el número de sus afiliados: la Federación americana del Trabajo, antes en franca decadencia, resurge. Se afirma que se ha inscrito un millón de nuevos cotizantes en menos de tres meses.

Veamos esto con detenimiento.

Los Sindicatos, que no habían sabido modernizarse por sí mismos, se han visto obligados por las circunstancias a estructurarse de nuevo. Pero, ¿cuál es esa estructura? Sabido es que, en las industrias de «masa», como el automóvil, el acero, el caucho, etc., la aversión patronal hacia los Sindicatos unionistas provenía de que esos señores no querían tratar más que con los obreros de su fábrica y no con los «conductores» de fuera, que representaban cada uno una especialidad diferente. Así tenían Sindicatos de empresa «amarillos» o Company Unions.

Green, el secretario de la Federación del Trabajo, ha ideado la creación de *Sindicatos de fábrica*, que comprendan a los obreros de una fábrica, sin distinción de especialidad; mas tales Sindicatos (de los que hay ya organizados medio centenar) no tendrán relación alguna con las otras empresas de la misma Sociedad ni con los



obreros que trabajen en la misma industria. Si, por ejemplo, estalla la huelga en una fábrica del Trust del Acero, en todas las otras pertenecientes a la misma industria trabajarán sin solidarizarse con aquélla. Y los obreros de una fábrica, si tienen un conflicto con su patrono, no deberán acudir a ningún miembro de la Federación Americana del Trabajo que no pertenezca a la empresa. Claramente se ve que esas «Uniones» de nuevo cuño no difieren mucho de los Sindicatos de empresa «amarillos», a los que pretenden reemplazar. Sólo podrán satisfacer los pequeños egoísmos y mantener la ilusión de la comunidad de intereses con el patrono. Nos hallamos, pues, muy lejos aún del sindicalismo.

Porque cuando se nos dice que en tal o cual sitio se han afiliado en una noche mil sindicatos nuevos, podemos poner en duda el valor de esa clase de adhesiones

Como dice el *Bulletin Quotidien* del Comité de las Forjas: «Los partidarios y admiradores del presidente Roosevelt hacen resaltar enfáticamente que las nuevas Uniones serán y son ya muy diferentes, a la vez, de las Uniones anteriores (esto es, de las anteriores organizaciones de la A. F. L. (1) y de los Sindicatos socializantes europeos. Su objetivo no es, en efecto, alzar, frente a las organizaciones patronales, instrumentos de lucha, sino crear factores de cooperación. En lugar del antiguo orientador de huelgas ha surgido un nuevo tipo de líder obrero. Los trabajadores, instruidos por sus Uniones, irán siendo, cada vez más, en lugar de asalariados hostiles, colaboradores.»

El *Boletín Económico* de la A. F. L. (citado por *Peuple* del 19 de agosto), declara sin rebozo: «En ese país trabajamos para abrir un camino que conduzca al salvamento (sic) de un sistema basado en la iniciativa individual, estableciendo un método cooperativo... Trabajamos partiendo de la base, que es el método más seguro; previniendo una acción colectiva entre los trabajadores y la dirección de las empresas.»

Hay algo más grave aún.

Un delegado americano a la Conferen-

(1) A. F. L. American Federation of Labor (Federación Americana del Trabajo), la C. G. T. americana.



La insignia del «Aguila Azul», tal como la representan sus adversarios.

cia de la Internacional socialista, Krüger, lo ha señalado en cierta declaración que ha pasado inadvertida: «La fuerza del Gobierno puede ser empleada en tachar de ilegales las huelgas, privando así al trabajo de su arma más eficaz.»

Claro que Roosevelt es demasiado hábil para suprimir abiertamente el derecho de huelga; pero la N. R. A. pone, de hecho, las huelgas fuera de la ley. Trata de eliminar, como factor de concurrencia, las condiciones de trabajo, dando a éstas cierto grado de uniformidad en el interior de cada rama de industria

Es indudable que cuando cada corporación tenga su Código, cuando les hayan sido impuestas por el Estado condiciones de trabajo uniformes, aquél no tolerará que tales condiciones sean puestas en peligro por conflictos. La N. R. A. hace que incluso los simples contratos colectivos que se realicen entre patronos y obreros hayan de ser aprobados por el presidente. Su violación sólo expondrá a perjuicios de intereses, como en otro tiempo en Alemania; pero será considerada como desobediencia al Estado. Y la N. R. A. previene que los infractores podrán ser multados e incluso encarcelados. «Los que quieran sabotear a la N. R. A. serán castigados»,



amenaza el general Johnson. Esto va dirigido más a los huelguistas que a los patronos recalcitrantes. Cada vez serán consideradas más «antipatrióticas» las huelgas (mineros de Pensilvania, lecheros...).

También anunciaba la N. R. A. la constitución de un organismo de arbitraje. En efecto: Roosevelt no ha demorado la creación de un *Bureau* de arbitraje del Trabajo, integrado por los jefes de la A. F. L. y representantes patronales; en cada localidad se completa el mecanismo con unos Comités de mediación. Todavía, con ello, el presidente disfraza su juego; pero es evidente, aun para los socialistas americanos más moderados, que intenta convertir este ensayo en un sistema de arbitraje *permanente y obligatorio*.

Precisamente ahora —¡oh ironía!—, cuando se prepara la declaración de ilegalidad de la huelga, es cuando los conflictos de esta naturaleza hacen racha. Grandes núcleos de trabajadores, que saben cuán difícil les será obtener mejoras una vez aprobados los códigos, ejercen presión para lograr condiciones mínimas aceptables. En Pensilvania, a principios de agosto, 70.000 mineros han abandonado el trabajo. Estas batallas contrarían los planes de Roosevelt y le exasperan, interviene la fuerza armada; corre la sangre...

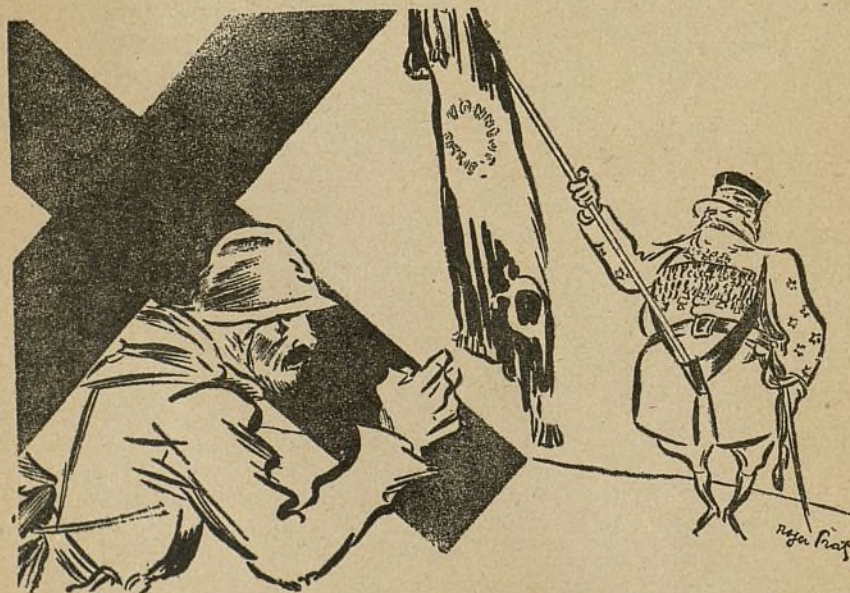
Entonces es cuando Roosevelt decide dar el gran golpe. A sus instigaciones, los Comités consultivos patronal y obrero lanzan un llamamiento teatral en favor de la unión sagrada. Y el presidente, ávido de asirse a la ocasión, hace firmar, el 5 de agosto, a los representantes de la A. F. L. una «tregua entre el Capital y el Trabajo», que comprende a todas las Uniones e industrias y permanecerá en vigor durante todo el período de la «reconstrucción industrial».

He ahí el fortalecimiento de las organizaciones sindicales apetecido por Roosevelt. Esa «tregua entre el Capital y el Trabajo» —la expresión es idéntica— que Hitler ha tenido que imponer en Alemania por la fuerza; esa renuncia solemne al derecho de huelga y a la lucha de clases, por un plazo indefinido, es lo que el presidente de los EE. UU. ha llegado a imponer, sin alharacas ni camisas pardas, al movimiento obrero americano.

Pero *Le Peuple* llama a esto «un alto provisional hecho para no comprometer la suerte de una experiencia». (Número del 12 de agosto.)

¡Nuestros camaradas reformistas son incorregibles!

**Daniel GUERIN**



«Patria. Honor.» Es el emblema del pabellón militarista. Pero ¿sabe el «honorificado patriota» cuál es el calvario que otros han de recorrer por él, cuál es la cruz, preciso de sus cruces...?



## Carreras de mujer en la industria y el comercio

**D**IVERSAS son las causas que parecen concurrir en el aumento constante de la parte que toma la mujer en la producción.

Al decir esto hacemos caso omiso, naturalmente, de los países como Alemania, bajo el régimen hitleriano, en donde las trabajadoras son reintegradas por millares al hogar.

Y he aquí un hecho curioso, que se registra principalmente en los países modernos —especialmente, donde existe cierta libertad de movimientos—: al mismo tiempo que se observa el crecimiento, adviértese un desplazamiento de la mano de obra femenina en las diversas ocupaciones.

Esta mano de obra se mantiene, en general, en la agricultura, la horticultura y el aprendizaje, en que, con harta frecuencia, la mujer desarrolla, durante largas horas, un trabajo demasiado duro para ella. Pero la mano de obra femenina se dirige con menos frecuencia que antes hacia las ocupaciones domésticas: reposo, costura, cuidado de niños, etc. Por el contrario, invade, cada vez más, las diferentes ramas de la industria y del comercio, y aun las que se llaman profesiones liberales: artes y oficios, medicina, abogacía, literatura, etc.

En las industrias vemos a la mujer aparecer al lado del hombre, frecuentemente haciéndole competencia y aun suplantándole en todo aquello en que la dirección, el cuidado, la paciencia y la perseverancia son las facultades más necesarias. He aquí por qué, en las hilaturas y tejidos, por ejemplo, la importancia de la mano de obra femenina ha tenido que aumentar a medida que la máquina reemplazaba, en la producción, al brazo humano. En industria tan antigua como la textil, las mujeres, en muchas fábricas modernas, han reemplazado completamente al hombre.

A más del ininterrumpido desarrollo del maquinismo, otros factores sociales han contribuido a aumentar la influencia de la mano de obra femenina en las diferentes ramas de la producción y la distribución.

En principio, el movimiento de emancipación que se observa en millones de mujeres, su tendencia a hacerse económicamente independientes; luego, las experiencias de la guerra mundial, durante la cual, el trabajo de la mujer hubo de reemplazar al del hombre en muchas regiones y en todas las direcciones. Estas experiencias habituaron a gran número de mujeres a una vida productiva fuera del hogar, con sus ventajas y sus inconvenientes, sus encantos y su prestigio. Hay industrias, especialmente para mujeres; otras, en cambio, en que la mano de obra femenina sólo aparece accidentalmente.

Una nueva rama de ocupación, el teléfono, ha quedado por doquier acaparada por las mujeres, por razón de su voz clara y penetrante y de su resistencia a las considerables fatigas nerviosas de tal servicio.

El trabajo de despacho y *comptoir* es generalmente favorable a la mano de obra femenina.

El último censo de oficios y profesiones en Alemania —antes de la llegada al Poder de Hitler y compañía— demostraba que el número de empleadas se había «casi triplicado», en el comercio, entre 1907 y 1925 (246.139, en 1907; 681.978, en el 1925) (1).

«En los EE. UU., la progresión de trabajadoras en los empleos de oficina ha sido el fenómeno más característico del censo de 1930. El aumento ha sido de cerca de 40 %, desde 1920, mientras que el aumento general de empleos femeninos ha sido de 25 %. Durante el mismo tiempo, el aumento del número de mujeres en la gran industria era de 5'6 %, es decir, inferior al desarrollo general de la población (20 %). El empleo de mujeres en los talleres de trabajos de mano o pequeña mecánica (vestidos, etc.) estaba en amplia regresión, hasta de 30 ó 40 % en ciertas ramas. El

(1) Statistik des Deutschen Reichs, Bd. 402 Volks-, Berufs- und Betriebszählung vom 16 Juni 1925, tom. II, secc. IV, c., pág. 223.



reparto proporcional del trabajo femenino en la actividad económica de los EE. UU. ha sido, en consecuencia, profundamente modificado en la segunda década, en favor de los trabajos de oficina. El mismo fenómeno se observa en muchos de los demás países.» (Marguerite Thibert, «Crise économique et travail féminin», II, *Revue Intern. de Travail*, Ginebra, número de mayo de 1933, nota a la pág. 655).

La busca de razones, por las cuales las empresas de diversas industrias prefieren la mano de obra femenina a la masculina, ha preocupado frecuentemente, en estos últimos años, a las estadísticas oficiales. Viejas éstas, de cerca de una cuarentena de años, la encuesta oficial de 1895-96, hecha en los EE. UU. acerca del trabajo y los salarios de hombres, mujeres y niños, resulta en extremo interesante. Los motivos enumerados por los patronos fueron de órdenes muy distintos, figurando entre ellos las «más grandes disposiciones» (*Cetter adapted*) del sexo femenino para el trabajo en cuestión (1).

Pero especialmente fué la guerra la que demostró la exactitud de ventajas e inconvenientes del trabajo femenino; la guerra ha dado a la mujer la posibilidad de averiguar cuáles son los oficios o empleos para los cuales posee aptitudes especiales y de encargarse de ellos. Por eso fué inmediatamente después de las hostilidades cuando vemos que, en muchos países, se abrieron encuestas sobre las posibilidades que a la mujer ofrecían las diversas carreras. Estas encuestas han demostrado que para la conducción de máquinas y trabajos que requieren el dedo (tejidos mecánicos, por ejemplo), así como para los trabajos en serie, ejecutados automáticamente en máquinas y útiles en diversas industrias, la mujer vale tanto o más que el hombre; pero para los trabajos penosos, que requieren más esfuerzo muscular que habilidad y atención, la mano de obra femenina es inferior. Los informes de los inspectores del Trabajo, de Francia, permiten comprobar, por ejemplo, que las mujeres se han distinguido notablemente en la fabricación de piezas pequeñas de maquinaria (reloje-

ría), así como en la conducción de máquinas y útiles de precisión, de aparatos eléctricos de mando, etc., etc. (1).

Cierta encuesta americana llegó a análogas conclusiones: «Las mujeres trabajan con éxito en las pequeñas máquinas que requieren habilidad, así como en las máquinas grandes para mantención de materiales que exigen el uso de aparatos de elevación, lo mismo para el hombre que para la mujer. Cuando las máquinas no provistas de aparatos elevadores requieren la mantención de materiales muy pesados para una mujer, pero que no exceden la fuerza de un hombre, la mujer fracasa, en tanto que el hombre lo resiste (2).

La enseñanza dada a nuestras jóvenes, especialmente en los estamentos de obreros, empleados y funcionarios, debe ser, pues, completamente reformada. En gran parte, es a consecuencia de su educación demasiado uniforme, por lo que las capacidades especiales exigidas en ciertas ramas, llamadas de ordinario *industrias de mujer* (modas, lencería, flores, plumas, etcétera) se hallan demasiado extendidas, y en todos los grados, en la población femenina.

La oferta de mano de obra sigue siendo considerable, a veces, aun para las categorías de trabajo muy calificadas. Esta observación puede aplicarse particularmente a todos los trabajos de aguja (costura, bordado, etc.) y no menos para los trabajos domésticos. He aquí, precisamente, una de las razones —hay también otras importantes— por las cuales estos *trabajos de mujer* son tan vergonzosamente mal pagados.

Desde luego, siempre será útil que las muchachas aprendan a coser y aun a bordar, que sepan cocinar y arreglar el ajuar de la casa. Todos estos conocimientos pueden serle indispensables en la vida. Sin embargo, la educación de nuestras jóvenes ha estado siempre exclusivamente dirigida en este sentido único del «trabajo doméstico» (en la acepción peyorativa de la pa-

(1) Véase *Eleventh Annual Report of the Commissions of Labor*, cap. I, págs. 30, 31. Consúltese, asimismo, la tabla IV, páginas 583-610, a que el lector es remitido por dicho *Report*.

(1) Véase *Bulletin du Ministère du Travail et de la Prévoyance sociale*, París, número de noviembre-diciembre 1918, págs. 477-79.

(2) U. S. Department of Labor. *Bulletin of the Women's Bureau*, número 12; *The new Position of Women in American Industry*, Wáshington, 1920, páginas 31-32.



labra) y no se puede sino difícilmente ganar el pan en tales condiciones.

Desde que la enseñanza obligatoria hasta los catorce años quede generalizada, habrá obligación de adjuntar a las escuelas primarias —y también a las secundarias, hasta la edad de dieciocho años— escuelas profesionales especiales para muchachas, de manera que la enseñanza del trabajo en las diversas industrias quede combinada con la enseñanza teórica general.

Así, la enseñanza profesional no podría ser la misma para las muchachas que para los jóvenes. El lector estará de acuerdo con nosotros en que la educación de las hijas del pueblo ha estado, hasta el presente, *descuidada*, y que hay mucho que hacer para ganar el tiempo perdido.

Entretanto, no hemos de hacernos muchas ilusiones a este respecto. Yo estoy en todo conforme con Marguerite Thibert (artículo antes citado, pág. 654), cuando dice: «Hay un hecho capaz de maravillar a quien lo advierte: es la dirección que han tomado los más violentos ataques contra el trabajo femenino. Es digno de notar que la mujer ha preferido, sobre todo, el empleo en los servicios administrativos y en los trabajos de oficina, trabajos sin peligro para su organización física, y hacia los cuales parecería lógico que una orientación profesional bien comprendida dirigiera preferentemente a las más capaces de desempeñarlos.»

¡Es que los hombres también aprecian estas profesiones privilegiadas, y muchos prefieren dejar a la mujer en el hogar o en el campo!

Ciertamente las mujeres tendrán todavía que librar una ruda batalla contra los viejos prejuicios, que frecuentemente sirven de pretexto al egoísmo del sexo masculino, antes de poder obtener un cambio de su trabajo, una parte equitativa del desahogo y la independencia que proporciona la vida moderna. En todas partes, la mujer lucha por el reconocimiento de ese principio que es de elemental igualdad: «A trabajo igual, salario igual.» Porque los hombres, sus compañeros de trabajo, las consideran como competidoras y se esfuerzan en mantenerlas en situación inferior, con salarios menores, sin darse cuenta de que precisamente con esto incitan a sustituir a los empleados con ellas, menos onerosas y más dóciles.

Allí donde la reacción ha triunfado —miramos únicamente la actual situación de Alemania— las mujeres han estado entre las primeras víctimas, al asegurarse los vencedores las simpatías de los *parados*, con detrimento de la mujer, que, en el sagrado nombre de los intereses y los deberes familiares ha visto cómo se le rehusaba, totalmente o semitotalmente, el derecho de trabajar fuera de casa.

**Christian CORNELISSEN**

París.



Poderoso contraste. El hombre, dueño de la Creación, queda convertido, bajo el látigo de la sociedad actual, a la condición de perro. Es la obra de la «Humanidad civilizada».



# La moral de la maternidad consciente

V

**L**A exposición teórica, rigurosamente documentada, que ha hecho Manuel Devaldés del eugenismo y del maltusianismo en la *Maternidad consciente*, halla su ilustración literaria, pero muy verídica también en el fondo, en *Ton corps est a toi* (*Tu cuerpo es tuyo*), de Víctor Margueritte, aparecido casi al mismo tiempo. Estas dos obras, auxiliadas de un manual práctico, serían suficientes para la educación sexual integral. Devaldés nos ha dado cifras, datos, argumentos lógicos; Margueritte, que, por su acción pacifista, se ha mostrado como una conciencia sincera y pura, no ha vacilado en atacar los problemas sexuales con una precisión y con una virulencia que sólo pueden incomodar a los hipócritas sentimentales y a los puritanos, habituados a no mirar a la verdad cara a cara.

En el pensamiento de Manuel Devaldés y de Víctor Margueritte, sus libros eran, como el primero de estos escritores nos participó en la época de su publicación, «el comienzo de una acción de los maltusianos franceses para la anulación de la odiosa ley del 31 de julio de 1920 contra la propaganda maltusiana». Esta ley confunde sencillamente la propaganda por la generación consciente con la propaganda por el aborto. La táctica de los Gobiernos es sencilla: Consideran como un crimen la selección de los nacimientos, cuando en realidad ésta constituye uno de los más altos deberes para con la humanidad. Mas Devaldés tiene la valentía de condenar a los enfermos que dan vida a otros enfermos: «Esos saboteadores de la vida deben ser considerados y tratados como malhechores por los humanos acrisolados que sientan en sí mismos el sufrimiento de todos los pobres seres así engendrados.»

Ante todo, hay que desechar la objeción de los que proclaman el «respeto a la vida por encima de todo», diciendo: «No tenemos derecho a matar antes del nacimiento, ni tampoco a eludir la ley natural de la concepción con odiosas medidas médicas.»

Resultaría de esto que el sufrimiento sería obligatorio en forma de las más horribles herencias morbosas. Por «respeto a la vida», habría que dejar a los sífilíticos, a los tuberculosos, a los epilépticos, a los alcohólicos, a los criminales multiplicarse... hasta la más completa degeneración y, a no dudar, hasta la extinción de la humanidad.

Otra idea que seduce a algunas personas y que inspira su objeción, consiste en que la degeneración sería una condición de la manifestación del genio en el arte, en la filosofía y en la ciencia. La lista de los hombres geniales que fueron sífilíticos, tuberculosos y alcohólicos, ejerce impresión sobre ellas. En realidad, debiera suscitar su horror. «El genio es una neurosis», afirma Moreal de Tourz, y esto les induce a sublevarse contra el eugenismo, únicamente porque, con la selección de los nacimientos, la humanidad perdería algunos genios de gran valor. Pero la verdad es muy otra: la herencia morbosa no es una condición del genio, sino un obstáculo para él. Flaubert y Dostoiewsky, que sufrieron de epilepsia, fueron privados de crear así como hubiesen querido hacerlo. La parálisis general que atacó a Nietzsche no estimuló, sino que destruyó su genio filosófico y literario. Los doctores A. Rémond y P. Voivenel, en su libro *El Genio literario*, han demostrado «que la enfermedad, en los escritores con taras hereditarias, no fué la fuente de su genio, sino que, por el contrario, éste fué entorpecido y aminorado por ella». Havelock Ellis, que se ha consagrado al estudio de los problemas sexuales, rechaza también el temor de los que creen que «si los locos desapareciesen o cesaran de reproducirse, ya no habría genios».

Después del inepto argumento del «genio por la herencia morbosa»; después de los absurdos sociales y «morales» patrocinados por la Iglesia y por el Estado, los adversarios del eugenismo creen hallar todavía un argumento en la proclamación de la inferioridad física e intelectual de la mujer, que debe soportar la primacía



masculina por la razón de que se deberían al hombre todos los progresos realizados hasta el día. Ahora bien; este argumento estúpido y grosero es desmentido diariamente por los hechos que se desarrollan en el primer plano de la vida social y familiar. No es necesario remontarse a un pasado remoto para convencernos de que el matriarcado es la característica de las sociedades primitivas y el centro de gravedad de la vida familiar. La obra del sociólogo Robert Briffault: *Les Méres*, es esencial para la comprobación de este aserto. Otros numerosos estudios sociológicos e históricos, entre los cuales citaremos los de Havelock Ellis y los de Ellen Key, deberían ponerse en manos de todas las mujeres con el fin de que adquiriesen conciencia de su gran misión: el mejoramiento de la raza por medio de una educación sexual integral, dispensada a ellas mismas, así como a los hombres y a los niños.

Tenemos que insistir sobre este punto central del problema pese a todas las reticencias y a todas las mentiras que, por espíritu de dominación, mantiene el sexo masculino en la enseñanza de la moral. Pero tenemos que reprochar al feminismo un gran error: su acción por la obtención de los «derechos políticos» es una triste y ridícula desviación de la misión inicial de las mujeres. En todas sus formas, la política es parasitaria; hállese fundada en la fuerza y en la intolerancia, esto es, en la guerra entre las naciones y en la guerra entre las clases. Tratando de obtener la igualdad política con los hombres, los feministas se preparan una nueva esclavitud. Las cualidades morales y espirituales de la mujer no pueden hallar su expansión en el cuadro artificial de la vida del Estado, sino en el cuadro natural de la especie y de la familia. La educación que las madres deben dar a los hijos en la forma cultural no es un comienzo, sino una consecuencia. El punto de partida se halla en la educación física y corporal que contiene lo que los hipócritas llaman los «secretos» genésicos. ¿No es una trágica burla que enseñemos a los niños la cosmogonía y la mecánica, mientras que en lo que concierne al instinto sexual los mantengamos en una ignorancia, cuyas consecuencias dolorosas no tardan en manifestarse? «¡Y es este instinto todopode-

roso y primordial el que se deja ineducado —escribe Devaldés—; son la actividad sexual y el proceso complejo de la reproducción —origen, formación, desarrollo y finalmente nacimiento del ser humano— lo que nos esforzamos por mantener en las más densas tinieblas!»

En efecto, por encima de la revolución política, mediante la cual un amo sustituye a otro; por encima de la revolución económica, incompleta en su forma estrictamente marxista, situamos la revolución espiritual que implica una transformación de la *mentalidad* humana en el sentido pacífico y creador. La revolución espiritual de los humanitaristas es, a decir verdad, una evolución por interdependencia y cultura y contiene a la vez la revolución sexual como una condición absoluta. Precisamos que la revolución sexual (mas, ¿es en verdad muy necesario?) no se confunda con la libertad sexual animal (la promiscuidad) o con el libertinaje que hace del acto sexual una voluptuosidad estéril. La revolución sexual consiste simplemente en la aplicación de los principios eugénicos y en el reconocimiento de la ley de población del maltusianismo, principios y ley que hemos expuesto en las páginas precedentes.

Sólo nos falta insistir sobre este postulado: la raza humana no se librará de la degeneración sino cuando la reproducción deje de ser un acto ciego, un acto bestial, un acto debido a la ignorancia y al azar. La maternidad consciente significa al mismo tiempo maternidad voluntaria y selectiva, y ésta sólo es posible mediante la educación sexual aplicada también a las mujeres y a los hombres, a los adultos y a los niños. Algunas iniciativas nos llevan a creer que llegará un día en que esta enseñanza biológica será dada a todos, niños y niñas, en la escuela primaria.

La individualidad femenina debe ser proclamada en lo sucesivo sobre la base de la igualdad sexual y del progreso moral e intelectual y no con el falso pretexto de la igualdad política. La presencia de las mujeres en casi todos los dominios de la actividad económica, artística y científica no será una victoria efectiva sino desde el momento en que la mujer no sea ya un elemento pasivo en el dominio sexual, cuando ella sepa *elegir*, cuando haga consistir su unión con el hombre. no en un



contrato de intereses o en un gesto de ciega voluptuosidad, sino en una afirmación de la conciencia humana al servicio de toda la humanidad.

La asociación sexual, antes de ser determinada por el amor o por intereses económicos, deberá estar subordinada —así como lo indican algunas realizaciones iniciales en los Estados escandinavos y en algunos Estados anglosajones— al cumplimiento de condiciones eugénicas. Los gazmoños reaccionarios pueden protestar ante la idea de que un día se exigirá de los candidatos al matrimonio la producción de certificados médicos (análisis de la sangre, referencias hereditarias, etc.) ante los funcionarios del estado civil; mas su protesta será inútil, pues se pondrá un día en vigor una ley encaminada a este fin en cada país civilizado. Muchos de los que no hayan sido reconocidos aptos para el matrimonio recurrirán sin duda al amor libre o al «concubinato». Esta es una razón más en favor de la educación sexual integral, pues superior a la ley escrita impuesta por la sociedad se halla la ley no escrita de la conciencia individual. La mujer, porque es también la madre, estará siempre más cerca del interés permanente de la especie, pues no ignora que la felicidad es imposible sin la salud física.

«Un hijo mal nacido —escribe Devaldés— está perfectamente justificado para reprochar su nacimiento a sus padres.» He ahí, en una sola frase, el secreto de la moral de la maternidad consciente. La heroína de la novela de Víctor Margueritte llega a esta moral mediante dolorosas experiencias. Víctima de la bestialidad masculina, se niega a amar «al hijo de la violación, al hijo que no ha deseado, al hijo inocente, sin duda, pero causa inconsciente de su miseria...; no siente vibrar en ella esa famosa cuerda maternal que permite a tantos plumíferos literarios declamar impetuosamente toda la sensiblería sentimental y toda la vaciedad de los lugares comunes» (Pierre Larivière, en *Le Semeur*, número 104).

Si el mandamiento moral —el de la conciencia personal— no es hoy suficiente para impedir que los padres conciban hijos enfermos o en número excesivo en una sociedad anormal, sepamos, no obstante, que llegará un tiempo en que los hijos pedirán cuentas a los padres del cri-

men de haberles hecho nacer para el infortunio. La educación sexual hácese más fácil cada día y será un día obligatoria para cada cual en la medida que lo es hoy el conocimiento del abecedario.

La nueva moral de la maternidad consciente es una de las más altas expresiones del humanitarismo.

Nos adherimos plenamente a esta conclusión de Devaldés: «Razón, dueña de sí; egoaltruísmo; piedad para con los débiles y para los dolientes; respeto para la persona ajena; justicia; amor; gran amor: he ahí algunas de las necesidades intelectuales y morales del hombre, y especialmente del masculino, para que la maternidad consciente sea la regla y no la rarísima excepción.»

El llamamiento de Devaldés se dirige principalmente a los hombres. Pero también tenemos confianza en la voluntad de las mujeres. Y repetimos: malhechor es el que transmite a sus hijos su enfermedad; malhechor es también el pobre que da la vida a niños destinados a una pobreza sin esperanza... Prepárase una nueva sensibilidad con la nueva moral sexual. Devaldés lo dice a los hombres: «Todo hombre debe saber que la mujer no es una esclava que un Dios masculinista había creado para el placer del otro sexo; que ella tiene su propia individualidad, que tiene derecho a la cultura, a la alegría, a la dicha...»

Que la mujer, lo mismo que el hombre, sepa que la felicidad no reside en el desencadenamiento de todos los instintos, sino en el dominio ejercido sobre ellos, dominio que también significa selección. En vez de un rebaño hambriento y enfermo, florecerá entonces una humanidad lúcida, purificada y ennoblecida en un trabajo apacible y en los ideales creadores. El amor de la humanidad no se manifiesta tan sólo en un presente limitado, sino también en la inquietud del porvenir. Para salvar el futuro hemos de renunciar a algunos errores actuales. Sully-Prudhomme nos lo dice en dos admirables versos, en *Le Voeu*:

En el ignoto imperio de lo posible mora,  
¡Oh, hijo, el más amado, que nunca nacerás! (1).

**Eugen RELGIS**

- (1) *Demeure dans l'empire inconnu du possible,  
O fils le plus aimé qui ne naîtras jamais!*



# La "tecnocracia" o el socialismo utópico del siglo XX

**L**OS Estados Unidos son un país joven y nuevo. Esto es una ventaja por muchos conceptos. Pero la juventud tiene también inconvenientes que, afortunadamente, no son sino pasajeros: la candidez, la ingenuidad, el engaño fácil, el desprecio de todos los verdaderos obstáculos, de los cuales no se apercibe uno sino después de haber dado un cabezazo contra ellos, y, finalmente, la ignorancia de muchas cosas descubiertas por las generaciones anteriores.

Así es como el señor Henry Ford se hizo el campeón de ideas que él creía nuevas y originales y que, en realidad, fueron desarrolladas hace ciento diez años por Sismondi y hace ochenta por Rodbertus.

Así es como América ve nacer hoy una escuela que se asemeja en más de un punto al socialismo utópico de hace un siglo. Un grupo de ingenieros, en colaboración con algunos sabios de la Universidad de Colombia, ha creado una doctrina que, según el corresponsal americano del *News Chronicle*, se halla en vías de llegar a ser «la nueva religión americana». Esta nueva religión es la «tecnocracia».

Un trabajo asiduo de indagaciones y de cálculos ha permitido a estos técnicos poner de relieve los progresos fulminantes de la técnica y del maquinismo, señalar los aspectos más salientes de la sustitución del hombre por la máquina y deducir de esto que el reinado de la máquina en la producción invoca el reinado del técnico en la sociedad, y de ahí el nombre de «tecnocracia». Habiendo llegado a ser incompatible el desarrollo del maquinismo con la organización económica existente, es preciso, según los tecnócratas, sustituir a ésta por otra. ¿Por cuál? Vamos a verlo enseguida.

## Algunas cifras

He aquí primeramente algunas cifras producidas por los tecnócratas y que ilustran el formidable acrecentamiento de la productividad del trabajo humano, cuya contrapartida es, en régimen capitalista,

la eliminación de los trabajadores, el paro forzoso.

En ciertas industrias, durante los tres últimos años, el progreso técnico ha eliminado prácticamente el trabajo humano. En Nueva Jersey se ha construido recientemente *una fábrica de algodón que funciona durante veinticuatro horas sin intervención del obrero*.

Entre 1920 y 1929, los Estados Unidos han aumentado su producción de 36 %, mientras que, durante el mismo período, el número de los obreros ocupados en las fábricas ha bajado de un 9 %.

La producción anual por obrero alcanzaba, en 1929, 4.000 toneladas de hierro fundido contra 25 hace cien años.

Máquinas sumamente perfeccionadas permiten hoy a un cultivador realizar en una hora lo que necesitaba tres mil horas de trabajo hace un siglo.

La producción diaria de un ladrillero ha pasado, en el mismo espacio de tiempo, de 450 ladrillos a 400.000. Todos los ladrillos que necesita la industria de la edificación americana podrían ser suministrados por 100 obreros, trabajando con el utillaje más moderno.

Reproduzcamos también las cifras de otro tecnócrata, el señor Parish, que hemos publicado en una reciente crónica. Existe una máquina que fabrica 2.500 cigarrillos por minuto. Hay una mecánica que fabrica 150.000 ampollas o bombillas eléctricas por día, es decir, *que un obrero termina hoy en una hora un trabajo que en 1914 le habría ocupado nueve mil horas*. Una sola maniobra vigila, en Minneapolis, la fabricación de 30.000 barriles de harina por día o la de 400.000 tejas. La industria americana está equipada para producir anualmente 900 millones de zapatos, o dicho de otro modo, podría calzar a la mitad de los habitantes del globo. En la industria del vidrio, una máquina atendida por nueve obreros, reemplaza a 80 ó 90 trabajadores.

¿No son exageradas estas cifras? Ha habido ya controversias a este respecto.

Un tecnócrata afirmaba que, en el do-



minio del hierro fundido, un obrero puede producir en una hora la cantidad que se producía en seiscientas cincuenta horas, hace cincuenta años.

El señor Van Deventer, director de la revista *Iron Age*, le contestó, apoyándose en las cifras oficiales, que en 1929 la producción anual del hierro fundido por obrero era de 1.710 toneladas, contra 73'7 toneladas en 1897, lo cual llevaría el acrecentamiento a producciones más modestas: 23 veces en lugar de 650.

Los tecnócratas responden a esta objeción, así como a otras del mismo género, que sus cálculos quieren demostrar, no lo que es, sino lo que podría ser si los procedimientos más modernos conocidos actualmente fuesen aplicados en general, en vez de serlo solamente en tal o cual empresa.

Hay que hacer, sin embargo, algunas reservas en lo que concierne a los cálculos de los tecnócratas.

La fábrica de algodón de Nueva Jersey, por ejemplo, que funciona durante veinticuatro horas sin intervención del obrero, sólo puede funcionar así porque dispone de un utillaje y de instalaciones incomparablemente superiores al utillaje y a las instalaciones de todas las fábricas de algodón construídas con anterioridad, del mismo modo que los altos hornos que permiten a un obrero producir 4.000 toneladas de hierro fundido al año no se parecen mucho a aquellos de hace cien años y cuyo rendimiento anual por obrero era de 25 toneladas.

Cuando se declara que el empleo de máquinas ultramodernas permite producir, en el mismo lapso de tiempo, 25 veces más objetos que antes, se olvida que esas máquinas e instalaciones modernas necesitan, para su construcción, más trabajo y, por consiguiente, más tiempo, que las herramientas primitivas de antaño. *Ahora bien, no hay que olvidar ese desplazamiento de trabajo.* Para fabricar un número determinado de bombillas eléctricas, por ejemplo, se necesita hoy una hora en lugar de nueve mil horas en 1914. Pero la construcción de la máquina que fabrica esas bombillas exige muchas más horas que la de las herramientas o útiles que se empleaban en 1914 para fabricar bombillas.

No se obtiene el verdadero coeficiente

de incremento de la productividad más que desfalcando horas economizadas en la rama que se estudie, las horas suplementarias empleadas en las ramas que le suministran el utillaje. Procediendo así, se obtendrán resultados menos impresionantes, pero que se aproximan más a la realidad.

Mas aun con esta corrección, el aumento de la productividad del trabajo humano en el decurso de las últimas décadas, y principalmente desde 1921, parecerá vertiginoso y casi inimaginable.

### El plan de los tecnócratas

Las cifras arriba mencionadas son eloquentes. Explican ante todo la increíble extensión del paro forzoso.

Pero los tecnócratas no estiman en modo alguno que el progreso técnico deba necesariamente privar de su empleo al trabajador. El nivel actual de la ciencia tecnológica permitiría, según ellos, a cada persona de la población adulta de los Estados Unidos el no suministrar durante veinte años (desde la edad de veinticinco a la de cuarenta y cinco años) más que seiscientas sesenta horas de trabajo anualmente para asegurarse un nivel de existencia diez veces más elevado que el de 1929. Añadiendo a esto la corrección de que hablábamos hace poco, se hallará esto quizá un poco exagerado. La mayor parte de los americanos se contentarían seguramente con un nivel de existencia cinco veces más opulento.

El propósito es loable, pero se trata de realizarlo. ¿Cuáles son los medios que proponen los tecnócratas y cuál es la fuerza a la que piensan recurrir?

Hablemos primeramente de los medios.

Los tecnócratas consideran que el sistema de los precios, tal como existe en la actualidad, ha sido batido en brecha por el progreso técnico. Invocan ante todo el hecho de que el mecanismo de los precios se halla descompuesto por la importancia relativa cada vez mayor del costo del utillaje y de las instalaciones, lo cual hace el precio de fábrica menos comprimible cada vez e impide que se liquide la crisis por los medios considerados como normales en otro tiempo. En segundo lugar, incriminan la incapacidad de la moneda actual de medir los valores, a causa de sus gran-



des fluctuaciones. En tercer lugar, confiándose al azar la determinación de los precios y de los salarios, el poder de compra de los salarios manifiesta una impotencia crónica para absorber una producción acrecentada.

Los medios de realización de los tecnócratas proceden de su crítica de la moneda. Puesto que la máquina, según ellos, ha entrado en conflicto con la moneda, es decir, con el sistema actual de los precios, sería menester crear un sistema monetario que diese satisfacción a la máquina y que permitiese a esta última dar salida a sus productos.

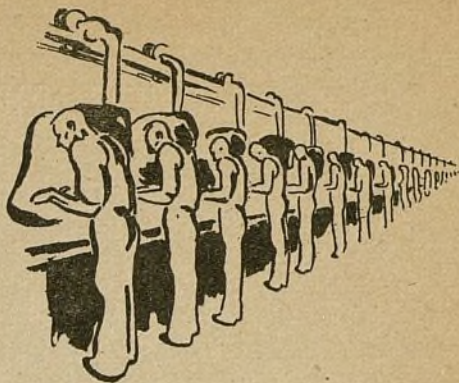
Como *medida de los valores*, la moneda sería reemplazada por una *unidad de energía*, susceptible de representar a la vez el esfuerzo físico humano y la energía térmica almacenada en una mina de hulla, por ejemplo, o en la capacidad de un generador eléctrico.

Pero la moneda no es más que medida de los valores: funciona también como *medio de circulación*. Como tal, los tecnócratas se proponen sustituirla por tickets que representen cierto número de unidades de energía, intransferibles y valederos solamente por un mes o por un año, lo que implica la imposibilidad de atesorar y de prestar a interés. Los precios podrían fijarse a tenor de las cantidades de energía empleadas en la producción y en la distribución del producto.

Toda esta reorganización de la economía sobre bases nuevas presupone evidentemente una economía dirigida, un control central de la repartición de los rendimientos y el fin de la iniciativa particular en la gestión de los negocios. En el fondo, el plan de los tecnócratas se asemeja, fuera de engaños, a un plan socialista, y es una vieja verdad. El capitalismo agonizante de nuestros días suda socialismo literalmente por todos sus poros: el plan de los tecnócratas proporciona una prueba suplementaria.

He ahí lo que concierne a los medios. ¿Y la fuerza que llevará a efecto ese plan?

La «tecnocracia», la dominación, el gobierno de los técnicos y de los ingenieros. Los tecnócratas repudian la política y la economía. Esta última se confunde para ellos con la técnica. ¿Las leyes económicas? El ingeniero las dominará como domina a los kilowatios, a las atmósferas y a



los caballos de vapor. ¿Las contingencias políticas? El tecnócrata no se preocupa ni de socialismo, ni de comunismo, ni de fascismo. ¿La democracia? El técnico le opone la «tecnocracia», el reinado de los ingenieros.

«La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos.»

Los ingenieros y los técnicos merecen incontestablemente la admiración de todo el mundo. Es su trabajo el que permite a la sociedad humana dominar a la Naturaleza.

Sin embargo, como cada profesión tiene sus caprichos, los técnicos tienen la suya. Hallándose frente a fuerzas naturales inmutables que ellos domeñan, encauzan y transforman de una manera inmutable también por medio de dispositivos más y más racionales, creen que la sociedad humana obedece a las mismas leyes que la Naturaleza y que la ciencia social se confunde con las ciencias naturales. Siendo la Naturaleza siempre la misma (1) para él, el ingeniero considera a la sociedad como todo lo que es inmutable también. ¿Es irracional la organización social? El ingeniero la racionalizará como la organización técnica en las industrias de Ford o de Citroën.

Frente a la Naturaleza, que él transforma diariamente, el ingeniero siéntese todopoderoso. ¿Por qué no se sentirá tentado de transformar la sociedad humana de la misma manera absoluta, de un día a otro?

Henos aquí, pues, en pleno socialismo utópico. Es verdad que los tecnócratas repudian el término de socialismo, pero no

(1) No hablamos evidentemente de la ley de la gravedad o de la intensidad de los rayos solares en la época terciaria.



es menos cierto que su plan contiene todas las características del socialismo utópico.

Los grandes utopistas de principios del siglo XX, Saint-Simon, Fourier y Owen, criticaron sin miramientos las taras del capitalismo. Opusieron a esta sociedad imperfecta planes destinados a edificar una sociedad perfecta, mejor organizada y que respondiese mejor a las exigencias de la Justicia, de la Equidad y de la Moral.

Aquellos grandes principios cayeron un poco en desuso en el siglo XX. Por eso los tecnócratas se atienen con preferencia a la gran idea de nuestra época, la de la Racionalidad. Pero la reorganización de la economía que ellos preconizan en nombre de este nuevo principio, como en los grandes utopistas de hace un siglo, se ve que está completamente desligada del movimiento verdadero y de las tendencias inmanentes de la sociedad existente.

Un poco más tarde, el siglo XIX ve aparecer algunos reformadores sociales, como Proudhon y Luis Blanc. Hay también en estos últimos la ausencia de un análisis del mecanismo de la economía capitalista. Por eso sus proyectos de reforma no pueden ser sino utópicos: su ignorancia de las leyes de la economía capitalista les impide a veces indicar soluciones correctas y reconocer los elementos adversos que el capitalismo desarrolla por sí propio en su seno y que acabarán por llegar a ser las fuerzas vivas, los agentes conscientes de la transformación social.

Singular coincidencia: del propio modo que Proudhon, los tecnócratas atacan a la moneda que les parece como la palanca

esencial de la transformación que preconizan. Ni una palabra sobre la *propiedad capitalista*. Les basta con modificar el sistema monetario. Proudhon quiere el crédito barato; los tecnócratas quieren hacer imposible el préstamo a interés.

Por razones que no tenemos tiempo de examinar en el cuadro de este estudio, América da origen a un socialismo utópico autóctono más de cien años después del nacimiento del socialismo en Europa, cuna del capitalismo moderno.

Sin embargo, este interregno de un siglo determina rasgos y aspectos nuevos en los utopistas americanos, los tecnócratas. El socialismo utópico europeo surgió en los comienzos, en el mismo nacimiento del orden capitalista. La tecnocracia, el último brote, llegado tardíamente, del socialismo utópico, nace en medio de las convulsiones de agonía de ese orden y se apoya en los resultados técnicos de un siglo de historia, de una historia que encierra la grandeza y la decadencia del capitalismo. Visto el estado rudimentario del capitalismo de hace cien años, no pudiendo prever el verdadero desarrollo de éste y la aparición del proletariado como fuerza activa de la transformación socialista, debía de contentarse con trazar cuadros fantásticos de la ciudad futura y olvidar al proletariado. En nuestra época, los tecnócratas ya no tienen esta excusa.

**A. MINARD**

(Traducción de E. Muñiz.)







## Algunos comentarios clínicos y sexuales sobre la fecundación artificial

**A**UN teniendo presente las acertadas palabras de Prochownick (citada en la *Enciclopedia Ginecológica*, de Halban y Seitz, tomo IV), al decir que, como en la especie humana no es posible juntar, bajo la mano médica que practica la fecundación artificial, el esperma y el óvulo, no se realiza más que una *siembra artificial* y no una verdadera fecundación, al introducir en los genitales de una mujer, mediante técnica ginecológica adecuada, el semen de un hombre, con intención de fertilizarla, tiene aquella manera de calificar el intento fe-

cundativo tal arraigo en el lenguaje médico, tanto graficismo y fuerza expresiva, que así queremos continuar llamándola, y de «fecundación artificial» vamos a ocuparnos.

El profesor Nürunberger, de Hamburgo, al cual se ha encomendado el capítulo de fecundación artificial en la obra de Halban y Seitz, admite el siguiente cuadro de indicaciones clínicas para realizarla, y que, según dimanen del varón o de la hembra, se agrupan de este modo:

Justificaciones etiológicas para realizar la «fecundación artificial» por causa de la hembra.

Por qué el esperma no llega al útero.

Por qué el esperma no se vierte en la vagina.

Justificaciones etiológicas para realizar la «fecundación artificial» por causa del varón.

Por trastornos que impiden la entrada del eyaculado en la vagina.

Por alteraciones que impiden llegar los zoospermios al líquido de la eyaculación.

Por retroceso patológico del eyaculado, originándose así una rápida expulsión del esperma.

Por obstáculos anatómicos del útero mismo, estrecheces y acomodamientos del cuello, malas posiciones uterinas, etc.

Por secreciones vaginales patológicas, que matan químicamente a los zoospermios.

Por tabicamientos vaginales.

Por atresias del anillo himeneal.

Por contracciones espasmódicas. Vaginismo.

Por desórdenes de la erección.

Por desórdenes de la eyaculación. Hipospadias.

Azoospermia por obliteración congénita o adquirida de los conductos seminíferos.

Analizando, con criterio de ginecólogos, las justificaciones femeninas, que etiológicamente justifican, según el parecer de Nürunberger, la práctica de la fecundación artificial, hemos de decir que *no creemos constituyan verdaderas y estrictas indicaciones para realizarla*, pues sólo se trata de obstáculos relativos y no vetos rotundos a una fecundación, dificultada, sí, pero no imposible, y, además, porque todos ellos pueden ser modificados o suprimidos por sencillas técnicas —tópicas, quirúrgicas, etc.— de raigambre puramente ginecológica, y que a diario practicamos en nuestras clínicas. Unas dilataciones del conducto cervical estenosado; una ampli-

ficación de su orificio externo con una estomatoplastia; un acortamiento de los ligamentos suspensores del útero; una sutura de los músculos y aponeurosis perineales, etcétera, corrigen de manera segura, rápida y eficaz aquellos obstáculos anatómicos que se oponían a que el esperma alcanzara la cavidad uterina, al mismo tiempo que alivian o curan la sintomatología ginecológica —menstruación dolorosa, pérdidas leucorreicas abundantes, dolor al coito, etc.— que ha justificado nuestra actuación profesional.

Un adecuado tratamiento de medicaciones tópicas —óvulos, lavados vaginales, etcétera— corrige fácilmente las anoma-



lías de quimismo secretor de la vagina que atentaban a la vitalidad del esperma, como algunos pertinentes consejos sobre la técnica de la cópula y de los cuidados estáticos que deben seguir después del coito, conseguirán que el eyaculado no se expulsa intempestivamente de la vagina.

La *fecundación artificial*, verdadero procedimiento de excepción, sólo cuando no sea posible corregir los obstáculos que a la impregnación fecundativa de la mujer se oponen debe ser puesta en práctica, y *la excluimos rotundamente*, como acabamos de decir (y probaríamos con prolijos detalles de técnica y numerosa casuística clínica, si una y otra cosa no debiera omitirse en las páginas de una publicación que a lectores no exclusivamente médicos se consagran), si los motivos etiológicos se vinculan al organismo femenino. En cambio, los obstáculos que por parte del hombre se oponen a un normal cumplimiento del acto genésico, si constituyen, por la decisiva influencia perturbadora en el mecanismo de la procreación, unas razones de fuerza bastante a imponer la práctica de la F. A., mucho más, ante los fracasos terapéuticos que en la lucha contra las anomalías anatómicas y funcionales del aparato genital masculino se registran en la clínica.

De los grandes grupos de causas ligadas al varón y justificativas de la F. A., examinemos el primero, aquel integrado por los trastornos que impiden que el hombre realice normalmente la cópula y vierta en la vagina un eyaculado en el que existen vivos, potentes, aptos para la fecundación, los espermatozoos, que no pueden llenar su papel fertilizante por *imposibilidades mecánicas*, corregibles en cuanto una adecuada técnica instrumental supla las deficiencias orgánicas; y para que sea más comprensible —con la plasticidad objetiva de los hechos vividos— el imperativo con que el problema pide la eficacia de una solución, abramos la puerta de nuestro consultorio y enfrentémonos con un caso clínico, recientemente observado, y que ni es excepcional ni ha de ser único:

Una mujer joven, fuerte, sana, de normalidad ginecológica absoluta (expresada no sólo por sus antecedentes de menstruación y por los datos objetivos de la exploración vaginoabdominal, sino, además, por un examen radiológico, que muestra

la plena capacidad de fecundación al acusar una completa permeabilidad en las trompas, verdadero estrato anatómico de la aptitud para la concepción), se empareja con un hombre fuerte, robusto, en la plenitud de su vida, y que, padeciendo desde niño de una doble hernia inguinal y un hipospadias, logró, tras prolijas intervenciones quirúrgicas, la curación de su proceso herniario, pero sin que su viciosa morfología sexual se corrigiera, ya que el pene, atrófico, con múltiples cicatrices operatorias de las reiteradas intervenciones quirúrgicas realizadas, sigue resultando incapaz para el coito y muestra, en las inmediaciones del escroto, la anormal desembocadura de su uretra, por donde se vierte en el acmé del acto sexual el producto de la eyaculación, que, según informes analíticos de distintos laboratorios biológicos —hechos en fechas diferentes—, contiene abundantes espermatozoos vivos, movibles, aptos en absoluto para la fecundación. Según nos relata el interesado —inteligente y culto—, es también normal y encendida su apetencia amorosa y tan fisiológica su libido, como imposible la realización del coito.

El misterio triste, el enigma doloroso que puede acompañar a estos dos seres —juntos sus corazones, fundidas sus vidas, a un mismo compás, anhelos y esperanzas— al conllevar sexualmente una anomalía orgánica que significa un rotundo veto a su acoplamiento sexual, es asunto que, no habiendo motivado la consulta médica que nos llevó a conocer el caso, respetamos, sin comentarios; si no se nos abren espontánea y francamente las puertas de la alcoba, no nos es lícito atisbar por las rendijas, ni satisfacer una curiosidad informativa con argucias de interrogatorio inquisitivo, y nadie mejor que los ginecólogos sabe cuándo deben silenciar los datos y exponentes que sobre el rendimiento sexual de una enferma que le consulta puede imaginarse, y no debe ni necesita aclarar con preguntas.

En la constelación clínica que hemos esbozado laten como factores que integran el problema terapéutico que para su solución se nos ofrece, los siguientes: una pareja, hombre y mujer, pasionalmente unidos, ambos jóvenes y sanos, con normales aptitudes fecundativas, pero con *impotencia de copulación* por una *invali-*



dez sexual del varón y que, deseando los dos ardientemente el hijo —que biológicamente podrían tener—, piden a la F. A. el logro de sus aspiraciones, el cumplimiento de sus deseos. ¿No habremos de esforzarnos en servirlos, con nuestros conocimientos ginecológicos, con nuestra técnica clínica? Dejémoslos llevar de los impulsos que mueven nuestra inteligencia; del noble tono espiritual que debe presidir el ejercicio de toda profesión; escuchémoslos *humanamente* cuanto nos imploran, y no hallaremos en todo ello el menor freno, el más pequeño impedimento, para emprender la ruta terapéutica de la F. A., libres de tantos banales prejuicios y falaces temores.

Sin el menor peligro, actuando dentro de las normas asépticas con que se desenvuelve siempre toda técnica ginecológica, puede encontrarse, con probabilidades grandes, el logro de aquellos deseos de fertilización; las estadísticas así lo demuestran, y son muy alentadoras y elocuentes las del profesor ruso Schorohowa (publicadas en 1927, en el número 2 de *Gynecologie et obstetrique*, de París), que alcanzan a cincuenta casos personales, con veintidós resultados positivos; es decir, con un 44 % de éxitos.

Si las causas de origen masculino que se oponen a la normal fecundación dependen de que el líquido del eyaculado no contiene espermatozoos por obliteración patológica de los conductos seminíferos, los resultados terapéuticos que con la F. A. pueden lograrse serán más aleatorios, pero cabe siempre la posibilidad, al obtener el semen por punción directa del testículo (*en la fuente de origen*, pudiéramos decir, donde existen gérmenes fecundantes, que se pierden luego y no llegan al eyaculado por defectos de canalización), que logremos un éxito, de otro modo imposible de conseguir. El ginecólogo necesitará, en todos estos casos, la íntima colaboración de un especialista en afecciones del aparato genital masculino (urólogo, venereólogo), con el que compartirá las indicaciones terapéuticas, y la técnica clínica de la F. A., que para aquél, dedicado siempre, en armonía con el objetivo de su especialización médica —la Ginecología—, al cuidado del organismo femenino enfermo, le plantea la rara oportunidad de hacerle actuar ante mujeres sanas (que, por estarlo,

parecerían no justificar su ejercicio técnico como tal especialista de enfermedades del aparato genital femenino) y por defectos, anomalías o enfermedades del hombre, sujeto que escapa, claro es, a la filiación profesional del ginecólogo.

De los varios aspectos que, en el terreno social y en materia de sexología, cabe abordar, dentro del tema que nos ocupa, y al margen de la parte puramente clínica, sólo hemos de plantear dos: uno, el ofrecido por aquellas parejas humanas en las que conscientes, hombre y mujer, de que aquél es *definitivamente incapaz* de fecundar a su compañera, sana y normal, apta para la maternidad (no como en los casos hasta ahora enunciados, de relativa incapacidad, corregible con las maniobras técnicas de la F. A., sino desprovisto de toda posibilidad fertilizante, por lesiones incurables de su aparato genital, aunque compatibles, acaso, con un rendimiento sexual fisiológico) (1), piden la colaboración del médico para que, con semen de un extraño, se practique la F. A.

El otro aspecto a que aludimos, es el que se refiere a la posibilidad de que una mujer —virgen o no— que «no quiere conocer varón» (es lenguaje de la *Biblia*)—desea tener un hijo de su carne, y pide para ello la práctica de la F. A.

No se crea que uno y otro aspecto del tema son meras suposiciones técnicas, estridentes, vanguardismos, que no pueden nunca darse en la realidad, pues, sin tener que buscar en países remotos, en latitudes nórdicas, las posibilidades de su planteamiento práctico, ya hemos percibido la raigambre de ellas, en la ideología y en la sensibilidad de algunos compatriotas que, al colocarnos ante esos matices de la F. A., nos han llevado a mantener una actitud de repulsa y negación, que trataremos de explicar brevemente.

Con igual criterio que el que se sostiene al elegir un donador de sangre para una transfusión, que ha de salvar la vida amenazada de una mujer, eligiendo aquella de tipo biológico compatible (2) y bus-

(1) Son cosas totalmente diferentes, y en ocasiones no raras, sin dependencia de paralelismo alguno, *potencia viril* y *facultad fecundativa*, en el hombre.

(2) Hay cuatro grupos de sangre, en este sentido individualizadas: grupo I, «receptores universales», que pueden recibir cualquier sangre, pues todas



cándola en un extraño, en un desconocido, al que se le paga a tanto el gramo, cuando la ofrecida por el marido o por los allegados de la enferma amenazada no sirve ni es utilizable para ésta, se pretende que puede buscarse un «donador de espermatozoides» y practicar con ese eyaculado la F. A. Prescín lamos... y dentro de las normas raciales que informan nuestra sensibilidad, no sin violento esfuerzo podremos lograrlo, y aceptemos lo que alguien llama «adulterio ginecológico», admitiendo que, al igual que lo haría con unas ampollas de un maravilloso específico extranjero, el médico practique, con el espermatozoide fértil de un individuo (X), la inyección intrauterina, que ha de llevar al desarrollo del nuevo ser... Pero, ¿no estremece pensar, asomándonos a toda la serie de problemas misteriosos aún la mayoría, en luminosa aurora de esclarecimiento otros, ligados a los factores «genotipos» que a la célula sexual se vinculan y que rigen las normas biológicas, el «molde orgánico», en el que van a plasmarse todos los caracteres constitucionales del futuro individuo y que como tal lo van a definir a lo largo de la trayectoria de su vida, que no tenemos posibilidades de saber la calidad de la semilla que lanzamos al surco? Si para transfundir una sangre con la que sólo nos proponemos sostener las energías de un organismo *ya en marcha* desde hace muchos años, o reforzar un funcionamiento que decae, añadiendo, en suma, *aceite a un candil que se apaga*, tomamos tantas prolijas precauciones analíticas, estudiando las incompatibilidades peligrosas a que pudiera llevar el empleo de una sangre inadecuada, ¿cuáles no deberíamos tomar cuando nos proponemos crear una vida, encender una luminaria que ha de dar calor y luz a una existencia nueva? El paralelismo que pretenden establecer algunos autores, entre la modalidad de F. A. a que venimos aludiendo y la práctica de la transfusión hemática, se rompe, pues, cuanto con mayor similitud quiera presentarse; pero tengamos además presente que a

---

las aceptan y de todas se benefician; grupo 4, o de «dadores universales», aquellos cuya sangre sirve para inyectarse a todo el mundo, y grupos 2 y 3, que sólo pueden recibir sangre de homólogos (o del grupo 4, claro está) y darla a los de su mismo grupo (o a los del grupo 1 naturalmente).

aquel procedimiento de inyectar salud y energías con la sangre ajena se acude porque no hay otra manera de alcanzar igual fin; pero que si los propósitos se lograran transmitiéndose las reconfortantes propiedades de la sangre que al donador se pide y la paciente aguarda, poniéndolos en relación directa y personal... para nada se precisaría la intervención del médico y los enojosos trámites de toda técnica instrumental...

Si una mujer sana, robusta, en íntegro fisiologismo de su aparato digestivo —con fuerte dentadura para masticar, normalidad faríngea al deglutir y quimismo gástrico perfecto— se empeñara en que la alimentáramos con sonda o le practicáramos una operación para nutrir la, calificaríamos de insensato a quien lo hiciera, y la sanidad que en el cuerpo de aquélla se acusaba, por fuerza habría de faltar en su espíritu... ¿Qué razones podrán aducirse para que, médicamente, por la técnica de la F. A., se satisfagan los deseos —que llamaríamos caprichos absurdos o fobias vesánicas— de quien, capacitada para tenerlo y anhelando un hijo carnalmente suyo, quiere hacer realidad la bella alusión poética a la quimérica figura de mujer «a quien varón no impregna y ha de parir varones...»?

Acoger ginecológicamente esta modalidad particularísima de la fecundación artificial es para quienes la aceptan como una lanza rota, en lucha de pujante audacia, de victoriosa batalla contra anacronismos y rutinas. ¡Todo lo contrario a nuestro parecer! El firme propósito, la férrea decisión de querer un hijo, eludiendo el abrazo del hombre..., es sólo rendir una dolorosa servidumbre a un *tabú* sexual, ser víctima de obsesionantes prejuicios. Si la mujer que así quiere ser madre, diera a la manifestación orgánica de su doncellez la mínima importancia que concede a otras funciones de su biología; si no creyera que integridad anatómica signifique siempre pureza de alma; si tuviera la serena, limpia y comprensiva mirada con la que ha de contemplarse desde lo alto, lo que sólo en visión panorámica se enjuicia con sereno acierto, mejor que a esos distinguos y restricciones morfológicas, antes que a vetos topográficos y a pudores localizados, irían sus pensamientos hacia el gesto sereno y el proceder grandiosamente hu-



milde de la Santa María egipciaca, evocada en el relato de Anatole France, cuando, navegando en místico viaje de religión y fe, para adorar a Jesús, entregó su cuerpo a la brutalidad lasciva de unos barqueros, que así exigían el pago de un pasaje que su total pobreza no podía saldar de otra manera, y que lo satisfizo despreciando su cuerpo y la vanidad de lo que las gentes entienden por virtud...

Para aceptar la posición dialéctica que menos robustecería nuestro criterio, al no querer tutelar ginecológicamente los casos de orden sexológico y social a que tan repetidamente venimos refiriéndonos, hemos vinculado «la maternidad» a un substrato anatómico, al hecho objetivo de entrañas desgarradas, del dolor angustioso de parir..., bien en contra de nuestra convicción, al creerla un halo espiritual de abnegado cariño, de amoroso sacrificio. No es preciso padecer vómitos unos meses o sentir deformado el cuerpo por la preñez, ni es necesario retorcerse luego, en un lecho, entre dolores convulsivos, *para querer como madre* a un niño. ¡Cuántas *madres vírgenes* de hijos que otras parieron —con dolor de su cuerpo, sí, pero sin estremecimientos fecundos de su espíritu—, conocemos todos! Ya alguien, con ternura de poeta y clarividencia de pensador, supo decir: «¿Qué vale una mujer, si al parir un hijo de su cuerpo no le hace también una madre en su alma?»

Los hijos comienzan a serlo cuando, consciente, generosa y voluntariamente, por ellos se sufre, por ellos se trabaja, por ellos se lucha; cuando con ellos se funden besos y lágrimas, risas y dolores; cuando al criar su cuerpo formamos su espíritu y caldeamos su corazón con los latidos emocionados del nuestro. De otra manera, no. Si los hijos se engendran, o con pasividad indiferente, o con placer egoísta, y se paren porque fatalmente ha de cumplirse un mandato orgánico, apareciendo en el tablado del mundo un día cualquiera, creerse obreros de algo, fundadores de algo, «por tenerlos», «vestirse de hijos», con palabras de un escritor de hoy (1),

«es tan estúpido como vestirse de plumas de colores». Los hijos, para una madre que sólo materialmente lo es, que no alcanza a lograr en su espíritu —¡verdadero venero de la maternidad!— ecos de sacrificio y ofrendas de abnegación, «son secreciones ajenas a ella, menos nobles que el sudor o las lágrimas».

La mujer que *sepa, pueda y quiera «ser madre»*, igualmente logrará sus afanes en el hijo que nace de su cuerpo o en el que de otra nació, si recoge en su regazo calor, de sus labios, besos, de su corazón, ternura, y de sus manos hogareñas, caricias y cuidados.

Si admitiéramos la necesidad de que el hecho material de «parir un hijo» es el mayor acicate para el amor materno; y necesitara éste el refuerzo o la iniciación de la letanía dolorosa del trabajo del parto para existir..., ¿en qué serie de responsabilidades no estaríamos incursos quienes a la práctica de la obstetricia consagramos nuestra labor y encaminamos nuestros esfuerzos a que las parturientas den a luz con el mínimo dolor y menor sufrimiento? ¿Cómo iba a ser la misma la intensidad afectiva de un amor maternal en la que tiene su hijo después de varios días de parto, o en la que lo logra en sólo unas horas? ¿Cómo aquellas *madres que lo fueron sin parir su hijo* —que nosotros sacamos bajo anestesia, en una operación cesárea, hecha por estrechez pélvica, antes de haber comenzado los dolores del parto— lograrían encenderse de afecto de madre si nada padecieron para serlo?

Iríamos, así, acumulando una serie de interrogantes que, sin espíritu sofístico, destruirían las posibilidades de admitir, en severo terreno ginecológico, la generalización de la técnica de la F. A. más allá de los estrechos límites en que la juzgamos comprendida y dentro de los cuales merece, acaso, más atención de la que suele prestársele.

**Dr. VITAL AZA**

(1) E. Salazar, en su novela *...pero sin hijos*.



# La composición social de los partidarios de Hitler

**D**E los sesenta y seis millones de habitantes que cuenta actualmente Alemania (1), cuarenta y cinco millones están en edad de trabajar, o sea, entre los quince y los sesenta y cinco años.

Veamos ahora la composición de estos cuarenta y cinco millones:

Treinta y cuatro millones componen la «población activa», lo que quiere decir, según la concepción burguesa, la población que obtiene o *debe* obtener sus ganancias de su propia actividad. Los sin trabajo están incluidos en la cifra de población activa, la que, por otra parte, se divide en veintidós millones de hombres y doce de mujeres.

Cuatro millones (de los cuarenta y cinco indicados más arriba) están compuestos de «independientes», sin profesión definida, o sea, pensionados, retirados, rentistas y gentes que viven a expensas de otros.

Siete millones de «miembros de familia», en edad de trabajar, es decir, casadas, estudiantes, etc., etc.

Estas cifras se basan en el último censo profesional, confeccionado en 1925.

Los cambios operados entre 1925 y 1933 no han sido objeto de registro en ninguna estadística.

Pero es de suponer que la «población activa», con arreglo al aumento de la población en general, ha debido de pasar de treinta y dos millones, en 1925, a treinta y cuatro millones, en 1933. En el mismo lapso de tiempo, el número de «independientes» ha debido de crecer ligeramente a consecuencia del aumento de obreros a domicilio, pequeños artesanos y «camelots» (que se reclutan entre los sin trabajo).

Por todo lo cual vemos que el aspecto general no ha sufrido, con posterioridad a la confección del censo profesional de junio de 1925, cambios esenciales.

## Estructura profesional de la población activa

CENSO DE 1925	Nuestras evaluaciones para 1933 (2)	
	En millares	
«Independientes» ... ..	5.539	6.000
Empleados y funcionarios ... ..	5.274	6.000
Trabajadores industriales y agrícolas ... ..	14.433	15.000
Miembros de la familia trabajando en la empresa familiar ... ..	5.437	5.800
Gentes de casa ... ..	1.326	1.200
	32.009	34.000

Para llegar a una noción exacta de la importancia de las clases medias de Alemania en general y del nacionalsocialismo en particular, es preciso, ante todo, analizar las cifras precedentes, según la distribución de clases. Los nacionalsocialistas se distribuyen entre las siguientes categorías (cifras del censo profesional de 1925):

	En millares
I. Pequeña burguesía no agrícola:	
Artesanos independientes (3) ...	767
Miembros que ayudan a las familias de éstos ... ..	220
Comerciantes independientes ...	936
Familiares que les ayudan ... ..	414
Fondistas, cafeteros, etc. ... ..	195
Profesiones liberales (médicos, abogados, ingenieros, etc.) ...	200
	2.732

Dado que, en particular, el número de comerciantes independientes ha aumentado considerablemente desde 1925, puede admitirse que la pequeña burguesía no agrícola, comprendidos en ella los miembros de familias sin trabajo, alcanza actualmente la cifra de tres millones.

	En millares
II. Pequeña burguesía agrícola:	
«Trabajadores» de granjas de 0'5 hasta 50 hectáreas (4) ...	2.630
Familiares que les ayudan (5) ...	4.000



Teniendo en cuenta que estos grupos tienden a disminuir, podemos admitir que el número total de campesinos, incluidos los familiares que les ayudan, llega alrededor de 6'5 millones.

En millones

III. Empleados y funcionarios ... ..	5.274
De ellos:	
Personal técnico ... ..	1.589
Vigilantes y contra maestres... ..	385
Empleados de comercio y oficinas ... ..	3.300

1.152.200 de estos elementos trabajan en las Administraciones del Reich, de los Estados y de los Municipios.

Como quiera que esta categoría social tiende a aumentar rápidamente, puede suponerse que en la actualidad alcance por lo menos a seis millones.

Aun hemos de agregar 250.000 funcionarios y empleados encargados de puestos directivos (6).

IV. Personas sin profesión, o sin profesión indicada.  
Esta categoría constaba en 1925, de tres millones 844.430 individuos.

En ella se incluyen también los rentistas, pensionistas, retirados, etc., etc. Pero, ante todo, se compone de funcionarios jubilados y viudas de funcionarios, pequeños pensionistas, mutilados, etc., que actualmente suman alrededor de cinco millones. Esta categoría constituye, sin duda, un fuerte contingente de militantes nacionalsocialistas.

Todas estas categorías, que, con las mujeres casadas, sin profesión, representan aproximadamente 23 millones de personas en edad de trabajar y casi otros tantos electores forman la principal reserva electoral y partidaria del fascismo. (La burguesía propiamente dicha no juega un papel de verdadera importancia, desde el punto de vista numérico.) Y es preciso no olvidar que el fascismo no ha arrastrado a la pequeña burguesía judía, ni a una importante parte de la pequeña burguesía católica.

Y es también preciso subrayar que las categorías profesionales no están indicadas en la estructura de la clase de la población. Entre los campesinos hay un gran número de campesinos pobres que, desde el punto de vista de clase, pertenecen más bien al proletariado que a la pequeña

burguesía. Entre los seis millones de empleados y funcionarios, la mitad, por lo menos, son elementos proletarios: empleados de comercio, estenodactilógrafas, contables, etc., cuyos sueldos son inferiores al salario de un obrero calificado. La mayoría de la población alemana pertenece indudablemente al proletariado: esto es un hecho de primordial importancia respecto del triunfo del proletariado.

Todo esto no altera el hecho de que el fascismo ha logrado movilizar, para algún tiempo, en contra del proletariado y a favor de la burguesía a esos elementos que, desde el punto de vista de clase, forman parte del proletariado, al lado de la verdadera pequeña burguesía de las ciudades y del campo.

Es, asimismo, evidente que ciertas categorías de obreros se han enrolado momentáneamente en el fascismo; éstos son en parte obreros agrícolas y gentes de casa.

El número de obreros agrícolas era, en 1925, de 2.607.232. Indudablemente ha descendido, desde entonces, hasta 2'5 millones. Esta categoría está integrada como sigue:

Criados y criadas de granja, residentes en las granjas ... ..	1.115
Obreros agrícolas con casa, pero sin tierras.	830
Obreros agrícolas con terrenos, propios o en sociedad con otro ... ..	102
Obreros agrícolas con grandes posesiones y en disfrute de un terreno ... ..	218

Aun ha de añadirse 1'21 millones de gentes de casa que sufren con igual intensidad la influencia fascista, así como una pequeña parte de los obreros industriales parados y, sobre todo, de la juventud obrera que no ha trabajado nunca en las fábricas.

Artesanos, pequeños comerciantes, campesinos, funcionarios, jubilados, pensionistas, obreros agrícolas y una parte de los obreros industriales parados y de la juventud obrera: he ahí los núcleos entre los que se reclutan las masas que Hitler moviliza momentáneamente al servicio del capital y en contra del proletariado revolucionario.

**Prof. Eugéne VARGA**

(NOTAS)

(1) Estos datos están tomados de las siguientes publicaciones oficiales: *Statistisches Jahrbuch des Deutschen Reiches*; *Deutsche Wirtschaftskunde*;



*Wirtschaft und Statistik Berufszählung-vom*, 16 junio de 1925.

(2) Para nuestras evaluaciones nos basamos en las tendencias del desenvolvimiento del capitalismo alemán, particularmente en aquellas que caracterizan la crisis actual.

(3) Según la estadística de 1925, especialmente zapateros, sastres, ebanistas, panaderos, pintores, etc.

(4) En estas cifras no están incluidos los granjeros y sus familias, en cuanto a haciendas de menos de 0'5 hectáreas, porque generalmente tienen otra profesión al mismo tiempo; ni en cuanto a las haciendas de más de cincuenta hectáreas, que forman ya empresas agrícolas capitalistas.

Evidentemente, hay haciendas de menos de cincuenta hectáreas que son empresas capitalistas, pero es muy difícil establecer una delimitación exacta, sobre todo en la crisis agraria actual.

(5) Nos hemos basado para obtener esta cifra en el número total de miembros de familias rurales y en el número total de elementos que trabajan en la agricultura, según el *Deutsche Wirtschaftskunde*, segunda edición, páginas 71 y 58.

(6) *Statistik des Deutschen Reiches*, volumen 408, pág. 139.

(7) El censo profesional cuenta en este grupo «como independientes sin profesión a todas las personas que no ejercen ninguna actividad económica y que viven de retiros, de pensiones, de otros beneficios o de sus rentas; los habitantes de los asilos de caridad, de casas de retiro, de manicomios, de hospitales; los estudiantes que no viven con sus familias, los internos de escuelas y colegios, de orfanatos; los detenidos en las prisiones y correccionales, así como todos los elementos que no ejercen profesión definida y no hayan indicado profesión, sin que pueda considerárseles como miembros de familia». (*Statistik des Deutschen Reiches*, volumen 402, pág. 7.) En consecuencia, esta categoría comprende, de una parte, el proletariado inculificado, las prostitutas, mendigos, vagabundos, etcétera, y, de otra parte, los verdaderos rentistas capitalistas.



(Dibujo de Rodin.)



# Los matriarcados

**L**A lucha de clases y la lucha de razas nos impiden frecuentemente recordar que existe una tercer lucha, muy lejos de estar concluida: la lucha de sexos. E igualmente que en las dos primeras, la tercera tampoco debería hallar su término en la victoria y dominación de una de las partes contendientes, sino en la igualdad de derechos de las dos.

Hasta la mitad de siglo último estábamos completamente habituados, en Europa, a ver en el hombre al dueño indiscutible del Estado. No se ignoraba que, siempre y en todas partes, la mujer, como consejera del hombre, representaba entre bastidores un papel de los más importantes; la frase de Montesquieu —«el que ve actuar a los ministros y no conoce a las mujeres que los inspiran, es como aquel que viese funcionar una máquina sin conocer las fuerzas que la ponen en movimiento»— por nadie era discutida en cuanto a la gran verdad contenida en ella; pero nada de esto impedía a la casi totalidad de los hombres oponerse de la manera más enérgica a las más legítimas y modestas reivindicaciones relativas a los derechos de la mujer. La frase de Goethe (*Hermán y Dorothea*) —«La mujer debe aprender a tiempo el papel de sierva a que está destinada»— correspondió a la mentalidad general de los hombres del viejo y del nuevo mundo y de la mayor parte de los de Asia y Africa.

Así fué tanto mayor la impresión que produjo el libro del profesor y magistrado de Bâle, Johann Jakob Bachofen (1815-1887), aparecido en 1864, con el título de *El matriarcado. Estudio sobre la ginecocracia de los tiempos antiguos, desde el punto de vista de su esencia religiosa y jurídica* (1).

Cuando, un cuarto de siglo más tarde, la evolución de mis propias ideas me indujo a entrar en relaciones con los jefes de la socialdemocracia alemana de aquella época, Augusto Bebel y Wilhelm Liebknecht, ningún nombre era tan pronunciado junto al de Carlos Marx que el de Bachofen.

(1) *Le matriarcat, une étude sur la gynécocratie des temps anciens du point de vue de son essence religieuse et juridique.*

Poco después de aquella época apareció otro libro de gran valor: *La société primitive*, donde su autor, el sabio americano Lewis H. Morgan, hacía suyas las opiniones de Bachofen sobre el matriarcado, es decir, sobre la primitiva dominación de la mujer.

Sobre los trabajos de Bachofen y de Morgan se han basado posteriormente las dos obras que tuvieron una importancia capital para la socialdemocracia, extendiendo sus enseñanzas y sus reivindicaciones al terreno sexual: *L'origine de la famille*, de Federico Engels, y *La femme et le socialisme*, de Augusto Bebel.

La influencia de las ideas de que estos dos libros se hicieron adalides fué preponderante no sólo para los socialistas, sino más aún para los medios demócratas y liberales. Esta influencia, tan profunda como duradera, no fué destruída hasta el fascismo y el nazismo, que proclamaron la vieja fórmula de los conservadores: «El puesto de la mujer está en el hogar y no en el Parlamento.»

Entre los que se ocuparon especialmente, después de la guerra mundial, del problema del matriarcado, conviene nombrar a los doctores Mathilde y Matthias Vaerting. Mathilde obtuvo una cátedra en la Universidad de Lena y la conservó hasta el advenimiento de Hitler. He oído decir que Mathilde y Matthias eran hermana y hermano. Otras personas me han afirmado que se trataba de un solo individuo. Por mi parte, yo no he visto más que a Mathilde, y nunca he encontrado a Matthias Vaerting.

El punto de partida de Vaerting es el siguiente: Una comparación exacta y justificada del hombre y la mujer, comparación cuyo objetivo sería descubrir las verdaderas y orgánicas diferencias sexuales, exige como primera condición una base nueva.

No se puede comparar entre ellos los sexos más que encontrándose en una situación idéntica, es decir, hombres en una sociedad dominada por ellos con mujeres en una sociedad dominada por ellas, o bien, hombres viviendo bajo la dominación de mujeres con mujeres que vivan bajo la de los hombres o, mejor aún, mujeres y hom-



bres con derechos absolutamente iguales. Por consiguiente, los hombres y las mujeres de hoy no pueden ser objeto de un análisis psicológico comparado. Lo que cada sexo tiene de particular está determinado, en primer término, por el elemento de dominación, por su supremacía o su inferioridad social, política, etc. Cuando la mujer domina, manifiesta los mismos rasgos esenciales que el hombre cuando éste está en la misma situación, y cuando él es dominado por la mujer, ofrece particularidades idénticas a las de la mujer que se encuentra en estado de inferioridad respecto de él.

No es ya lícito dudar de que el matriarcado ha existido en muchos pueblos. Entre los de la antigüedad, más próximos a nosotros, mencionemos Egipto y Esparta. En cambio, no es tan conocido el hecho de que, inclusive en nuestros días, el matriarcado está bastante extendido, sobre todo en las regiones demasiado alejadas de las grandes líneas de comunicación entre los pueblos europeos con los de Asia y América.

En el curso de mis viajes alrededor del mundo en 1930-32, yo he podido observar personalmente, en tres puntos, la existencia del matriarcado y observarlo de cerca. En la costa Oeste de Sumatra, entre los campesinos de Minangka, que habitan las altas planicies de Pedang, el matriarcado está en plena floración. La mujer es soberana absoluta en su casa y en su familia. El esposo y los niños llevan su nombre. El hombre es alimentado por su mujer, pero vive fuera de la casa, a la cual es invitado de vez en cuando por su esposa, para ejercer sus funciones de macho, después de lo cual es reintegrado a su casa. Y sólo últimamente es cuando los hombres han comenzado a juzgar indigna de ellos esta situación, y han emigrado en masa a la Indochina en busca de trabajo y condiciones más honorables. En cambio, me parece que el Tibet no está dispuesto a renunciar a su situación actual.

Allí el matriarcado rige, hasta estos momentos, estrechamente ligado a la poliandria. La mujer tibetana se casa corrientemente con tres o cinco hombres a la vez (casi siempre hermanos) y los considera como esclavos.

Jamás olvidaré la escena que me fué dado presenciar, al pie del Himalaya, en el mercado semanal de Darjilin: Una tibe-

tana, cubierta de bisutería, con una corta pipa entre los dientes, marchaba delante; detrás, sus esposos, bárbaramente cargados con las mercancías que venían a vender.

Y estoy particularmente bien informado sobre el matriarcado en la isla de Formosa, aunque no he tenido ocasión de visitarla. Porque se ha dado muchas veces la circunstancia, en el transcurso de estos viajes, de encontrar a personas competentes que habían permanecido durante largo tiempo en ella, especialmente médicos japoneses, gracias a lo cual he podido reconstituír exactamente y de modo detallado la situación étnica y sexual de sus habitantes, situación diametralmente opuesta a la dominación masculina del Japón, a donde Formosa pertenece desde 1895.

Existen allí de siete a nueve tribus importantes, entre las que ocupan el primer rango la Taiyal y la Paíwau; y todas han conservado íntegramente el matriarcado. El jefe de cada tribu es una mujer que, al mismo tiempo, es su Gran sacerdotisa. Esta mujer no se traslada sino llevada por sus súbditos, para que sus pies sagrados no toquen el suelo. Sus funciones son hereditarias, pero no pasan más que de madre a hija. Si, por casualidad, no hay más que un descendiente varón, éste puede, en algunas tribus, ser el heredero de su madre, pero sólo a título de excepción y, por así decirlo, interinamente.

La mujer jefe de tribu dispone de todos los stocks de maíz, que constituye el principal alimento de los indígenas. Ella es la que distribuye a las mujeres de las diferentes familias de la tribu la cantidad necesaria para cada día. Los hombres no tienen derecho a acercarse al lugar en que se guarda la cosecha. Los viñedos, los campos de patatas y los tabacales son vigilados y regidos por las mujeres. Es corriente ver a las mujeres fumando gruesos cigarrillos, en tanto los hombres han de conformarse con pequeñas pipas de bambú.

Las atribuciones de las Grandes sacerdotisas son importantes y numerosas. Actúan de jueces, y sus sentencias no admiten apelación; son las «pitonisas» y consejeras, y sus consejos son solicitados ante toda cuestión de importancia.

La duración del matrimonio es valedera según las tribus: en unas; dura toda la vida; en otras, por término medio, dos años. En casos de divorcio, son también



las sacerdotisas y sus coadjutoras las que regulan los acuerdos, sobre todo en lo referente a la situación de los hijos y a los alimentos. Como en casi todas las partes en que existe el matriarcado, en las tribus de Formosa, el adulterio del marido o de la mujer implica la muerte del culpable. Todas estas tribus son monógamas. Los niños adulterinos son muertos inmediatamente, y la misma suerte corre entre los dos gemelos el más enclenque.

Es de notar, por otra parte, que no existe la prostitución en otras tribus, así como tampoco en ninguna parte donde existe el matriarcado.

Mrs. Janet B. Montgomery, Mc. Govern,

profesora de Lenguas, refiere, en su gran libro *Chez les chasseurs de têtes de Formose (Entre los cortadores de cabezas de Formosa)*, que un funcionario japonés le dijo un día cuánto lamentaba que la estructura social esté tan escasamente desarrollada en esta isla que no pueda haber en ella ni un «Yoshiwara» (Centros «reservados» de Tokio) ni casas de té con «geishas».

Evidentemente, no es la moral lo que crea la costumbre; es la costumbre lo que parece moral.

**Magnus HIRSCHFELD**

AGUAFUERTES DE «POSTGUERRA»



*La esposa del muerto*



*La madre del que va a morir*



## Lo que será la guerra futura

**B**AJO el título *What would be the Character of a new war* (Cuál será el carácter de una nueva guerra), acaba de aparecer en Londres un libro muy interesante, obra colectiva de dieciocho expertos militares y sabios químicos, elegidos entre los más célebres de Europa, América y el Japón. Estos colaboradores, que cada uno desconocía la labor de los demás, fueron invitados por un editor a exponer sus ideas referentes a una guerra futura; nada de profecías fantásticas, sino evidencias explanadas por los últimos descubrimientos. ¿Cómo aprovecharía la técnica bélica las nuevas conquistas científicas? Difícilmente podríamos imaginarnos una lectura más espantosa que estas dieciocho disertaciones, cuyo tono moderado y sereno, cuya objetividad absoluta, lejos de reducir, aumentan el sensacional efecto que producen.

### La infantería, aniquilada por los tanques

«La técnica, después de haber revolucionado nuestra vida económica, ha subvertido igualmente nuestras maneras de hacer la guerra» —escribe el general inglés Fuller—. Según él, la infantería, que fué en otro tiempo el principal factor en las batallas, se encuentra actualmente, respecto de la guerra, poco más o menos, en la misma situación que, en el aspecto económico, los obreros industriales, convertidos casi en cosa superflua, por el maquinismo. La guerra será motorizada, mecanizada, en la misma razón que la vida económica. La «tecnocracia» ejercerá su dominio sobre el ejército también. Una guerra futura demostrará hasta qué punto la infantería se ha convertido en un anacronismo, yendo a igualarse con otra arma también gloriosa en otro tiempo y hoy perfectamente fosilizada: la caballería. Tropas motorizadas: he aquí el arma verdaderamente preciosa hoy. Los infantes, a los que, en tiempo de paz se enseña a hacer marchas y contramarchas de mu-

chas horas con cargas de 56 libras a las espaldas, no sirven ya más que para ser masacrados por los tanques. El 24 de abril de 1918, siete tanques ingleses, llevando por todo equipo un total de 21 individuos, oficiales y soldados, pusieron en fuga a tres batallones alemanes, de los que mataron a 400 hombres. Los tanques contra la infantería no hacen la guerra; lo que hacen es un juego —terrible— de carnicería.

Según el general Fuller, la formación actual de tropas, en que se combina la infantería propiamente dicha con destacamentos motorizados, representa el más completo de los absurdos, ya que la capacidad de movimiento de una difiere completamente de la de los otros. Se impone, de ahora en adelante, una separación de los infantes y los motoristas. El servicio obligatorio, tal como se practica actualmente, la vida de cuartel, la instrucción militar de nuestros días, todo esto, es precisamente lo contrario de lo que habrá de hacerse para formar los reclutas. Sería preciso que, ante todo, se enseñase a los soldados la mecánica y que en lugar de en el cuartel, se les educase en el garaje y en las fábricas. Durante la última guerra, ya se adquirió la convicción de que los mejores soldados eran los chóferes, los mecánicos, los obreros que poseían un oficio técnico; los técnicos, en una palabra. Técnicos, pues, es lo que hay que formar y no tropas gregarias, buenas para «carne de cañón».

### El porvenir está en el aire

Según un estudio del mayor Bratt, inglés, el resultado de las guerras futuras no se decidirá en la tierra ni en el mar; se decidirá en el aire. Será vencedor aquel que pueda prevalecer de la soberanía del aire. Hasta el presente, los caminos de hierro han desempeñado un papel de primera categoría, por ejemplo, en el transporte de tropas. Ese papel se



1934?

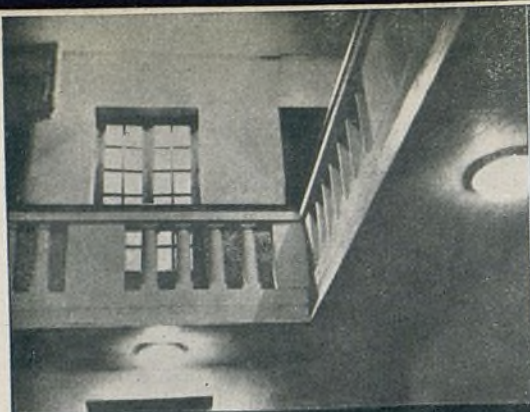
Fotomontaje de M. MONLEÓN



*monleón*

Ayuntamiento de Madrid

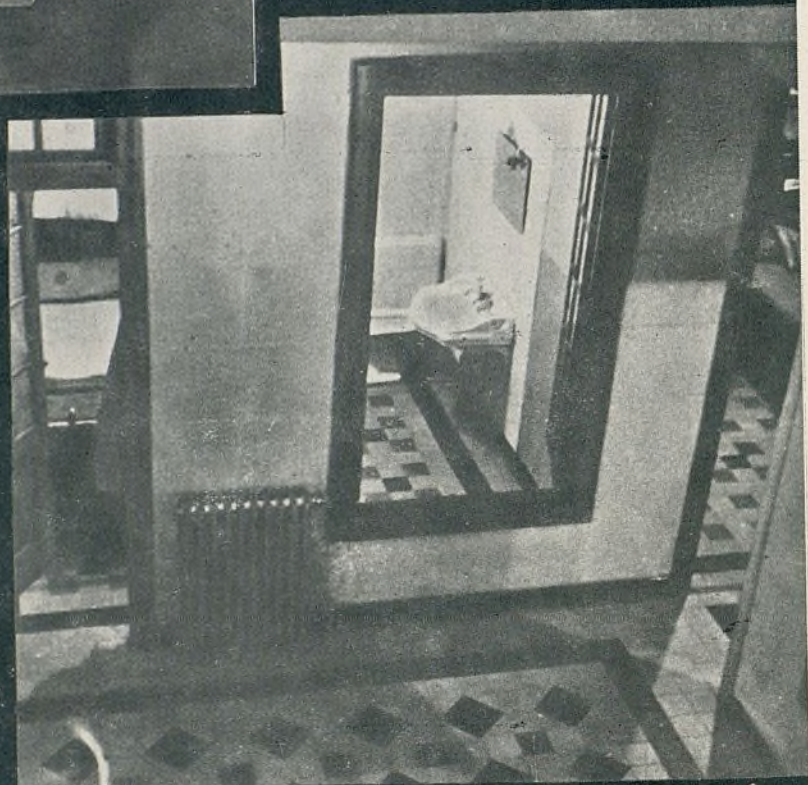




*Una casa de prostitución, para ricos....*



# La prostitución



*... en la que el burgués no notará de falta la higiene y confort.*



*Casas públicas para proletarios; la diferencia se manifiesta plenamente*

Ayuntamiento de Madrid







*bajo todas las latitudes se observa la misma fatiga en las caras de estas mujeres*



*la sala de espera y elección de un lupanar caho del Japón.*



*bajo el control de la "dueña", el personal de la casa se divierte.*





# MASCARADA INTERNACIONAL

(PERO EN SERIO)



**1:** En las Universidades hacen prácticas contra los gases... «por si acaso».

**2:** En París se enseña al público la forma de usar las máscaras contra los gases.

**3:** Durante una demostración contra la guerra, organizada en Londres, varios batallones infantiles desfilan por las calles Southgate y Wood Green.

Ayuntamiento de Madrid





reducirá a poco más de nada tan pronto como las tropas queden motorizadas. Por otra parte no habrá ejército terrestre, por fuerte que sea, cualquiera que fuere su potencia en cañones, que pueda impedir a la flota aérea enemiga volar sobre las líneas y penetrar en los territorios defendidos. El agresor no se preocupará más de las tropas defensoras que se ocuparían de las murallas, o de las vías férreas o de las estaciones del ferrocarril. Con sus aviones atacará los centros «vitales» del enemigo, sus grandes fábricas, sus talleres, sus minas, sus molinos... La flota aérea —y esto será precisamente una de las características de la guerra futura— se ocupará menos del ejército enemigo que de los no combatientes, de la población civil, sabiendo que de la actitud de ésta, de su capitulación, depende el resultado de la guerra.

Naturalmente, cada uno de los dos adversarios llevará sus ataques al interior del país del otro; y es muy probable que dos escuadrillas enemigas no se hagan mucho daño entre sí solas, ocupadas una y otra en llevar su obra devastadora especialmente contra las masas de población civil del otro país.

Todo esto quiere decir que, en una futura guerra, las catástrofes se producirán no en los frentes, sino detrás de ellos, en territorios que, normalmente, no habrían sido jamás zonas de guerra.

### **La tierra, por sí misma, arderá**

He aquí a una sabia química rusa, cuyo nombre constituye una autoridad, y que consagra un capítulo a la guerra química y bacteriológica: la señora Gertrud Wolker.

«El empleo del gas —escribe la señora Wolker— surtirá efectos mucho más espantosos que durante la última guerra. Además, se emplearán ciertas bombas incendiarias nuevas, de una fuerza explosiva tal, que la bomba común apenas puede darnos idea.

»Ya hoy se conocen bombas incendiarias que sólo pesan *un kilo*, y que al contacto de la techumbre de una casa, por ejemplo, o al tocar en el suelo, producen súbi-

tamente 3.000 grados de calor. El acero que envuelve a estas bombas se inflama y, bajo la forma de una masa ígnea, penetra por doquier, inflamándolo todo.

»Otras bombas, de mayor peso, penetrarán profundamente en el suelo, provocando el incendio, de manera que será como si la misma tierra ardiera en llamas. Estas bombas servirán para destruir las canalizaciones, las instalaciones subterráneas de las grandes ciudades y los conductos de gas, a los cuales comunicarán el fuego. Unos pocos aeroplanos bastarán para transportar estas bombas en la cantidad suficiente para incendiar toda una capital.

»Hay otro tipo nuevo de bombas que consiste en lo que se llama «bombas de Berlín», espantosos artefactos que destruyen a todo ser viviente en un perímetro de 800 a 1.000 metros en torno del punto de su explosión.»

### **Aviones invisibles**

Según el general Crowes, sería ilusorio creer en la posibilidad de la defensa de una ciudad como París, Londres o Berlín en caso de un serio ataque aéreo, tal como éste se realizaría en el transcurso de una guerra futura.

Los refugios más sólidamente combinados y mejor estudiados no ofrecerían ninguna garantía estimable. Calles enteras serían incendiadas rápidamente. ¿Y cómo las personas que se hallen en los subterráneos, en el Metro, conseguirán siquiera salir bajo el enorme amasijo de escombros encendidos, para recobrar el refugio, que, probablemente, arderá también, y esto aquellas personas que no hayan sucumbido ahogadas por los gases deletéreos?

El general Crowes describe a continuación una maniobra nocturna verificada recientemente sobre Londres, donde se puso en ensayo los nuevos aeroplanos envueltos en una materia que los hace prácticamente invisibles.

Entre 250 aeroplanos de éstos, que participaron en el ensayo de ataque nocturno, solamente se consiguió descubrir a 16, y esto actuando los más fuertes proyectores; los 234 restantes quedaron completamente invisibles, y eso que sólo volaban a pequeñas alturas.



## El ahogo en seco

En cuanto a los nuevos gases, son tan múltiples y de una actividad tan nociva, que no pueden compararse con el gas empleado durante la última guerra.

Se conocen actualmente gases que penetran en el organismo sin que el sujeto lo advierta hasta el momento en que se producen los efectos mortales. ¡Y qué efectos! Véanse, por ejemplo, los del «gas verde» (Ci Co C/3) que provocan en el organismo el «ahogo en seco». En efecto, bajo la acción de este gas los tejidos y los vasos capilares del pulmón pasan a un estado tal que atraen todos los coágulos de sangre, y el pulmón se encuentra literalmente ahogado por esta afluencia. El proceso es el mismo que si la víctima se estuviese ahogando. Y lo está; pero ¡en su propia sangre!

## Los convenios no rigen en tiempo de guerra

Otro oficial inglés, el comandante Le-febvre, afirma que una guerra aérea da siempre la ventaja al agresor que, desde su primer ataque, bien calculado y bien ejecutado, sepa tomar la delantera. A su juicio, sería sencillamente necio imaginarse que un pueblo que, defendiendo su independencia y viéndose en peligro, respetara los convenios, cualquiera que fuesen, hechos para hacer la guerra más huma-

na. Los pueblos recurrirán a los medios más espantosos. Las máscaras contragases, según este autor, no serán casi eficaces, ya que, hoy mismo, existen gases que las penetran o se infiltran por debajo de ellas.

## Las «bellas cosas» que esperan al mundo

El profesor Langevin demuestra que 100 aviones bastarían, con creces, para aniquilar una capital como París, con sus tres millones de habitantes. El general alemán Altrock abunda en la misma opinión. Según él, el exterminio de la población civil será precisamente una característica de la guerra futura, mientras que en los frentes propiamente dichos, se gozará de una tranquilidad relativa.

El jefe del Departamento de Explosivos en el Ministerio de la Guerra inglés, lord Halsbury, ha disertado acerca de las «virtudes» del *difenyloyanarsin*, del cual bastan 40 toneladas para envenenar y matar alrededor de ocho millones de individuos, es decir, Londres y sus arrabales.

Por otra parte, el general americano Squier ha hecho el panegírico de un gas verdaderamente benigno, capaz de sumir en sueños a la víctima durante veinticuatro horas, pasadas las cuales, recobra sus sentidos. Pero, ¡ay!, que este gas soporífero no tiene mucha probabilidad de ser empleado por los futuros beligerantes.





# Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

## XVI

### Los sucesos de julio

**P**ERO este conflicto, cuyas repercusiones se reflejaban, no sólo en Cataluña, sino en todo el país, fué un episodio interesante de las pugnas que hubo de sostener la clase trabajadora para afirmar su posición de clase que quiere redimirse a sí misma, sin esperar nada de los demás, es decir, de quienes, con la capa del amigo, abusaban de la confianza que en ellos se ponía. Y que esto era una necesidad, pruébanlo infinidad de detalles.

Por entonces se publicó una nota en la prensa anunciando que los obreros de la zona minera de Gergal, villa y cabeza de partido de la provincia de Almería, amenazaban con declararse en huelga porque la empresa extranjera que explotaba aquellas minas quería rebajarles los salarios que percibían. Salarios de hambre, de miseria, de explotación; pues el término medio del salario que percibían era de cinco reales diarios. ¿Se podía vivir con tal salario? ¡Imposible! Pues a pesar de ello, la empresa explotadora de las minas aun quería rebajarlos. Estimaba que sus obreros ganaban demasiado.

Pero el grado de explotación a que aquellos trabajadores estaban sometidos no se ve solamente en lo mísero de los salarios que percibían, sino en que se les vejaba y sometía por todos los procedimientos. Pues por publicar un Manifiesto donde se aconsejaba a los obreros que no se prestaran a la farsa de ir a misa cada domingo, según disponían los amos, fué procesado y encarcelado el obrero Luis López, de aquella localidad. Esto dará idea de lo demás.

Por su parte, los obreros valencianos, también se interesaban por todo lo que a organizarse sindicalmente podía referirse. Y como prueba de hasta dónde llegaba este interés, transcribimos la circular que

la Sociedad de Albañiles El Trabajo, dirigió a las similares de España:

«A todas las Sociedad de Albañiles de España.—Compañeros: En vista de la precaria situación y las mil vicisitudes que atravesamos todos los proletarios, desheredados de la fortuna, es necesario de todo punto que nos unamos todos para contrarrestar esa avalancha de la burguesía, que sólo piensa en arrollarnos, aniquilarnos y embrutecernos con su despótico poder.

»Hora es ya de que despertemos del letargoso sueño en que estamos sumidos.

»Basta ya de humillaciones y servilismos; basta ya de tiranías.

»Pensad, pensad, compañeros, en que mientras vuestras esposas e hijos viven en la mayor indigencia, faltos de pan, habiendo en infectos tugurios, faltos por completo de higiene, nuestros contrarios, los burgueses, gastan coches y habitan palacios.

»Mientras vuestros hijos van descalzos y medio desnudos, ellos gastan buenos trajes, gabanes y bien calzados

»Mientras nosotros gemimos, ellos gastan, triunfan y ríen, gastando en orgías lo que nos roban de nuestro sudor.

»¿Debemos consentir nosotros, que todo lo producimos, tales atropellos e iniquidades? No.

»¿Debemos seguir nosotros aguantando el que se nos lleve al matadero cual si fuésemos mansas ovejas? No.

»¿Qué se debe hacer, pues, en tal caso?

»Una cosa bien sencilla.

»La Sociedad de Albañiles El Trabajo, de Valencia, tiene el propósito de celebrar un gran Congreso obrero, al que concurren representantes de todas las Sociedades de España, para cuyo objeto tiene solicitado el local del gran salón de la Exposición Regional de Valencia, y el cual le ha sido concedido.

»En vista de eso, y aprovechando esa coyuntura de la festividad del productor



y el progreso, os invitamos a tan benéfico objeto, a fin de estrecharnos en nuestra amistad e interés común y ver de estudiar entre todos el mejor medio de poner remedio a tantos males como nos acosan.

»Así, pues, entendedlo bien, compañeros; el viaje que tenéis que realizar desde el punto que residís a Valencia, sólo os costará menos de la mitad del importe que de ordinario os pudiera costar, tanto a los delegados congresistas como a sus familias.

»Además tenéis la ventaja de visitar esta Exposición, sumamente hermosa, gratis completamente, por espacio de tres días.

»¡A Valencia, pues, compañeros!

»A luchar por nuestros intereses y ver la manera de sacar el mejor fruto posible de los días 4, 5 y 6 de septiembre próximo, en los que debemos celebrar el Congreso.

»¡Viva la unión y el progreso!

»Valencia, abril de 1909.—El presidente, *Baltasar Tarín*.—El secretario, *Andrés Albalat*.

»Nota.—Remitid la contestación de adhesión o vuestro parecer a la Sociedad de Albañiles El Trabajo, Casa del Pueblo, Valencia. Es indispensable saber fijo los representantes que vienen.»

Pero todas estas manifestaciones adolecían del defecto de carencia de organización. Esta misma convocatoria a un Congreso nacional de albañiles, se hacía por una entidad aislada, sin que existiera una Federación nacional del oficio o sin que fuera una organización como Solidaridad Obrera u otra cualquiera que convocase. Sin embargo, a través de estos defectos capitales, poco a poco se iba formando en torno a S. O. el núcleo y el ambiente necesarios para adquirir vuelos mayores.

De muchas localidades de España, aisladamente, las Sociedades reclamaban ser admitidas en Solidaridad Obrera, pero como ésta era regional solamente, no podía darles cabida. Pero adoptó el procedimiento de considerarlas adheridas. No aceptaba sus cotizaciones. Eran adhesiones morales.

Por otra parte, no debe olvidarse que era período de tanteos. Pues ni las organizaciones que se inclinaban por las tácticas sindicales, ni la misma Unión General de Trabajadores, que seguía las del

socialismo reformista, tenían arraigo profundo en la opinión. Entre las clases populares españolas, que es como si dijéramos las clases trabajadoras, predominaba aún el criterio de las revoluciones y de las acciones políticas. No en balde ha sido nuestro país el de «los pronunciamientos» por excelencia. Además, no puede olvidarse tampoco que hasta últimos del siglo pasado, a sus términos ya, hubo sublevaciones populares, pues el «echarse al campo» contra el Gobierno constituído era una necesidad fisiológica del pueblo español como otra cualquiera: comer y dormir, por ejemplo.

No obstante estas condiciones ambientales, tan opuestas al criterio que una actuación de tipo sindical exige de la clase trabajadora, se avanzaba. Lentamente, pero se avanzaba.

A las adhesiones ya recibidas de la organización catalana por el conflicto de *El Progreso*, se unió la de la Federación Nacional de Toneleros, la organización profesional de más arraigo en nuestro país, que acabado de celebrar su Congreso Nacional a últimos de abril, tomó el acuerdo de unir su protesta a la de los demás trabajadores y enviar su adhesión a Arte de Imprimir, de Barcelona.

Otro de los actos que interesa reseñar en este período de actuación sindical de los organismos que no pertenecían a la U. G. T., fué la Asamblea, con intenciones de Congreso Nacional, que celebraron los obreros del Arte Fabril y Textil de Cataluña.

Tuvo ésta lugar en los días 30 y 31 de mayo de 1909. Celebráronse las sesiones en el Centro Obrero de la calle Nueva de San Francisco, y concurrieron a ellas casi todas las Sociedades del Arte Fabril y Textil constituídas en Cataluña, y se hicieron representar algunas de las entidades de Alcoy.

Los temas más importantes sometidos a discusión de las delegaciones fueron el de la reducción de la jornada y modo de conseguirla; necesidad de asociar a la mujer; constituir una Federación Nacional del Arte Fabril y manera como ha de funcionar esta Federación, cotizaciones a pagar a la misma y propaganda a realizar.

Los acuerdos recaídos fueron todos favorables y de gran alcance para lo futuro, pero los acontecimientos ocurridos des-



pués hicieron que se olvidasen por completo.

Pero el acuerdo más importante de la organización en aquel período fué el recaído en la sesión del Consejo de Solidaridad Obrera, celebrada el día 13 de junio, en la cual se aceptó la propuesta de convocar para los días 24, 25 y 26 de septiembre de 1909 el segundo Congreso de Solidaridad Obrera, pero dándole carácter de nacional. Es decir, que convocado para ser regional, se transformaría automáticamente en Congreso nacional de las organizaciones disconformes con las tácticas societarias que seguía la Unión General de Trabajadores.

La cuestión era importante por demás, pues aparte el hecho de que la convocatoria del Congreso hacía definitiva la separación entre las entidades que aceptasen una u otra táctica de lucha, planteaba también la necesidad de expresar un criterio que tendiese a la unidad del proletariado español. Unificación que no se lograría fácilmente siguiendo los procedimientos que caracterizaban a la mayoría de Sociedades constituidas en aquel tiempo. Pues si bien es cierto que había muchas disconformes con las tácticas de la U. G. T. y las directrices que el partido socialista le imponía, no es menos cierto que tampoco aceptaban de buen grado las tácticas y los procedimientos preconizados por las organizaciones que seguían a Solidaridad Obrera.

No debe olvidarse, sin embargo, que S. O., en su primer Congreso, en el constitutivo, adoptó un acuerdo de la mayor importancia, tanto, que de haberlo practicado hubiese hecho posible la unificación absoluta del proletariado español.

Al tratarse de las tácticas a seguir, acordó el Congreso, por SESENTA Y TRES votos contra QUINCE, «ACEPTAR COMO MEDIO ESENCIAL DE LUCHA LA ACCION DIRECTA, SIN PERJUICIO DE ADOPTAR OTRA ACCION CUANDO LAS CIRCUNSTANCIAS LO DETERMINEN». Esto nos dice que la intención de los delegados al Congreso proveyó que la imposición de una táctica, el hermetismo en un procedimiento de lucha, conduciría a la división de los trabajadores, a imposibilitar toda armonía entre ellos.

Claro está que sus indicaciones no se

siguieron, pero los resultados han demostrado y demuestran que tenían razón.

Y como demostración del deseo que había de conocer las ideas y de orientarse con clarividencia hacia el porvenir, señalemos que el día 3 de julio de 1909 se constituyó el Ateneo Sindicalista, primera entidad cultural de esa clase que se constituía en España, pues hasta entonces casi todos los Ateneos constituidos por los elementos anarquistas y los simpatizantes de estas ideas fueron Ateneos de Estudios Sociales, pero no Ateneos Sindicalistas.

En la inauguración de sus tareas culturales que se hizo el mismo día leyéronse trabajos de la Junta nombrada y del camarada Anselmo Lorenzo. E hicieron uso de la palabra explicando la orientación a seguir por la nueva entidad, Fabra Rivas y Rodríguez Romero. Y el presidente del acto, que fué el camarada José Negre, resumió los discursos pronunciados y señaló las tareas más inmediatas a realizar.

Todo parecía conjurarse para que la obra de los iniciadores de Solidaridad Obrera llegase a buen puerto, para que ella fuese el guía espiritual y activo de la clase trabajadora de nuestro país. Pero un incidente inesperado segó de raíz tantas ilusiones y esperanzas. Los sucesos del mes de julio de 1909, conocidos con el nombre de Semana sangrienta, y que costaron el fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia y cuatro individuos más, paralizaron la actuación sindical de Solidaridad Obrera, no sólo en Cataluña, sino en el resto de España.

Las trágicas consecuencias de aquellos sucesos, cuya génesis, como todo el mundo sabe, ha de buscarse en el sacrificio de miles de soldados en el famoso Barranco del Lobo, en Melilla, son un borrón de ignominia para el régimen capitalista y un timbre de gloria, de dignidad y comprensión para el pueblo, aunque más particularmente para la clase trabajadora.

Acerca de cómo se gestaron los acontecimientos, han circulado versiones contradictorias. Y la mayoría, como se sabe, atribuyeron una intervención acusada a Francisco Ferrer Guardia. Mis informes no coinciden con esa apreciación general.

La intervención de Francisco Ferrer Guardia viene después, cuando, acordada y realizada la huelga general, el pueblo



está en la calle, y cuando por la simpatía difusa que establece una protesta tan humana y comprensible como era aquélla, se establece la cordialidad que une a todos en un mismo grito, en una acción común y heroica.

Realizada la huelga general, el ejército simpatizó con el pueblo, convivió con él los primeros días. La guerra era odiosa para todos; pero para el soldado expuesto a ir a morir en otro Barranco del Lobo, había de serle más. Por eso simpatizó con el pueblo que protestaba del embarque de tropas a Marruecos. Por eso fraternizaron durante las primeras horas de la revuelta. Además, el pueblo no iba contra el ejército, sino a su favor. Razón de más para que la corriente de simpatía fuese más sentida y eficaz.

Pero la iniciación del movimiento se debe única y exclusivamente, «única y exclusivamente», hay que repetirlo, a la organización obrera. Se decidió la declaración de huelga general la noche anterior en reunión clandestina de Juntas y delegados de las Sociedades obreras que pertenecían a la Federación Local de Barcelona. Júzguese el movimiento como se quiera, la verdad es que fué la organización quien lo realizó. Y la forma de proceder fué de lo más sencillo.

Conocidas las noticias de la derrota sufrida por las fuerzas españolas, y que, como consecuencia de esta derrota iban a ser enviadas nuevas tropas a Melilla, estimó el Comité de la Federación Local barcelonesa que debía convocarse una reunión extraordinaria y urgente de Juntas y delegados de Sociedades para que, recogiendo el estado de efervescencia de la opinión en general, que veía en el embarque de tropas a Marruecos otra masacre de soldados españoles, organizar un acto de protesta haciéndose intérprete de los sentimientos del pueblo ante lo sucedido y lo que podía suceder. La reunión debía celebrarse en el Centro Obrero de la calle de la Merced.

Pero a medida que llegaban los componentes de las Juntas y los delegados al local social, se les invitaba a trasladarse a otro local. Procedióse así para evitar que la intervención de la policía, que no cesaba de ir y venir desde la Jefatura al Centro y desde el Centro a la Jefatura con el fin de ver si *pescaba algo* o descu-

brían las intenciones de la organización, consiguiese su propósito. Pero los componentes de Juntas y los delegados, perspicaces y desconfiados, tomaron las necesarias precauciones, dándose el caso de que, mientras la policía daba a la Jefatura, y ésta al Gobierno civil la nota de que no pasaba nada, que todo estaba tranquilo y que la organización permanecía indiferente al estado de ánimo que se manifestaba en la calle, los representantes de los Sindicatos, reunidos, trataban la cuestión y acordaban la huelga general en señal de protesta.

Terminó la reunión tarde, ya de madrugada, circulándose las órdenes de paro inmediatamente. Y sin protestas por parte de nadie, más bien con alegría y anhelo, fué secundada la orden de la organización barcelonesa. De lo demás, no hace falta hablar aquí, desde el momento que tanto se ha escrito sobre ello. Únicamente cabe señalar que si la organización barcelonesa y catalana se quedaron solas frente al Gobierno y éste pudo vencer esfuerzo tan generoso como desinteresado, debióse a la canallada hecha circular por el Gobierno Maura, aunque más especialmente por el ministro de la Gobernación, don Juan Lacierva, de que el movimiento era separatista. Marcado con esta infamia, el resto de la clase trabajadora española no supo sustraerse a esta influencia, y, por eso, en vez de ayudar a Cataluña en aquel gesto digno y elevado, la abandonó, dejándola reducida a sus propias fuerzas. Más aún. No faltó un sector de opinión, reducido si se quiere, pero no por ello menos significativo, que se puso al lado del Gobierno para combatir a los separatistas catalanes. Cayeron en el error, cometiendo la más tremenda de las injusticias.

Claro que después ya lo vieron; pero era tarde. En tales casos, la duda por parte de uno de los combatientes equivale casi siempre al triunfo del adversario. Por eso triunfó el Gobierno Maura y Lacierva en aquel caso. De no ser así, otro hubiese sido el resultado, pues lo odiosa que era la guerra de Marruecos en todo el país, hubiese encendido la más viril y la más potente de las protestas.

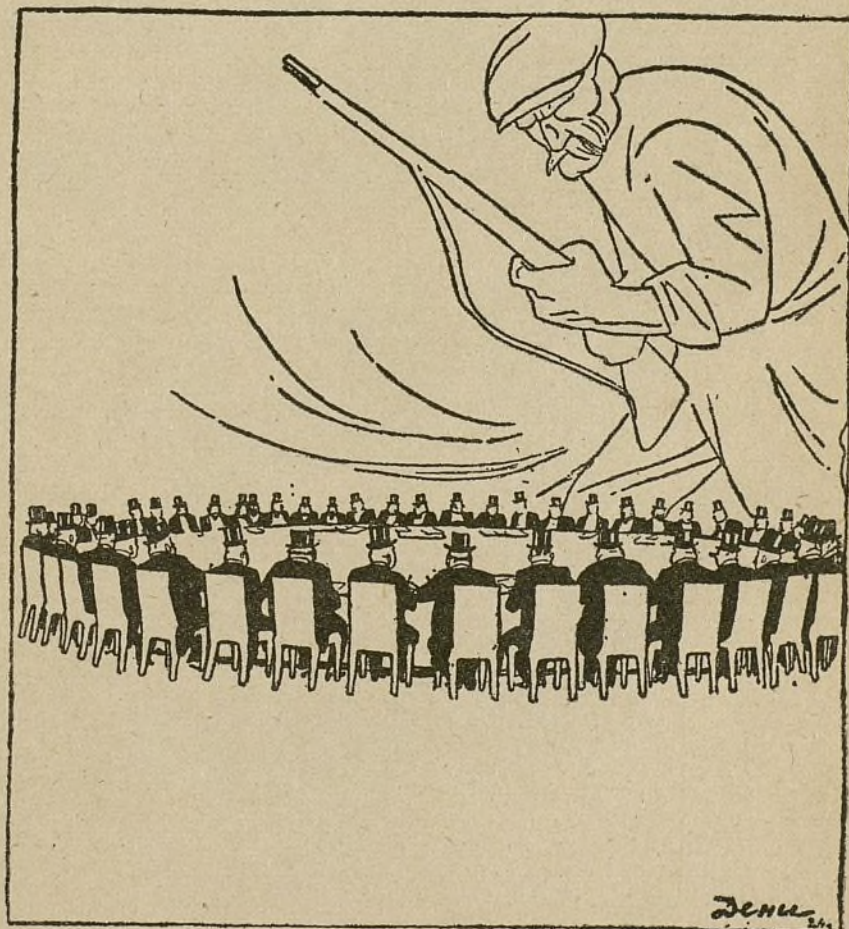
Por otra parte, se ve claro que el sacrificio de Ferrer y demás fusilados, pero especialmente el del primero, acusado de ser el iniciador del movimiento y su más



firme animador, fué un tremendo error judicial, pues en nada intervino en provocarlo. Unicamente en alentarlo; pues su deseo era aprovechar el movimiento para llegar a implantar la República, aunque en su empeño fueran los mismos republicanos, algunos, no todos ni los mejores, afortunadamente, los que le traicionaron, y los que, con sus declaraciones de doble

sentido, motivaron la condena a muerte. ¿Que le hubiesen condenado igual? Posiblemente. Pero entonces no caería sobre una parte de republicanos la responsabilidad de aquel crimen, de aquel asesinato legal, con lo que su dignidad individual no hubiese sufrido quebranto.

**A. PESTAÑA**



*Planes de reconstrucción; apuntalamientos del capitalismo... Pero ¡no triunfarán! Es el pueblo quien sabrá impedirlo.*



## **La lucha contra el cáncer**

### **El sexo de los hijos**

**E**l hombre de ciencia ha luchado durante el transcurso del presente año en el desentrañamiento de dos problemas capitales: el de la vida y el de la muerte.

El hombre se encuentra frente a toda su impotencia cuando intenta vislumbrar el porqué de la vida y el porqué de la muerte. Esta doble regulación de los seres humanos escapa a la sagacidad más grande. El humano enferma y muere: su organismo cobija a una serie de trastornos patológicos que le llevan al sepulcro; y esta ley igualatoria para todos los hombres escapa a las hipótesis creadas hasta hoy día. Y es más la humanidad se encuentra invadida por ciertas enfermedades a las que hay que combatir; pero para ello es necesario conocerlas en su intimidad, buscar su origen, su causa, el proceso fenoménico que las produce. Y el científico, llevado de este afán, somete a multitud de animales a las prácticas crueles, pero necesarias, de la vivisección. Todas las posibilidades de producir la enfermedad experimentalmente, son puestas a la práctica; y al cabo de todos los improbables estudios, se llega a descubrir una pequeña parte del gran problema, una mínima expresión del enorme secreto de la Naturaleza. Pero el investigador no pierde la fe y continúa, con mayor tenacidad si cabe, sus experiencias, realizando nuevas técnicas sobre los animales colaboradores a la fuerza. A los que jamás el hombre sabrá agradecerles todas sus torturas y martirios.

Y el científico trabaja, investiga con el mayor afán, para lograr un nuevo triunfo: el poder romper un pedazo de la esfinge para poder reconstruir otro pequeño secreto. En sus investigaciones hace nuevos adeptos para poder fundar una nueva escuela. Si él muere, otros continúan la investigación, viniendo lentamente, demasiado lentamente, el poder del mal.

Otros huyen de la muerte y se entregan a descubrir el gran problema de la vida. También aquí a los animales se les hace víctimas de la ignorancia humana. Multitud de ellos son sometidos a cópulas forzadas, se les efectúa ciertas operaciones, se les fecunda artificialmente. Y gracias a los resultados obtenidos, la humanidad avanza en su ceguera. No se contenta el hombre con poder procrear hijos a voluntad, sino que quiere ir más lejos, quiere saber antes el sexo del futuro ser.

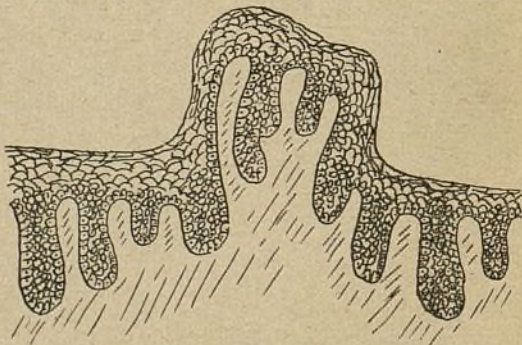
Y en este artículo de resumen de algunas actividades humanas durante un año, pondremos al lector en contacto con dos problemas: el del cáncer; y

con los intentos hechos para lograr la fecundación de seres con sexo predeterminado.

**CANCER.** Es sabido que el organismo del hombre se compone de multitud de seres microscópicos, a los que se les da el nombre de células. Estos seres, durante la vida del individuo, se reproducen, se desarrollan y mueren (excepto la célula nerviosa). Y en virtud de su muerte han de ser reemplazados diariamente por otras células nuevas e iguales a las que han dejado de ejercer su función propia.

Cada órgano del hombre está compuesto por multitud de tejidos, y cada tejido por multitud de células bien diferenciadas; todo es orden dentro de la variedad más absoluta.

Pues bien; llega un día que una célula aberrante, ignorada hasta entonces, en virtud de estímulos desconocidos, empieza a crecer, y se reproduce desmesuradamente, sin guardar los detalles morfológicos que habían de serle propios; en su desarrollo produce un retroceso atávico hacia un estado muy afín al embrionario; y mediante su crecimiento arrítmico, ciego, monstruoso, invade a los tejidos vecinos, impidiendo su libre reconstrucción. En su afán de crecimiento ahoga aquí, invade allí, todo lo altera; con sus productos de descomposición intoxica al individuo. Pierde la resistencia frente a los seres bacterianos y permite que en el seno de la nueva organización celular crezcan y pululen infinidad de especies microbianas. Crece y crece más, pero no contenta en invadir a sus convecinos, emite emisarios por la sangre, los cuales, al llegar a otros



*Corte histológico de la piel (esquemático). Papilas engrosadas, en un crecimiento benigno. Fíjese cómo la tendencia es crecer hacia el exterior.*



órganos, libres de la invasión monstruosa, procuran tomar contacto, destruyen a los elementos celulares del órgano invadido y asientan en él una filial, destructora como la madre. El resultado del crecimiento informe de la célula aberrante es la destrucción de la federación más perfecta de millones y millones de células; esta destrucción se efectúa por la uniformidad que imprime al individuo la nueva invasión, uniformidad que se hace incompatible con la vida. Esto es el cáncer, la destrucción de la república orgánica por el fascismo celular.

Ningún experimentador ha llegado a descubrir el porqué una célula igual que las otras toma esta orientación patológica. Pero sí que se ha podido evidenciar multitud de hechos y fenómenos curiosos.

Para algunos investigadores, el cáncer sería producto de la inclusión de un embrión durante el desarrollo del individuo; es decir, el individuo canceroso incluyó cuando se desarrollaba en el seno de la madre a un hermano gemelo, que no habiendo podido desarrollarse, espera la ocasión propicia para hacerlo. De aquí el carácter embrionario del tejido canceroso.

Otros experimentadores reconocen al cáncer un origen infeccioso. La experiencia sobre los animales ayuda de éstos. Existe en la Naturaleza multitud de animales que pueden presentar esta enfermedad. La cual, reconociendo un origen infeccioso, puede ser inoculada a otros animales de la misma especie, completamente sanos, y obtener en ellos el desarrollo del cáncer. Ahora bien; los gérmenes mediante los cuales se produce la enfermedad presentan caracteres curiosísimos. Son invisibles, ultramicroscópicos y filtrables a través de bujías de bizcocho de porcelana, cuyos poros son de un tamaño de décimas de milésima de milímetro. Para poder conservar estos gérmenes vivos en el laboratorio, es necesario cultivarlos sobre tejidos también vivos. La ciencia puede hoy día tener pedazos de órganos (hígados, riñón, pulmón), en estado vivo, gracias a sumergirlos en ciertos líquidos y conservarlos a 37°. Siendo, pues, sobre estos tejidos, cultivados en estas condiciones, cómo se ha de conservar a los gérmenes que

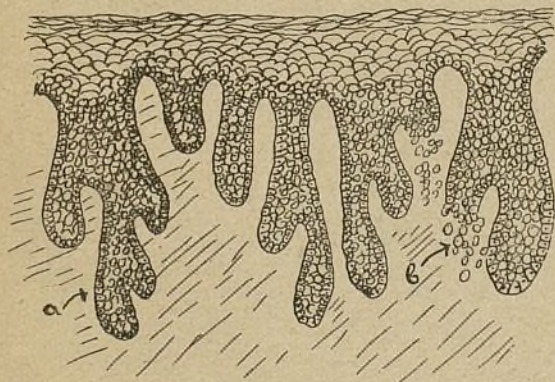
producen el cáncer en los animales. Para poder reproducir la enfermedad, basta con hacer una herida en la piel y ensuciarla con el tejido que contiene el germen, para que al cabo de unos días empiece a producirse un cáncer de piel.

Este poder infectivo y contagiante ha sido evidenciado en los animales, no así en el hombre. El doctor Ch. Champy observó que en los animales que él destinaba para sus experiencias sobre la sexualidad, aparecían manifestaciones cancerosas. Habiendo, posteriormente, introducido en la jaula de aquellos animales unos pájaros, vió con sorpresa que algunos de éstos eran víctimas del mal. Recientemente, los doctores I. J. Clover y J. L. Engle produjeron un cáncer a un cobayo por medio de una inyección de algunas especies bacterianas, extraídas de una mama cancerosa.

A pesar de estos experimentos, prevalece aún hoy día la observación hecha desde antiguo, de que el cáncer proviene con gran frecuencia de un proceso irritativo. Se conoce desde muchos años el cáncer testicular de los deshollinadores, causado por el roce sucesivo y continuado del palo que se sirve para deshollinar. También es producido por una causa mecánica continua el cáncer del labio de los fumadores, a consecuencia de pequeñas heridas producidas al arrancarse el papel enganchado en la mucosa del labio. Asimismo ciertos procesos irritativos crónicos han sido capaces de producir la enfermedad, tales como ciertas tuberculosis y ciertas lesiones sífilíticas. Hemos de incluir dentro de las causas irritativas el cáncer producido experimentalmente con el alquitrán. Esta sustancia es de gran poder cancerígeno, bastando el untar repetidas veces la espalda de ciertos animales, principalmente ratones, para observar experimentalmente la enfermedad en todas sus fases. Se tiene hoy día el convencimiento más absoluto de que toda sustancia irritativa, así como todo traumatismo continuado sobre ciertos órganos, puede producir el cáncer. Así, por ejemplo, la existencia de un diente puntiagudo que lesiona días y días a la lengua, puede ser motivo de un cáncer de este órgano.

En el capítulo de condiciones predisponentes hay que incluir la herencia, la que parece favorecer la explosión de la enfermedad en 1'5 más en los sujetos que tienen antecesores muertos por esta enfermedad que en los que no los tienen.

La edad del individuo es un factor a considerar. Existen ciertos cánceres que atacan a los individuos jóvenes, los cuales presentan gran malignidad, si bien la mayoría de personas a las que ataca la enfermedad son adultas o viejas. La causa por la que hoy día la enfermedad es más frecuente, hay que buscarla en dos motivos: uno de ellos es la mayor facilidad con que el médico diagnostica el cáncer, gracias a los medios de diagnóstico que tiene a sus manos; y el otro, la mayor sobrevivencia del hombre. Las estadísticas demuestran, en contra de la creencia vulgar, que el hombre vive en la actualidad más años por haber menor mortalidad infantil, y por haber mejorado el estado sanitario de la tierra, mayor población del mundo. Es forzoso, pues, con-



Corte histológico de piel (esquemático). Papilas engrosadas. En a, en la fase de precáncer; en b, comienzos de la invasión cancerosa. Las células malignas han roto su barrera y van a invadir a los tejidos vecinos.



siderar que muchos individuos que años atrás hubiesen muerto por una enfermedad infantil o por una epidemia, al envejecer son víctimas de la degeneración celular, dando lugar al aumento de las estadísticas de los atacados por el cáncer y disminuyendo las de la mortalidad infantil e índice de morbilidad.

También curiosa e inexplicable es la existencia de los denominados nidos del cáncer. Se ha visto que ciertos pueblos, regiones, barrios de algunas ciudades, así como habitaciones de algunos pisos, daban una estadística crecida de enfermos cancerosos ban una estadística crecida de enfermos cancerosos otros lugares de la ciudad, región, etc.

Al entrar en el estudio de los medios que el hombre se vale para combatir esta nueva plaga, hay que hacer un llamamiento a los Poderes, encargados de la sanidad pública. Aquí, como en otros muchos problemas sanitarios, se hace más previniendo que curando. La enseñanza de los primeros síntomas, según el órgano en que asienta, es el único procedimiento con que cuenta el hombre para no morir víctima del mal. El cáncer se cura cuando es atacado a fondo y rápidamente; mientras que cuando el individuo abandona su físico, no se preocupa de aquella ulcerita que tiene en la piel, en la lengua o con aquellas pérdidas sanguíneas, deja que el mal crezca, de local se hace general y entonces el médico se encuentra completamente imposibilitado de actuar. La cultura vencerá al cáncer más rápidamente que todos los buenos deseos de los experimentadores.

Las armas que se emplean en la lucha contra el cáncer son las más destructivas que se conocen. La exéresis con el bisturí, la cauterización con el fuego o la congelación con el ácido carbónico (nieve carbónica). Y cuenta además con los rayos X, el radium y con muchas otras sustancias radioactivas, no tan eficaces como ésta.

Como que las células cancerosas son de tipo embrionario, presentan por este motivo una gran sensibilidad a las radiaciones, exactamente como sucede al someter un testículo o un ovario a los rayos X, en que quedan destruidas todas las células jóvenes, espermatozoos y óvulos, son destruidas las células del cáncer al someter a éste a un foco radioactivo.

Un tubo de rayos X emite artificialmente tres clases de rayos, los cuales son desiguales en su potencia destructiva. Estas tres radiaciones se denominan alfa, beta y gama, siendo la más potente esta última. Tanto, que puede actuar incluso atacando cánceres que están en el interior del organismo: estómago, útero, pulmón, etc. Las mismas radiaciones que emite el tubo de rayos X, si bien naturalmente, lo hace el radio.

El radio es un cuerpo natural, descubierto y aislado en estado de pureza por los esposos Curie, en el año 1898; es un elemento fácilmente atacable por los ácidos, por lo que se emplean las sales de este metal. Su precio es fabuloso por lo difícil que es aislarlo en estado de pureza, pues para obtener un gramo de radio puro se necesitan más de diez toneladas de reactivos. Las sales de este metal son puestas dentro de tubitos de platino o en el interior

de agujas de este metal, lo que permite la introducción de él en el mismo interior del tumor, haciendo la cura muy enérgica; es decir, la necrosis de la parte maligna. De ahí el valor incommensurable de este metal en la lucha contra esta nueva epidemia.

Hemos de repetir que la verdadera lucha contra el cáncer está en la educación del pueblo, enseñándole a cuidar su cuerpo y a fijarse en sus molestias. Horror produce a veces encontrar en la práctica hospitalaria ciertas mutilaciones, así como observar el tamaño inconcebible de ciertos tumores.

Se ha de luchar para que la civilización, con todos sus adelantos, sirva para todos los humanos y no para una mínima parte de ellos.

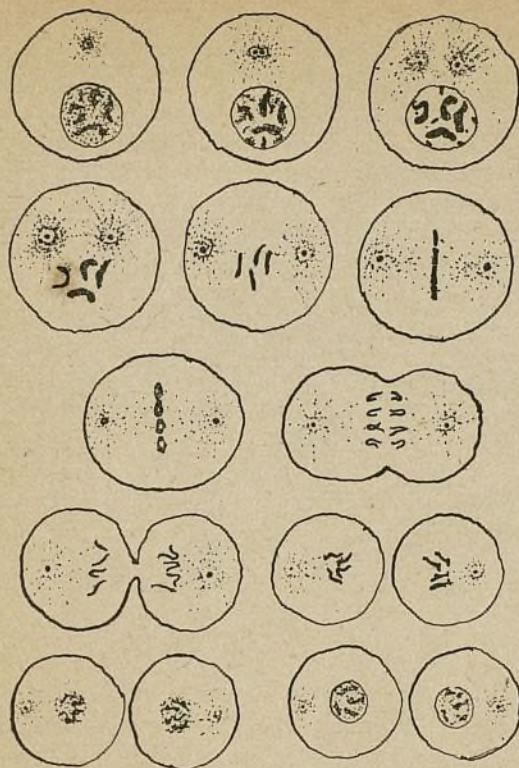
**EL SEXO DE LOS HIJOS.** Grande es la preocupación que embarga al hombre delante de su génesis y la de sus descendientes. De ahí el interés y la necesidad que siente el obrero instruido para limitar el número de sus descendientes. No se puede dejar al Estado capitalista el cuidado de los hijos, porque a éste tan sólo le interesa el hombre bajo tres aspectos: el económico, como animal de carga; el militar, como carne de cañón, y el fiscal, como contribuyente a soportar las cargas de la nación. Ni el punto de vista sanitario, así como el cultural, llegan a preocupar a las altas esferas. Es por eso que el padre es el director responsable de la venida de nuevos seres, así como de la preparación que puedan tener el día de mañana para la lucha de la vida. Un nuevo ser en el hogar es una carga más para la familia y una limitación forzada de los medios de subsistencia; y si a eso se agrega la inoportunidad del sexo a que pertenece el recién nacido, nos encontramos con mayores motivos de preocupación y de prevención delante de la procreación. Es por esto que ciertos científicos han dedicado sus actividades hacia el ancho campo de la previa determinación del sexo de los nuevos seres engendrados.

Es cosa observada que nacen más varones que hembras, en la proporción de 106 varones por 100 hembras, y, sin embargo, en virtud de leyes de menor resistencia, mueren muchos más hombres que mujeres. Ahora bien; curiosa es la observación hecha en tiempos de guerra, en los países beligerantes, del nacimiento de muchos más niños que niñas. Ya intuitivamente fué observado por Napoleón, el cual decía que una noche de París le resarcía de una derrota.

La explicación de este fenómeno ha sido interpretada de manera muy diversa. Para unos, el hecho sería debido a la abstinencia prolongada del varón. Para otros, el hecho tomaría origen de la mayor concentración del esperma, cosa negada por muchos experimentadores. Y una sugerencia moderna sería la acción que pudiesen ejercer los cadáveres de los individuos sobre los tejidos embrionarios. Se comprueba experimentalmente que si a un cultivo de tejido se le añaden unas partículas de otro de muerto, éste estimula el crecimiento de aquél. ¡Y quién sabe si esta acción tiene realidad en las guerras!

Y entremos en el estudio de la determinación del sexo. Un nuevo ser se forma, gracias a la unión de





*Ciclo reproductivo de una célula, por fisiparidad. El núcleo de la célula madre se divide en cromosomas, los cuales, a su vez, se subdividen para formar los cromosomas de los núcleos de las hijas.*

los elementos fecundantes, el espermatozoo y el óvulo. Los experimentadores han logrado saber que el óvulo es un elemento indiferenciado en cuanto al sexo del futuro ser, mientras que el espermatozoo tiene el papel de orientador del sexo del embrión.

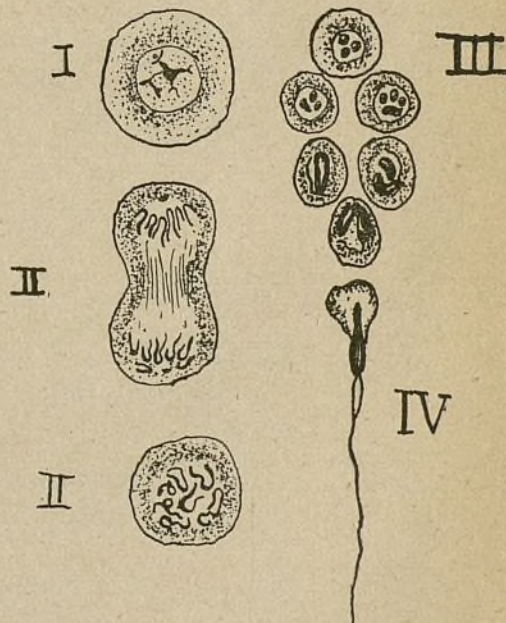
Todas las células vivientes poseen unos elementos nucleares denominados cromosomas. Y se cree no sin fundamento, que estos componentes son los encargados de orientar el sexo del futuro individuo. El óvulo tiene tan sólo una clase de cromosomas denominados X. En cambio, el animal macho produce dos clases de espermatozoo: unos, los espermatozoo masculinos, que poseen cromosomas denominados Y, y otros, espermatozoo femeninos con cromosomas X. Estos dos espermatozoo son mezclados en igual cantidad al eyacular el semen. Y es simplemente el azar el que interviene para que el espermatozoo fecundante sea el que tiene cromosomas X o Y. El producto de la unión de un espermatozoo Y con un óvulo X, da lugar a un ser varón, mientras que el espermatozoo X, al unirse con el óvulo X, da lugar a una hembra.

En vista de la existencia de estos dos espermatozoo diferenciados, la experimentación se ha dirigido a buscar la manera de poder separarlos o de conocer sus condiciones de vida. Miss Hellen Key ha demostrado que la desecación de los óvulos de sapo tiene una importancia definitiva sobre la orien-

tación sexual del nuevo ser. El profesor Maurice Caullery relata la práctica de ciertos psicutores de desecar los huevos de trucha para obtener mayor cantidad de hembras. Miss Hellen Key ha visto que la fecundación de los huevos de sapo en medio ácido produce mayor cantidad de machos.

Los biólogos rusos Koltzoff y Schröder han hecho experiencias muy sorprendentes sobre la fecundación de caballos y conejos. Sólo conocemos los experimentos hechos sobre los conejos. Estos autores cogían semen de conejo y lo mezclaban con suero fisiológico; entonces sometían la mezcla a una corriente débil de electricidad. Y entonces veían que el semen se dividía en tres partes: una se acumulaba en el polo positivo; otra, en el negativo, y una tercera porción se mantenía en el centro del vaso. Entonces cogían el semen acumulado en un polo y fecundaron a una coneja; con el del otro hicieron la misma operación, así como con el acumulado en el centro. Y los resultados obtenidos no se hicieron esperar. La hembra fecundada con los espermatozoo del ánodo (polo positivo) tuvo seis conejillos todos hembras; la fecundada con los espermatozoo del cátodo (polo negativo) produjo cuatro conejillos varones y una hembra, y la tercera, fecundada con el resto, dió a luz dos hembras y dos machos. Por este experimento se podría suponer que los espermatozoo llevan una carga eléctrica determinada, la cual es la que tiene el poder orientador del sexo.

En otros animales la dependencia del sexo reside en las condiciones de acidez o de alcalinidad que



*Ciclo evolutivo de un espermatozoo: I. Espermátogono.—II. Espermatozitos; en este estado se produce la división de los cromosomas, de los que dependerá el sexo del espermatozoo.—III. Espermátides.—IV. Espermatosoma.*



tienen los órganos genitales de la hembra. Esto es lo que sucede en el hombre. El semen es alcalino y los órganos genitales femeninos son ácidos; al ponerse ambos en contacto, se produce una reacción química cuya resultante parece que ejerce un papel muy influyente en la vivencia prolongada de los espermatozoides masculinos o femeninos. En el hombre, la alcalinidad de la vagina favorece a los elementos germinativos varones, contrariando el desarrollo de los femeninos. Esta observación fortuita fué debida al profesor Unterberger, de Königsberg, el que habiendo aconsejado para uso terapéutico irrigaciones de bicarbonato de sosa, se encontró con la coincidencia de que todas las mujeres que estaban sometidas al tratamiento y habían sido fecundadas, habían dado a luz un varón. Desde entonces aconsejó en 74 casos el uso de una solución débil de bicarbonato de sosa, previa al coito, obteniendo el éxito en todos ellos al nacer 74 varones.

No ha sido encontrada la explicación científica del fenómeno en su totalidad, si bien se cree que la causa está en la mayor sobrevivencia del espermatozoo con cromosomas. Y sobre el espermatozoo con cromosomas X, el cual apetece el ácido.

Grandes sorpresas nos reserva la ciencia para el futuro. Los escritores que pretenden describir la humanidad en el futuro sólo pueden vislumbrar una pequeña parte de la realidad. Si chocante es el mundo actual para nuestros abuelos, horriblemente monstruoso nos parecería si lo pudiésemos observar dentro de doscientos años.

Todo es posible para el hombre, menos vencer este egoísmo que incubamos dentro de nuestro ser desde la más tierna infancia. Pero día llegará que sabremos fundar algo nuevo sobre concepciones puras y santamente buenas.

**F. DURAN JORDA**



*Peor que las horas de trabajo rudo es esta hora de asueto, en que el esclavo reflexiona sobre su condición misérrima. Rasgos de amargura —de meditación que, posiblemente, se resolverá en desesperación y rebeldía— surcan, como la tierra, los restos que sobre ella se inclinan.*



## La línea aérea Vladivostok-Kamtchatka



EN *Pravda*, de Moscú, leemos:

«El avión ómnibus S-55, procedente de Odesa ha aterrizado el 7 de octubre pasado en Petropavlovst (Kamtchatka). Con ello se quiere decir que la U. R. S. S. dispone de una nueva línea aérea, la línea Vladivostok-Sakhaline-Kamtchatka, de una longitud aproximada de 5.000 kilómetros.

«El S-55 ha atravesado toda la U. R. S. S., volando sobre el continente asiático con sus estepas, sus desiertos y sus montañas. Ha atravesado un trayecto total de 19.670 kilómetros, a una velocidad media de 235 kilómetros hora.

«La aviación está llamada a desempeñar en el Extremo Oriente un papel importantísimo. De Moscú a Vladivostok, el trayecto en ferrocarril dura 240 horas; el barco va de Vladivostok a Sakhaline en 120 horas y llega a Petropavlovsk, en Kamtchatka, tras un viaje de 216 horas. ¡El avión recorrerá el mismo trayecto en unas pocas horas!

«El S-55 es un hidroavión cuyos dos departamentos pueden transportar doce pasajeros. Sus dos motores de 1.500 HP. le permiten alcanzar una velocidad de 270 kilómetros hora.

«Los aviadores han podido comprobar, con sus propios ojos, el extraordinario desarrollo económico e intelectual de los pueblos del Norte. Los kamtchatkenses saludaban con entusiasmo la llegada del avión. Algunos no dudaron en andar veinticinco o treinta kilómetros, para ver de cerca el «pájaro maravilloso».

«Desde este invierno, la nueva gran línea aérea —la más grande del mundo— funcionará con regularidad.»

## Oro en el Cáucaso

Los diarios dan la noticia de haberse descubierto nuevos yacimientos auríferos en la región septentrional del Cáucaso. Según la *Vetcherniaia Moskva*, de Moscú, la Dirección Central de minas de oro ha hecho las siguientes declaraciones:

«Estos yacimientos tienen una gran ex-

tensión y podrán explotarse industrialmente. La localización comenzará inmediatamente, empleándose, a este efecto, potentes máquinas perforadoras perfeccionadas. Además, existen poderosas razones para creer en la existencia de otros yacimientos en esta región. A principios de la primavera próxima se iniciarán otros trabajos de busca de oro en la parte oriental del Cáucaso, que aún no ha sido explorada. La configuración geológica del Cáucaso oriental parece indicar que en esa parte ha de encontrarse importantes yacimientos auríferos. Con ello, el Cáucaso se convertiría en uno de los centros auríferos más importantes de la U. R. S. S.»

## Una edición importante

Las ediciones de Estado de Leningrado acaban de publicar las *Actas de la Commune, de París*. El primer volumen trata de las actividades de la *Commune* entre el 28 de marzo y el 30 de abril de 1871, y contiene cuarenta y tres actas de las sesiones de la *Commune*, de París así como ochenta y ocho decretos y proclamaciones. Este volumen está profusamente ilustrado.

## La aviación civil

*Ogoniok*, de Moscú, ha publicado una interesante estadística referente al desarrollo de la aviación civil rusa, de la cual copiamos lo más importante a continuación:

«Hace solamente cuatro o cinco años nuestra aviación civil se hallaba compuesta casi totalmente por los aviones del tipo Junker. Ahora han venido a sustituir a los Junker aviones fabricados en la U. R. S. S., con sus motores propios. Las decenas de prototipos nacionales que han sufrido pruebas, como construcciones originales, se fabrican ya en serie por centenares: ANT-9, Acier-2, K-5, etc. Nuestras líneas aéreas vuelan sobre las dunas siberianas, los bosques inmensos, las arenas del Asia central, las cordilleras del Cáucaso..

He aquí unas cifras que dan idea del desarrollo del servicio aéreo en la Unión Soviética.



Longitud de las líneas aéreas en la U. R. S. S.:

Años	Km.
1923 ... ..	1.666
1924 ... ..	5.248
1925 ... ..	5.250
1926 ... ..	6.660
1927 ... ..	7.818
1928 ... ..	11.442
1929 ... ..	17.542
1930 ... ..	29.281
1931 ... ..	30.474
1932 ... ..	42.000

A fines del año 1933, esta longitud llegará a 50.000 kilómetros, y los sobrepasará.

En 1928, los aviones transportaron siete mil personas, cifra que, en 1932, se elevó a 28.000.

Nosotros registramos éxitos de consideración en el empleo de la aviación en la agricultura y en la industria forestal. La lucha contra los insectos parásitos, la siembra desde avión: he aquí algunos aspectos de la nueva utilización de la aviación. Además, los aviones —patrullando sobre los bosques— han servido para señalar a tiempo, sólo en 1932, más de cien incendios que, gracias a ello, han podido ser localizados y sofocados inmediatamente.

### El pacto italorruso

Leemos en *Izvestia* el siguiente comentario al pacto italorruso:

«Ni Italia ni la U. R. S. S. seguían en su política exterior fines contradictorios. El fascismo italiano no ha predicado nunca cruzadas contra la U. R. S. S. ni elaborado programas para conquistar territorios de la Unión Soviética. A diferencia de algunos de sus imitadores, el fascismo italiano poseía el suficiente realismo histórico para comprender la pujanza creciente de la importancia mundial de la U. R. S. S.

«Está fuera de duda que la firma del pacto, en un momento dado, tiene como finalidad, en lo que concierne a Italia, subrayar que el Gobierno italiano no desea prestar un sentido antisoviético al Pacto de los Cuatro, de que fué el iniciador.

«La firma del pacto, en un momento en que la diplomacia soviética ha obtenido

una serie de grandes victorias en el orden de su política pacifista; cuando ha logrado estrechar las relaciones amistosas con las grandes potencias, antes hostiles a la U. R. S. S., demuestra que la U. R. S. S., por su parte, desea consolidar sus relaciones con Italia.

«La U. R. S. S. desea mantener la paz con todas las potencias sin distinción, si ellas prosiguen en una política capitalista bajo la bandera de la democracia burguesa o del fascismo. El pacto firmado es el broche de una serie de acuerdos tomados con miras a consolidar las relaciones pacíficas de la U. R. S. S. con los otros países y reforzar así las posiciones pacifistas del Gobierno soviético.»

El Gobierno de la U. R. S. S., pues, realiza una política propia, nacionalista y conservadora. ¡Y es este Gobierno el que pretende, desde Moscú, dirigir la acción contra el fascismo!

### Moscú y el proceso de Leipzig

El Círculo Comunista Democrático, de París, ha denunciado, en un Manifiesto, la neutralidad del Gobierno de Moscú ante el proceso de Leipzig. Dice, entre otras cosas:

«Por doquier se levantan las gentes en defensa de la inocencia: abogados, escritores, Sindicatos profesionales, partidos políticos de todas clases..., por doquier, menos en la República de los Soviets, patria de los trabajadores de todos los países.

«Por todas partes se organizan manifestaciones, se elevan peticiones, se celebran comicios, se hacen demostraciones..., menos en la Rusia soviética.

«Estamos esperando todavía una palabra de Stalin; desconocemos aún lo que opina el partido bolchevique, su Comité central, el Gobierno soviético y las principales instituciones políticas, sociales, sindicales y culturales de la U. R. S. S.

«El año pasado, cuando dos comunistas húngaros fueron condenados a muerte en Budapest, un hombre de Estado, burgués, un radical socialista francés moderado, Eduardo Herriot, no titubeó en telegrafiar al Gobierno de Horty, tratando de arrancar a la muerte a dos revolucionarios extranjeros.

«Pero todavía no hemos leído el más



breve telegrama de Molotov, jefe nominal del Poder soviético; esperamos aún la intervención de Litvinof, comisario del Pueblo de Negocios extranjeros en favor de los acusados en la cuestión del Reichstag. Y Stalin calla.»

El Manifiesto termina así:

«¿Qué significa el punible silencio diplomático de Molotov y de Litvinof y de sus embajadores? ¿Se atreverán a razonarlo con el sofisma reaccionario de la no intervención en los asuntos interiores de otros países?

«¿Y a quién harán creer que el Estado soviético, el mayor cliente de la gran metalurgia alemana, es decir, de los comanditarios de Hitler, no dispone de argumentos persuasivos para asegurar la salvación de esos inocentes? ¿Ni quién puede negar la eficacia de los múltiples medios de presión de que dispone la U. R. S. S. para hacerse respetar, para intervenir a ciencia cierta y con seguridad en el golpe?

«Por otra parte, ¿cómo es que en ese reciente pseudo Congreso Antifascista, de París, entre los cientos de delegados, o de figurantes, de Europa y Asia, de Africa y América, un solo país ha dejado de estar representado: la Unión Soviética?

«La cuestión, pues, es saber si Stalin cree que debe proceder hoy con Hitler y su bárbaro régimen, como procedió ayer con Mussolini y con Mustafá Kemal, el asesino de los comunistas turcos.

«¿O será que Stalin teme que Hitler le responda preguntándole noticias de Rakovsky, deportado en Siberia, de Riazanov, de Sosnovsky, de Kossior, de Víctor-Lerge y de tantos y tantos otros comunistas encarcelados, postergados, desterrados por millares, sin juicio, sin proceso, sin defensa y sin testigos?

«Es sabido que las fronteras de la Unión Soviética están cerradas para los fugitivos alemanes.

«El *Gegenangriff*, órgano comunista oficial, lo confiesa sin rodeos, rechazando con impudor el «sentimentalismo» humanitario de los que protestan contra esta vergonzosa negativa de la hospitalidad.

«Y mientras que el director de ese periódico cínico goza en paz del derecho de asilo en la Francia capitalista, los simples miembros de su partido bolchevizado ven negada su entrada en Rusia y son devueltos a sus torturadores.

«Se conoce también el caso de un navío de pabellón soviético que ha desembarcado en Hamburgo comunistas alemanes, mendicantes, refugiados a su bordo.

«Entretanto, la salvación de los encartados en el asunto del Reichstag está en manos del partido bolchevique, es decir, del Estado Soviético. Stalin tiene la palabra.»

### Alfonso Petrini

El Comité Internacional de Defensa Anarquista ha hecho público el siguiente comunicado:

«Hemos recibido desde Astrakán tres cartas de Petrini, que señalan para siempre con la marca de la infamia un régimen que sólo puede compararse con el más bárbaro fascismo. Las últimas dudas deben desvanecerse: fascismo y bolchevismo son los dos lados de una misma medalla: dos maneras de asesinar. Es preciso acabar con la polémica cortés; dejarnos de teorizar; no se puede perorar con el fascismo; hay que atacarlo, hay que desenmascararlo. Los comunistas de todas las razas deben ser tratados con las mismas armas.

Petrini no es solamente un hombre; es un caso y un sistema. Y hemos hecho de él una bandera porque queremos salvar a otros condenados del infierno bolchevique. En Moscú, como en Roma y en Berlín, todo está muy bien organizado; pero hemos de pensar que poca cosa vale la vida cuando el cuerpo pertenece a un dictador y el cerebro a un policía.

Petrini, después de habérsele creído muerto, se le ha encontrado en la cárcel; se le ha deportado al rincón más remoto e inclemente de la inmensa Rusia, sin otro horizonte que la tétrica Siberia; no se le ha dejado partir al extranjero, porque no es inglés... ni saboteador o espía; porque ninguna acción diplomática intercede en su favor; porque es un pobre obrero tuberculoso; porque sólo le defendemos pobres trabajadores como él.

Y un revolucionario que cree todavía en la libertad, naturalmente, debe morir. Una grave tisis lo corroe; no puede alimentarse. Cuando trabajaba, ganaba 160 rublos al mes (y se creía afortunado), pero había de pagar a diez rublos el kilo de pan; a cinco, el de patatas; a dieciocho, la sopa; a treinta y cinco, el aceite, etc., etc.



Ahora no trabaja. Vive de unas legumbres que le regalan los vendedores por ayudarles a sacar sus carretas al mercado. ¿Y sabéis por qué este pobre hombre no trabaja ya, en el país en que el trabajo es obligatorio? Pues lo va a decir él mismo:

«En cuanto al motivo de mi licenciamiento, fué porque aconsejé a una obrera que trabajaba conmigo que no debía trabajar más que ocho horas al día. Fué despedida y yo con ella. Yo creía que esto sólo podía ocurrir bajo un régimen fascista... Me han dado un certificado en que figuro como «desorganizador de la producción», por lo que me será imposible encontrar trabajo en ninguna otra parte. Y cuando no se trabaja, pueden detenerle a uno de un momento a otro.»

Y, en otra carta, dice:

«A aquella obrera se la quería hacer trabajar once horas... Ahora sé más de mi licenciamiento: fué ordenado porque me negué a firmar como recibida la equivalencia de un mes de paga. Este hecho yo sólo lo creía posible en Italia o en Alemania; pero no sospechaba que pudiese ocurrir en la Rusia de los trabajadores ¡Mi desesperación no tiene límites: ayudadme!»

Petrini tiene hambre; cualquier día per-

derá el techo que lo cobija; su enfermedad lo mina inexorablemente. Es necesario hacerlo todo para no dejarlo morir como un perro. El Comité ha acordado disponer de su modestísima caja, para ayudarle inmediatamente; pero sus disponibilidades son irrisorias.

Los compañeros procuramos hacer esfuerzos gigantescos para acudir en su auxilio. Y se organizan campañas en su defensa; si se ejercen presiones para que lo dejen salir de Rusia; si se reclama su expulsión, el Comité Internacional aportará su parte.

## EL COMITE INTERNACIONAL DE DEFENSA ANARQUISTA

Dirección:

*Hem Day, boîte postal 4*

BRUSELAS (9)

A esta dirección se pueden enviar auxilios. La agitación en favor de Petrini, además de un acto de obligada solidaridad moral, es también una oportuna campaña contra la tiranía bolchevique.

**C. B.**



«Arbitraje», «desarme», «paz»; palabras vacías al oído de estas madres que lloran a las víctimas de la guerra de ayer, y ¡quién sabe si por las de la guerra de mañana!



## **A la sombra de una fábrica**

**H**ABÍASE puesto al fogonero a un horno giratorio. Habíase pensado en ponerle en las pastas, pero había dicho él:

—Pasta para bollos es muy blanca para mis manos.

Tenía las manos incrustadas de cisco. El capataz Lepetit había tenido a su vista un gesto de desconfianza. La reputación de Gustavo estaba hecha desde hacía largo tiempo en el barrio del Arsenal donde se encontraba la fábrica y donde él habitaba. No había un rojo como él, pero no hablaba desde lo alto de las tarimas... Tenía una gran boca que hacía reír a todo el mundo; y cuando había dicho cincuenta palabras, su mandíbula inferior ya tenía bastante, y veíase obligado a subirla de nuevo de un golpe con el dorso de la mano. Por lo demás, nunca había sabido gritar más que: «Camaradas.» Ponía en su llamamiento tanto aliento y tanta alma que se quedaba inmóvil. Pero siempre se le ofrecía la compensación de una salva inenarrable de aplausos. Habíase dedicado a las tareas más humildes. Era él el que ponía en su lugar las sillas para los mítines. Un día colocó tantas y con tanta prontitud, que la cabeza empezó a darle vueltas.

—Yo pesco meningitis con mis bíceps. Y reíase.

La fábrica contaba quizá cien personas. Varios carros cargados de cajas de alajús salían de ella diariamente. En el asiento del carro iba el conductor que tenía, por lo general, un vaso en la nariz y los bolsillos llenos de canonesas.

Al lado suyo iba un peón de la fábrica y sobre la pila de cajas iba el joven Albert. Por su edad, el joven Albert no tenía un peso excesivo, pero no hacía falta tanto para que, al cabo de dos minutos, de la caja más pequeña de cremas heladas no se escapase un crujido siniestro. Entonces Albert se deslizaba sobre otra caja hasta el siguiente crujido. Y, así, al cabo de media hora llegaban a la estación después de haber hecho unas cuantas paradas en las tabernas o cafetines de los carreteros.

Echábanse tan bien al colete un vaso de vino tinto sobre el mostrador, que en las cercanías de la estación el carretero insultaba groseramente a su caballo sin saber por qué, el peón lanzaba bromas picarescas a todas las muchachas bonitas que encontraban y cuando éstas se ofendían las trataban de ramera, y Albert, en lo alto de su pirámide de cajas, seguía con angustia, con la mano sobre el corazón, la evolución del vinazo tinto.

Albert aprendía el comercio. Escribía a máquina las etiquetas y, armado de un pincel grande y de una lata de engrudo, las pegaba sobre las cajas. Esto tenía lugar en los almacenes de la estación. Cuando en el gran hall, lleno de olores de todos los extremos del mundo se oían golpes y más golpes, los visitantes decían:

—¡Los alajús están allá!

A treinta metros de Albert, los visitantes recibían engrudo en los ojos.

Sin embargo, Albert estaba encargado también de misiones más serias. Era él el que iba al Banco los sábados a buscar el dinero de las pagas. Era éste un grave asunto. Albert partía con una pequeña cartera oculta debajo de su gabán, y a cada diez metros volvía para ver si era seguido. En la ventanilla, los billetes de Banco alineábanse delante de él como imágenes de un cuento de magia. Los había vuelto a contar dos o tres veces antes de volver a emprender el camino de la fábrica con su tesoro. Este oscilaba generalmente alrededor de treinta a treinta y cinco mil francos. Albert hacía de vez en cuando reflexiones de este género:

—En resumidas cuentas, treinta mil francos no valen un pistoletazo en plena calle.

Marchaba por el centro de la calle para tener tiempo de ver venir a todo agresor que desde la acera hubiera saltado sobre él.

—El patrono podría bien pagarme un revólver—decía entre dientes.

Con un revólver en el bolsillo habría sido



verdaderamente un hombre. Véase haciendo fuego a discreción sobre una banda.

Pero pasaban las semanas sin procurarle este placer. En el despacho, Albert asistía a toda la paga. Cuando los ciento cincuenta obreros habían sido pagados no quedaba ni una perra chica para Albert. A éste no le pagaban, pues aprendía el comercio. Esto parecía ser la regla del juego. En realidad de regla de juego, Albert opinaba:

—Esto es una ganga, a pesar de todo.

Iba a consolarse al lado de Ernestina. Ernestina era la capataz del empaquetado. Tenía treinta años y una estatura a lo Hindenburg. Su padre era uno de los jefes de los fogoneros. La joven había sabido que había estado algún tiempo en el liceo y no cesaba de preguntarle un montón de cosas. En cuanto lo divisaba lo llamaba:

—Señor Albert, ¿qué cosa es esto? ¿Por qué se dice así? ¿Quién es el que ha inventado esto? ¿Dónde está aquel país y cómo está hecho esto?

Albert desempeñaba de buen grado su papel de diccionario.

La compañía de los hombres era muy fácil de decir, pero no sabía cómo entrar en relaciones amistosas con los obreros que tenían todos una edad más elevada que la suya y con los cuales su empleo de cagatintas no le ponía en relación. Además, todos ellos le daban un poco de miedo. No era que se sintiera extraño ante ellos: él era también de familia laboriosa, pero durante sus años de liceo había dejado reblandecer un tanto por la frecuentación diaria de muchachos criados entre algodón y que balaban como carnerillos por una bagatela.

Estaba tanto más disgustado de no saber cómo entrar en relaciones amistosas cuanto que sentía por Gustavo, el más típico de ellos, una verdadera admiración desde la escena del cochinito. Gustavo había llamado a la puerta de las oficinas y preguntado por el señor Edmond. Gustavo blandía un cochinito de alajú, que llevaba sobre la barriga su propio nombre en hermosos caracteres de azúcar blanco. El obrero temblaba de indignación.

—Nunca ha tenido usted que quejarse de mí, señor Edmond; siempre he hecho mi trabajo concienzudamente. Sólo no es de buen gusto el poner mi nombre en co-

chinitos. Gustavo no es un nombre para cochinitos. Le prevengo que todos los cochinitos que vea con un Gustavo de azúcar sobre la barriga, los tragaré. No saldrá uno vivo de aquí. Me pondrá usted a la puerta, si quiere...

Gustavo fué borrado de la lista de los nombres para cochinitos de alajú. Albert había visto al obrero verdaderamente deslumbrado en su protesta. Pero él tenía que contentarse con la proximidad del contable y del director. El director se llamaba Gaétan; era tan alto como una manzanita y tenía voz de contrabajo. Tenía otra particularidad: la de no preocuparse por una nimiedad y de ser poeta lírico. Cuando estaba satisfecho de sí mismo se erguía cuanto le era posible sobre sus contados centímetros y declamaba con voz tonante su estrofa preferida, en la que decía:

...Yo siento hervir en mí

La sangre de esta raza a la cual pertenecesco.

Albert, que no lograba tomarlo en serio, se inclinaba sobre él para ver si era cierto. En cuanto al contable, que tenía un nombre muy pequeño burgués en el registro civil, hacía llamar «De Dambledarneval» en las tablas.

Un atardecer experimentó las mayores emociones de su nueva vida. Salía. Era tarde. Era en el invierno y ya había anochecido. Ernestina, obstinada, le acompañaba. Quería saber decididamente lo que distinguía a la química de la física. De súbito, una sombra del tamaño de Ernestina surgió de la niebla. Era su amante. Un gigante que conducía una locomotora. Habíase plantado delante de Albert y le había dicho:

—Tú, que no te vuelva a coger; de lo contrario te trituro.

Y habíase llevado a Ernestina sacudiéndola. Hallábase aún Albert completamente aturdido, cuando Gustavo surgió de la sombra.

—Me he olvidado de cortar la corriente. Ya sabes, chaval, el interruptor que está sobre el poste en el horno 3. ¿No quieres llegarte allá? Yo estoy cansadísimo.

Albert estaba loco de gozo al verse investido de la confianza de Gustavo. Sin reflexionar que no sabía nada de electri-



cidad, dió media vuelta y entró en la fábrica. Una vez llegado ante el poste quedó casi perplejo ante todo aquel tren eléctrico. Entonces Gustavo penetró en el taller y se precipitó sobre Albert.

—Ya lo ves, adiviné que no ibas a entender nada, especie de... sí, especie de no sé qué...

Y continuó insultando a Albert. A éste no le importaba que se le reprochase el no conocer el utillaje eléctrico; pero que fuese Gustavo... y que éste añadiese insultos, además. Albert se marchó. Lloraba. En la calle volvió a encontrar a Ernestina y a su novio. El tipo le reconoció y le repitió su amenaza. Albert, que tenía los ojos llenos de lágrimas, miró tranquilamente al hombre, y encarándose con él le respondió como Cambronne a los ingleses (1). Tuvo la impresión de que aquello iba a acabar muy mal. El tipo permanecía desconcertado.

—¿Qué es lo que te pasa, muchacho? ¿Por qué tienes un disgusto tan grande?

—¡Bah, es por causa de Gustavo!

Permanecieron los tres con los ojos desviados unos de otros. No se movían. Estaban juntos. Veían muy bien que estaban juntos y que algo grave había en ellos. Ernestina tenía todo su paraíso en su novio y tenía otro paraíso en lo que le enseñaba Albert de las cosas del universo. El mecánico tenía todo su paraíso en el gran cuerpo de Ernestina y acababa de descubrir otro muy fraternal al ver llorar a Albert por causa de Gustavo. Albert sentía una alegría que no sabía precisar y que le provenía de aquella luz del espíritu que aportaba a este muchachote de Ernestina y tenía otra alegría en aquella especie de certidumbre que le garantizaba que, a pesar de la algarada de esta noche, encontraría en la amistad de Gustavo y de sus compañeros no sabía qué edén cordial y viril. Pero el sentido paradisiaco de todo esto no

acudía a ellos. Sentían que algo les retenía juntos por haberles llevado aquella noche al mismo grado de emoción. Ernestina, porque al amenazar a Albert, su mecánico había amenazado con privarla de los goces del saber que él le proporcionaba; el mecánico, porque había sufrido mucho al ver en Albert a un rival verdaderamente un poco joven para tener la audacia de medirse con él de una manera tan humillante como la que él se imaginaba; Albert, porque había sido demasiado maltratado por las amenazas tan imprevistas como injustificadas del amante de Ernestina y porque había sido muy herido por las injurias de Gustavo. Precisamente salía éste de la fábrica. El mecánico, que le conocía, le interpelló.

—Buenos días, Gus.

Los cuatro se fueron charlando. Gustavo se disculpó con Albert. Explicó que había estado muy intranquilo de ver que un niño reparase su olvido. La consciencia del trabajo era su gran alegría. En aquel momento había tenido una frase que había proyectado un resplandor en el alma de los otros.

—El trabajo bien hecho es como el que dijese mi paraíso.

Caminaban en plenas sombras de fábricas que proyectaba una luna de un blancor de miseria. Miraban instintivamente en torno suyo. La frase de Gus acababa de hacerles comprender que llevaban cada uno de ellos su paraíso a la sombra de sus fábricas. Después Gus refirió que al día siguiente iba a colocar las sillas del circo para el mitin.

—Ya sabemos que eres abnegado—le dijo el amante de Ernestina.

—Oh, no es un sacrificio el colocar sillas. Es por hacer algo por los camaradas. Es preciso que los obreros nos ayudemos. El mitin es contra la guerra, luego ya comprendes. Yo hago lo que puedo. Pero hacer lo que puedo es de la manera que yo te decía hace un momento para el trabajo, es como quien dijera satisfacción. Esto es nuestro paraíso. ¿Comprendes?

En este momento fueron alcanzados por Loos, de la calefacción. Loos tenía veinte años, era alto, delgado, macilento, llevaba un gabán tan deshilachado como un álamo visto desde lejos en un tiempo brumoso de diciembre. Llevaba un paquete debajo del brazo. Era sábado. Marchaba no se sabía

(1) Sabido es que el teniente francés Cambronne, del ejército de Napoleón Bonaparte, diezmadas y cercadas sus escasas fuerzas por los ingleses en la célebre batalla de Waterloo, respondió a las intimidaciones de rendición de éstos con las palabras «¡Mierda! ¡Mierda!», exclamaciones sublimes y lapidarias en aquellas trágicas circunstancias. Víctor Hugo, en su celebrísima e inmortal obra *Los miserables*, en la cual describe con su peculiar maestría la famosa batalla, sublimiza y magnifica las estoicas palabras de Cambronne.—(Nota del traductor.)



adónde. Lo que se sabía es que era a un fondo de campiña un poco montañosa. Lo que se sabía es que marchaba con dinero, con pelotas y con un paquete de bizcochos. Lo que se sabía era que los bizcochos eran para el pequeñuelo, y lo que se sabía, sobre todo, era que ella se llamaba Herminia. Como no ganaba bastante en el campo para sustentar a Herminia y a su hijo, para pagar el alquiler y para vestirles, había venido a la ciudad. Todos los sábados marchaba a verles con el viento, con la lluvia y con la nieve. Tenía que andar kilómetros y kilómetros por la campiña desnuda desde la estación a la aldea, y todos los domingos hacía una porción de cosas para Herminia. Limpiaba la casa, cortaba la leña y la metía dentro, después de haber cortado para toda la semana. Hacía una porción de otras cosas que no vienen a la memoria, sino cuando se está en el lugar de un Loos. Y el lunes reaparecía en la fábrica, más pálido, más delgado, más alto, más deshilachado cada

vez. Y sabíase que durante ocho días iba a corretear y a privarse para volver a partir hacia Herminia con otros paquetes. Pero, ¿quién era Herminia y qué cosa era esta historia de Herminia? Nadie sabía una palabra. El nombre de Herminia cerníase sobre la fábrica como un misterio blanco.

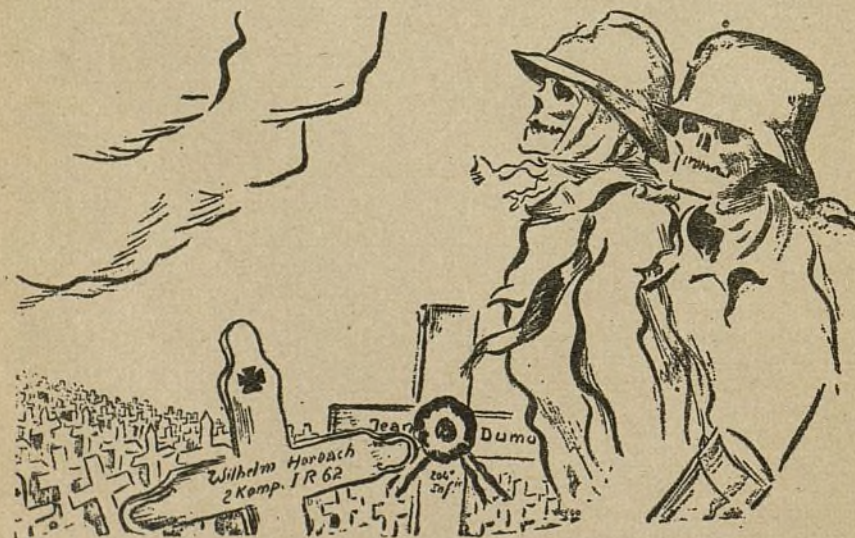
—Tú vas a acabar por reventarte—le dijo Gustavo.

—Oh, Gus, pero es con Herminia y con el pequeño, como tú con tus sillas. Es como si tú dijese que cada cual tiene su paraíso.

Se detuvieron los cinco. Se tendieron la mano, despidiéndose casi con sequedad. No se trataba desde el más pequeño al más grande de dejar descubrir su emoción. Cada cual se alejó de su lado internándose en una calle de fábricas, cada cual con su parte, con su porción de paraíso para ellos muy en sí, muy en el fondo de él, muy en el fondo de sí, muy en el fondo de nosotros.

**Albert SOUILLOU**

### LA HORA SUPREMA DE LA FRATERNIDAD UNIVERSAL



Imperialismo, nacionalismo, supremacías raciales... Y, después, un «gran cementerio único», en que todas las diferencias se borran y surge la gran verdad de la igualdad humana.



# Apuntes para una estadística confederal

## IV

### La producción y comercio del trigo

**E**N la mayor parte del territorio nacional las lluvias que caen son escasas, repartidas en su mayor parte durante el otoño y la primavera.

Las tierras laborables tienen que dedicarse a la producción de cosechas en armonía con ese régimen de lluvias, por cuya causa en su mayor parte se destinan a la producción de leguminosas de invierno.

Entre las plantas que pueden cultivarse, el agricultor ha de tener presente la demanda del mercado para cada una de ellas, que aprecia por los beneficios que obtiene al vender las cosechas. y, como consecuencia final, resulta que cada una de las producciones ocupa un área determinada, que varía muy poco de un año a otro.

De entre esas plantas ocupa el primer lugar el trigo, del que se siembran anualmente 4.500.000 hectáreas, llegando a valer la cosecha sobre dos mil millones de pesetas. Entre todos los demás cereales y leguminosas, la superficie ocupada alcanza a 4.800.000 hectáreas y el valor de sus cosechas llega a dos mil doscientos millones de pesetas. Es decir, que el trigo, en la economía nacional, representa aproximadamente tanto como las cosechas que obtenemos de cebada, centeno, avena, escaña, tranquillón, maíz, arroz, habas, algarrobas, lentejas, almortas, yeros, alverjas, guisantes, garbanzos, judías y los demás cereales y leguminosas que dejan de mencionarse.

Nuestra cosecha media de trigo en el último decenio ha sido de 38.500.000 quintales métricos, con las oscilaciones propias de esta producción en el mundo entero; pues mientras que en el año 1924 no alcanzó más que a 33.142.000 quintales métricos, en el 1925 llegó a 44.250.000 quintales métricos.

Nuestro consumo se calcula en cuarenta millones de quintales métricos, de suerte que somos tributarios del extranjero en el valor que representa el 1.500.000 quintales métricos de trigo, que resulta de la diferencia entre la producción y el consumo.

Con respecto a los datos anteriores, merece hacerse observar que, durante los últimos treinta años, se ha realizado un progreso evidente con la introducción de la maquinaria, que permite efectuar toda clase de labores con mayor perfección, dentro de las normas económicas que impone toda industria; y, por otra parte, se ha difundido de manera extraordinaria el empleo de los abonos industriales y químicos.

En los años sucesivos, muy rápidamente con seguridad, la selección de simientes, en pleno éxito en otros países, introducirá un nuevo progreso, consistente en mejorar la calidad y cantidad de las cosechas por el solo empleo de las semillas obtenidas por los genetistas, lo cual permitirá que en el área actual destinada a este cultivo se produzca cuanto trigo necesitemos para nuestras necesidades y aun que exista un sobrante.

Que se produzca un sobrante es cuestión para preocupar y prestarle la mayor atención.



Llegado el caso se podría reducir el área del trigo. Destinar las áreas sobrantes a la vid o al olivo, cuyos productos se destinan en parte a la exportación, en los momentos inciertos por los que atraviesan estas producciones, no parece prudente. No quedaría otra solución que producir tan justamente como se pueda el trigo necesario a nuestro consumo, y las tierras sobrantes destinarlas al cultivo de los otros cereales y leguminosas que tengan demanda en el mercado.

Con sobrante en la producción, o sin que esta circunstancia llegue a producirse —pues, por ejemplo, la importación de huevos en España alcanza muchos años cerca de 100 millones de pesetas y los excedentes de trigo podrían destinarse en parte a la alimentación de gallinas—, como ya se ha señalado, la cosecha se queda algunos años de excepción en 33 millones de quintales y otros alcanza a 44 millones.

En el año 1931, por ejemplo, fué de 36'6 millones de quintales, mientras que el avance de la cosecha en el año 1932, según los datos facilitados por el Comité Informativo de Producciones Agrícolas, alcanzó la cifra de 41'5 millones de quintales.

### PRODUCCION PROBABLE DE TRIGO EN 1933

Provincias	Quintales métricos	Provincias	Quintales métricos
Alava ... ..	332.000	Suma anterior ... ..	22.284.075
Albacete ... ..	1.639.500	Logroño ... ..	231.415
Alicante ... ..	271.000	Lugo ... ..	—
Almería ... ..	270.270	Madrid ... ..	629.000
Avila ... ..	554.599	Málaga ... ..	530.000
Badajoz ... ..	1.580.000	Murcia ... ..	950.000
Baleares ... ..	372.000	Navarra ... ..	1.300.000
Barcelona ... ..	518.000	Orense ... ..	8.100
Burgos ... ..	1.900.000	Oviedo ... ..	102.186
Cáceres ... ..	1.398.000	Palencia ... ..	1.200.000
Cádiz ... ..	1.000.000	Pontevedra ... ..	29.906
Castellón ... ..	298.870	Salamanca ... ..	1.439.000
Ciudad Real ... ..	1.400.000	Santa Cruz de Tenerife .	109.400
Córdoba ... ..	1.441.800	Santander ... ..	39.450
Coruña ... ..	370.747	Segovia ... ..	1.560.000
Cuenca ... ..	2.087.639	Sevilla ... ..	2.294.100
Gerona ... ..	900.000	Soria ... ..	695.000
Granada ... ..	72.000	Tarragona ... ..	420.000
Guadalajara ... ..	380.000	Teruel ... ..	730.000
Guipúzcoa ... ..	—	Toledo ... ..	2.205.900
Huelva ... ..	1.434.650	Valencia ... ..	416.150
Huesca ... ..	1.080.000	Valladolid ... ..	1.381.840
Jaén ... ..	53.000	Vizcaya ... ..	120.000
Las Palmas ... ..	1.000.000	Zamora ... ..	1.003.000
León ... ..	1.350.000	Zaragoza ... ..	1.878.000
Lérida ... ..	580.000		
Suma y sigue ... ..	22.284.075	TOTAL ... ..	41.556.522

Las nuevas variedades de trigo que han de lanzar al mercado los genetistas, harán que se produzca más quintales por hectárea; pero es muy dudoso que consigan regu-



armazón social, posea mayor libertad sexual fuera y dentro del matrimonio y se encuentre suficientemente educada para usar de ella.

Veamos ahora los casos en que el aborto artificial debe ser «legal» en una mujer sana. Se deducen claramente con sólo establecer que a una mujer embarazada *contra su voluntad*, no se le puede exigir que conserve y ame un hijo «impuesto»; ni se le puede obligar, con amenazas «legales», a que pase por el trance del parto.

Quedan implícitos, pues, en esta proposición, múltiples casos que se suceden con desgraciada frecuencia, como el del marido vicioso, que bajo los efectos del alcohol fuerza a su mujer a realizar el acto sexual. Si la mujer queda embarazada, la ley debe concederle el derecho al aborto, y más teniendo en cuenta los daños que, por blastoforia, amenazan al producto de la concepción. Debe ser, también, *legal* el aborto en los casos de violación, en los de empleo de fuerza, abuso de confianza o autoridad, amenazas de *chantage*. En todos ellos, la fecundación es consecuencia de un acto en que la voluntad de la mujer no estuvo presente, y por ello no se le puede obligar a sufrir las consecuencias de una situación forzada; y menos a aceptar un hijo del hombre a quien quizás aborrece.

Igualmente debe permitirse el aborto cuando un loco o un idiota hace embarazada a una mujer, teniendo en cuenta las taras que han de reflejarse en el embrión, y lo mismo si la enferma mental lo fuese la embarazada.

Inmediatamente relacionada con esta cuestión está la que más arriba indicamos, y es si debe respetarse la vida de los niños que nacen con determinados defectos de conformación o idiotas. En este punto la ley es más absurda todavía. No sólo se permite, sino que se reglamenta la guerra, y aun se quiere hacer de ella una ciencia, destrozando, por motivos inconfesables, lo mejor de la juventud de los países combatientes. Allí quedan los cuerpos de los mozos robustos, forzados a servir de blanco, o alucinados por unas palabras y unas banderas que saben decir y enarbolar muy bien aquellos a quienes la matanza produce algún beneficio. Los que sobreviven lo hacen para caminar a través de los años atenazados por un indecible espanto, alte-

rado su psiquismo y conmovidos profundamente los pilares de su sentido moral. Y muchos, destrozado también el cuerpo, vacías las órbitas o perdido alguno de los miembros.

Para clamar contra la absurda tragedia, para volcar la amargura y la protesta que sólo su recuerdo suscita, se tejen coronitas de laurel, se levantan arcos, se mantiene un *fuego* constante, se inician, de nuevo, posibilidades de matanza...

Entretanto, hay que respetar la vida de los cretinos, atiróideos, condenados a una existencia inferior a la de cualquier animal «amigo»; la de los microcéfalos, hidrocéfalos, idiotas mongoloides, y un sin fin de seres humanos, en desdicha, de los que nacen sin miembros, sin orejas, o con otros defectos graves. No sólo hay que respetar su *vida* —afortunadamente corta en los más— sino que la sanción legal, poniendo a contribución para ello talentos y dinero, obliga a prolongarla por todos los medios que posee la Medicina. El resultado es que el cretino llegue a los veinte o treinta años con una estatura que corresponde a los seis; con un aspecto repulsivo; con una inteligencia que no le sirve más que para lanzar gritos que no tienen timbre humano. Es ver a los microcéfalos menos graves, a otros idiotas, consumir el trabajo, la paciencia y el tiempo de sus encargados para, apenas aprender a leer, mientras numerosos niños normales quedan abandonados, sin medios de instrucción ni de subsistencia.

Cuando el Derecho se limpie de su rai-gambre mística, será permitido, tras un severo reconocimiento médico, que los niños nacidos en esas pésimas condiciones sean eliminados por medio de un procedimiento suave que sea su liberación. Y las «almas delicadas» no retrocederán con horror cuando consideren estas justas proposiciones.

Hay que esperar que, reconocida la mentira del libre albedrío, el Derecho Penal pase a ser —abatida la noción de culpabilidad sobre que se apoya— más una protección a las víctimas que un castigo a quien las perjudica. Y que, saliendo de su marasmo, caminando a compás del progreso, dará la mano a las ciencias y subirá, con ellas, a la altura del humano cerebro.

**Dra. Amparo POCH Y GASCON**



## Reportajes sobre la enseñanza en la U. R. S. S.

# Las casas infantiles y los pioneros

**E**N Moscú, en el antiguo hotel de un industrial, se ha instalado una casa para los niños, los hijos de la Revolución; éstos son hijos e hijas de los miembros del Partido Comunista ruso que viven juntos.

Los más pequeños, de siete a nueve años, son los hijos de Octubre. En toda Rusia hay más de seis millones.

Voy a hacerles una visita.

Cuando vemos este establecimiento tenemos la impresión de que visitamos una escuela maternal. Los niños juegan y cantan con todas sus fuerzas, algunos corren.

Al cabo de poco tiempo de permanecer allí nos damos cuenta de que la atmósfera es muy diferente. Notamos que los niños están en su casa. Hay una jovencita que los observa, pero los niños no parecen apercibirse de su presencia.

Todos estos pequeños y pequeñas que se divierten saben, al mismo tiempo, que esta casa es suya, que están libres para jugar y que no tienen que temer ningún otro castigo como no sea la represión de sus compañeros.

Inverosímil puede parecer tal afirmación, pero es cierto. Estos niños saben muy bien que todo les está permitido, sin abusar. Juegan unos con otros sin disputa. No tienen ningún juguete propio y se divierten mucho sin gritar.

Viven allí durante todo el año, y desde su infancia aprenden a ayudarse unos a los otros. Se les enseña a hacer sus camas, barrer y servir a la mesa. El trabajo se hace por grupos. Y no hay nada más pintoresco que ver a estos niños de cinco a seis años preparar sus lechos, enjugar los platos y limpiar los muebles...

¿Los padres? Esta es la pregunta que hago a la joven instructora de la Dependencia.

Los padres, que están por entero ocupados por sus trabajos, por sus obligaciones, como miembros de partido, vienen algunas veces a abrazar a sus hijos; pero

creen que no deben, ni con sus reflexiones, observaciones ni advertencias, dar su opinión ni censurar los actos de sus hijos, y por eso éstos viven separados de ellos. He aquí el punto fundamental de este sistema de educación.

Me dirijo a los niños y les hago mil preguntas. ¿Qué prefieren hacer? ¿Cantar o dibujar?, es la pregunta más frecuente; ellos, sin embargo, se ríen, porque tengo un sombrero en la mano, porque hablo una lengua extranjera.

Ahora son ellos los que me preguntan: «¿Dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Es que sabes cantar?»

Y enseguida reanudan su juego.

Al lado de esta casa de «hijos de Octubre» se encuentra un Centro de pioneros. Los pioneros son los comunistas pequeños, los que se encuentran en la edad de siete a dieciséis años. Actualmente hay en Rusia cuatro millones quinientos mil, aproximadamente.

Los mismos principios que en la casa de los «hijos de Octubre» están aquí en vigor, pero más perfeccionados. Libertad, trabajo por grupos, control de niños por niños mismos, emulación y educación comunista.

Los niños que acabo de visitar están muy ocupados en la composición y redacción de su diario de pared. Están todos reunidos en una gran sala; discuten acaloradamente después de leer un severo artículo, por una pequeña, redactado sobre el reglamento de higiene de la casa.

Me piden mi carnet, pues me han presentado a ellos como periodista. Después contesto a muchas preguntas que me hacen con relación al medio de vida de los jóvenes en Francia.

Visito inmediatamente, guiado por un pionero de doce años que habla alemán y que es el hijo del embajador de los Soviets en Polonia, los dormitorios y el comedor. Todo está perfectamente.



Suena una campana; es la hora de la reunión diaria.

Los pioneros forman grupos, y si alguno de ellos tiene que presentar alguna observación, pide la palabra y expone su punto de vista. El mayor de todos, que tiene dieciséis años, propone un programa para el día siguiente, día de descanso. Algunos rehusan el ir al Museo y prefieren, en cambio, hacer deporte. Me alejo y sigue la discusión.

Estoy sorprendido de ver la alegría de estos pioneros. Pienso en los tristes internos de colegios que yo conozco —especie de debilidad que sucede al cansancio—, cuya alegría y rebelión ha sido apagada por la rígida disciplina; mientras que estos escolares rusos soportan alegremente esta vida, donde alternan el trabajo y el juego confundidos.

La casa de los pioneros no tiene nada

de cuartel ni de internado; los pioneros están en su casa, trabajan para ellos y son conscientes de su libertad y responsabilidad.

Soy su huésped. Quieren que yo participe de su entusiasmo, que sea su camarada, pues todos, tantos como son, están satisfechos, confiados y dichosos, y desean que yo haga su vida para que después pueda contar y explicar su alegría.

Cuando les digo:

—Buenas tardes.

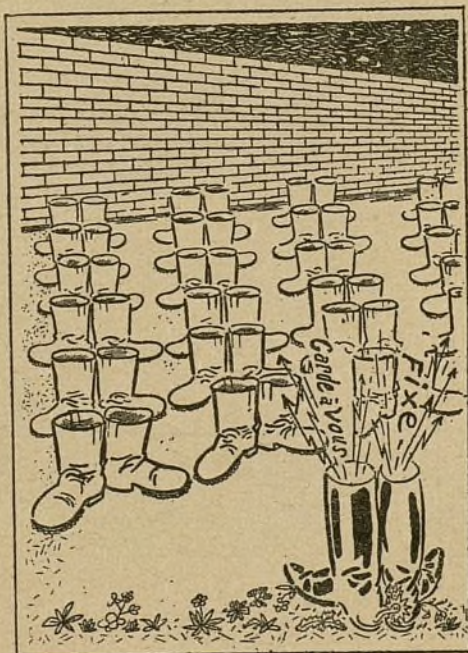
Me acompañan hasta la puerta, y todos, a la vez, gritan, alargando cada sílaba:

—Des-vi-da-nie...

**Philippe SOUPAULT**

París.

(Versión castellana de Alvaro Arauz.)



Lo que queda fuera del recinto donde se elabora el Desarme y la Paz.



# Consultorio sociológico de ORTO

PREGUNTA: ¿Cree usted que el personaje llamado Jesús de Nazaret ha existido?

RESPUESTA: Indudablemente, sí. No se recuerda un movimiento social que haya nacido, espontáneamente, sin alentador o alentadores. Y el hecho cristiano es de tal magnitud, que sería más extraordinaria su existencia sin su alentador que aceptando su existencia. Además, está perfectamente comprobada la aparición, vida y muerte de un personaje histórico que se llamó así y actuó en una época aproximadamente cercana a la aceptada por los cristianos, como aquélla en que apareció el considerado el Cristo actual.

Si bien es cierto que los historiadores de entonces hacen pocas referencias a ese personaje, son las bastantes para dejar sentada su existencia y actuación de una manera real y segura. Claro está que ese personaje se adulteró por la crítica y por la mística, cambiando su verdadera naturaleza hasta el extremo de resultar desconocido de él mismo si apareciese entre nosotros otra vez.

Sólo a través de los libros gnósticos y de algunos escritos apostólicos olvidados, y por eso, conservados fielmente, puede restaurarse la verdadera personalidad de Jesús de Nazaret. Acaso en las grandes escuelas iniciáticas mundiales, sobre todo orientales, y el secreto impenetrable de algunos retiros de cristianos puros que supieron guardar el perfume sencillo y sin aditamentos de la doctrina nazarena, también se reencontraría la verdadera personalidad del gran Nazareno.

Los místicos nos la dan deformada, en el sentido de una divinidad absoluta; los críticos, deformada en el sentido de una humanidad pequeña y deleznable. Es, entre la opinión de los críticos y de los místicos, donde aparece la verdadera personalidad, grande, sublime, magnífica, del superhombre, que llegó a ser, para la humanidad creyente, no un dios relativo, sino el único y verdadero Dios absoluto, consustancial con su Padre Jehová, Sabaot, que se parece tanto al Cristo místico y al Jesús histórico como lo blanco a lo negro.

PREGUNTA: ¿Es o no verdad que la Iglesia católica ha prohibido, bajo penas severísimas, libros de las grandes figuras humanas?

RESPUESTA: Es evidente, históricamente probado. Y no sólo eso, sino que obras incluidas en una época en el Índice expurgatorio de libros prohibidos han sido quitados de él pasado el tiempo; resultando, que lo que en un día causara persecuciones y la muerte en la hoguera (la posesión de un libro incluido en el Índice era suficiente al caer en manos del inquisidor y bastante para ser condenado a muerte en hoguera y confiscación de bienes), otro día podía poseerse sin pecado y sin peligros. Aun hoy siguen en el Índice, bajo prohibición severísima de lectura o posesión, innumerables obras notables del in-

genio humano; algunas de carácter netamente científico, que permanecen allí bajo el rubro macabro de *In odio autoris*, que vale tanto como afirmar que están prohibidas, no por ser malas, sino por odio al autor de ellas.

Estuvieron en el Índice romano, bajo penas gravísimas que podían llegar hasta la muerte en la hoguera, los poseedores o lectores de las obras de Arost, Dante, Petrarca, Ovidio, Cicerón, Terencio, Plutarco, Horacio, en muchas de sus ediciones, y hasta los de diccionarios de la lengua inglesa.

Y lo curioso es que algunos de estos libros severamente prohibidos por la Iglesia llegaron a ser defendidos y elegidos por ella para texto de traducción y estudios en sus seminarios, y alabados como hechos por admirables autores católicos. Ejemplo: Dante.

Los Índices expurgatorios eran varios y copiosísimos. Casi cada país católico tenía el suyo. Eran destruidos por el fuego los que se podían captar y se llegaba a límites insospechados para la caza y muerte de libros y... autores prohibidos.

En un solo Índice expurgatorio, el impreso por Sacha en 1790, por Carlos IV, rey de España.

Este Índice ocupa 305 páginas a dos columnas; es decir, más de 7.600 autores. En él no figuran numerosos autores incluidos en los anteriores; apenas consagra dos columnas a las Biblias condenadas en los Índices anteriores; en el Índice de 1744 ocupaban más de veinte páginas las consagradas a la prohibición de Biblias. Muchísimas de estas obras han sido sacadas de los Índices citados y aceptadas como buenas, facultando a los católicos para su lectura.

¿Dónde queda la infalibilidad de la Iglesia y del papa, en esta cuestión concreta?

PREGUNTA: ¿Cuándo y cómo se abolió el llamado Santo Tribunal de la Inquisición romana?

RESPUESTA: El 16 de enero de 1813 lo abolieron las Cortes, por cien votos; aun tuvo la Inquisición cuarenta y nueve votos *ja su favor!* El decreto de su abolición se publicó el 22 de febrero del mismo año. Argüelles, Toreno, Company, Villanueva, Ruiz Padrón, Muñoz Torrero, Mejía, García Herreros..., atacaron a la Inquisición, y la defendieron, Pérez, Bárcena, Cañero, López, Terrero, Borrull...

El miserable rey Fernando VII, después de traicionar a España, a su vuelta, restableció el Tribunal de la Inquisición el 21 de julio de 1844; volvió a estar abolido, desde el 9 de marzo de 1820 hasta el 11 de octubre de 1823; por fin, el 15 de julio de 1834, la reina gobernadora, María Cristina, lo declaró abolido definitivamente, cesando los crímenes y los abusos de esta institución catolicorromana, deshonor de la Iglesia y azote de la Humanidad...

MATÍAS USERO TORRENTE



# Notas de libros

**Militarismo. Militaradas.** *Acotaciones a la historia políticomilitar de España*, por G. Cabanellas. Editorial Castro, Madrid, 1933.

116 páginas de lectura tan sugestiva como interesante. La clave de mil enigmas de trágicas consecuencias nacionales. Y un índice designando lo que *fué*, como un consejo a recordar para que no pueda *volver a ser* jamás. Tal es el último libro de Guillermo Cabanellas.

No quiere su autor que el apellido influya en el enjuiciamiento de la obra; pero el crítico, que, en cierto modo, es fiscal, no puede prescindir del precedente que, en este caso, por fortuna, es una garantía. Guillermo Cabanellas conoce a fondo el *militarismo* y puede hablarnos, con gran noción de causa, de esas militaradas que han sido como obstáculos en la carrera de la conciencia cívica nacional.

Dos pensamientos: Del General Almirante éste: «La milicia colectivamente, la fuerza armada, ni en conjunto ni en sus unidades elementales y orgánicas, debe pesar con su masa en la balanza de los negocios públicos, ni marcar con su espada la amplitud de las oscilaciones políticas»; y de Villamartín este otro: «La caída de los Imperios y de las grandes naciones ha sido siempre entre el Pueblo y el Ejército, el odio del ciudadano al soldado», son como las dos columnas sobre que Cabanellas ha edificado su libro. Después de esto y después de conocer la posición ideológica del autor de *Esclavos* (publicada en *Cuadernos de Cultura*), fácil será valorar el alcance social de la presente obra.

No es solamente una interpretación histórica, sino la evidencia de lo pernicioso de las ingerencias militares en la organización social. Naturalmente, nos referimos a las que tienen como matriz la ordenación coactiva de los altos mandos.

La lectura de esta última producción de Guillermo Cabanellas, que por otra parte, nada deja que desear en cuanto a método y estilo, es no ya provechosa sino elemental, y más aún, como previa del análisis de los últimos fenómenos nacionales.

T. T.

## UN LIBRO DOCUMENTAL

En estos días, aún recientes las elecciones, cuando tenemos más cerca el escándalo religioso que ha sido el rapto provocador y descarado de ese Don Juan, que arrancando de los claustros a las monjas las desilusionó al no llevarlas a su quinta de placer y sí a un vulgar colegio electoral; cuando la ayuda religiosa se ha unido al ataque de la burguesía militar y capitalista para ir conjuntamente contra los programas políticos que más destacadamente representan la civilización; en estos días, repito, leo un libro sincero, acusador y documental (*Las religiones, desen-*

*mascaradas*. Matías Usero. Biblioteca ORTO) sobre lo falso, lo no cierto, lo equivocado de las religiones; principalmente el «catolicismo romano, que, juzgándose infalible y única, aparece como la menos religiosa y divina de las religiones, como la que mayor daño ha causado y sigue causando a la Humanidad».

Este libro, cuyo autor —ex sacerdote y misionero católico— es un prestigio, al tiempo que una figura en estas materias, tiene un interés y una utilidad extraordinarios. Después de leerlo, las religiones quedan desreligiosidades, y, vemos, al detalle, lo anti-religioso de todas ellas.

Cumplen, autor y editor, una misión digna de aplauso al facilitar, con la publicación de este libro, una guía que ha de servir a los que quieren conocer el secreto oculto de la religión.

En otra ocasión, con más espacio disponible, nos ocuparemos, detalladamente, de este magnífico libro.

## VIDAS

En la colección «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», de Espasa-Calpe, un nuevo libro la enriquece: *El cura Merino*, por Eduardo de Ontañón.

Este fino y castellanizado escritor, de espíritu observador y que conoce la Meseta como muy pocos, ha tenido un gran acierto al elegir este personaje; callado, tímido y asceta que es el cura Merino, porque la psicología de este guerrillero es la misma que la de Castilla. Cuando me envié el libro, antes de saborearlo, dije: este libro estará muy bien, pues Ontañón sabe y conoce el ambiente. Y no me engañé.

Pocos libros estarán tan entonados con la época, la geografía y los personajes como esta biografía.

El buen poeta Manuel Altolaguirre ha intentado hacer una biografía de Garcilaso de la Vega (*Garcilaso de la Vega*. Manuel Altolaguirre. Espasa-Calpe); y digo ha intentado, porque el libro no es una biografía en realidad, sino un estudio, un ensayo si quiere, sobre la poesía, sobre las situaciones poéticas de Garcilaso. Toda la vida está vista y escrita a través de un anteojo poético; más le preocupa a Manuel Altolaguirre el metro de una composición que la fecha de un hecho; tiene más interés un suceso de consecuencias poéticas que un movimiento de altura biográfica.

El libro, como estudio poético, es muy bueno; como biografía, regular.

## MEMORIAS

Gustavo Stresemann, pacificador, hombre de lucha internacional, perfil acusado de la política de post-



guerra, al morir nos deja su vida, su actividad y su palpitación en su archivo, en sus documentos.

Publicar sus Memorias fué su deseo, pero el excesivo trabajo, una enfermedad y la muerte, impidieron que se realizase en vida.

Henry Bernhard, Wolfgang Goetz y Paul Wiegler se encargaron de recoger, organizar y seleccionar sus papeles; y hoy aparecen en las librerías españolas.

La versión castellana (*Memorias de Gustavo Stresemann*. Espasa-Calpe) ha reducido algo la edición alemana, sobre todo en los asuntos de «interés única y exclusivamente alemán» y en la «biografía de Stresemann», que antecede a las *Memorias*.

En las actuales circunstancias de barbarie y primitivismo que atraviesa Alemania; cuando bajo la cruz gamada, tan bestial y sanguinaria como la otra cruz, se cometen los mayores asesinatos y se prepara la guerra, la figura de Stresemann se destaca y se le recuerda. Y, en medio de las voces de mando de los jefes de Asalto, del tableteo de las ametralladoras que matan y diezman a los trabajadores y de los viejos clarines guerreros que llaman a la monarquía y al frente, la voz de Stresemann se oye, algo rebajado su tono, por el eco de las palabras de ese epiléptico que se tapa su deprimida frente con un mechón de pelo...

## HISTORIA

En la Historia Universal que bajo la dirección de Walster Goetz y traducida al castellano por García Morente publica Espasa-Calpe, acaba de aparecer el tercer tomo: *La Edad Media*.

Comprende este tomo —primero de los dos que han de abarcar esta Edad— seis estudios, ensayos, que dibujan la situación histórica desde el derrumbamiento del Imperio romano hasta fines del siglo XII.

## INFORMES, TESIS Y DEBATES

Acabo de leer un libro (*Hacia una nueva educación*. Willian Boyd. Espasa-Calpe) de gran interés documental para los maestros que deseen conocer en qué dirección se mueve el pensamiento y la práctica pedagógica y para los estudiantes que quieren informarse acerca de los métodos modernos.

Se trata de una crónica completa y bien resumida de las sesiones celebradas en Elsinore (Dinamarca), con motivo de la Quinta Conferencia Internacional, convocada por la Asociación de la Educación Nueva, en el mes de agosto de 1929.

Sobre el terreno de la convocatoria se trazó con mano segura por Mistress Beatrice Ensor el plan de esta reunión, para que en ella se pudieran plantear y resolver los problemas más frágiles que la psicología pedagógica y la brújula de orientación fácilmente variable del programa tienen, dentro del radio de acción de la nueva educación, planteados.

En cuatro partes —campos abiertos y despejados— se dividieron los trabajos para facilitar la rápida y

provechosa marcha de las tareas de los congresistas de la ciudad dinamarquesa.

La primera parte —«La educación en una civilización que se transforma»— respondía al interés general que había por saber cómo los países que radicalmente habían cambiado, durante o después de la guerra, su régimen político o su estructuración geográfica, tenían modificados y establecidos sus sistemas de enseñanza. Para dar una visión completa de las modernas escuelas hablaron de una manera detenida y documental los representantes de Alemania, Rusia, Austria, etc.

En segundo lugar —«La escuela viva»—, teniendo en cuenta las grandes dificultades que los maestros encuentran al intentar por sí solos y aisladamente el mecanismo de la enseñanza, se trató de la reforma del programa con relación especial y detallada de los métodos, las pruebas y los exámenes. Sobre estos tres puntos, polos y ejes sobre los cuales gira la esfera de la moderna pedagogía, fueron muy interesantes las intervenciones de los pedagogos alemanes, ingleses y norteamericanos.

En tercer puesto —«El fondo social de la escuela viva»— al considerar que la humanidad puede lograr su forma más perfecta cuando los niños crezcan libres y sin opresión, en un ambiente cultural, se estudió el procedimiento pacífico, para evitar que los prejuicios del medio ambiente —maestro, familia, tradiciones— influyeran negativamente sobre el niño que se intenta formar. Sobre estos antecedentes Willian Boyd hace un buen resumen de las principales discusiones que en Elsinore se desarrollaron.

Y, por último —«La nueva psicología y la nueva educación»—, dada la enorme importancia que en la actualidad tiene el conocimiento de la psicología del niño, se concedió categoría de tema central en la Conferencia a las investigaciones e informes sobre temas de psicología aplicada —o aplicable— a la pedagogía. Esta última parte tiene, dada la preparación de los que intervinieron, un gran interés informativo para maestros y psicólogos.

Este libro es un verdadero reportaje sobre la Conferencia de Elsinore. El profesor Boyd ha cogido toda la materia prima de ella y, haciendo cortes a «los discursos, informes y comentarios», nos da el esquema fiel, la línea recta y pura que nos sirve de dirección para seguir día por día el desarrollo de la labor realizada.

ALVARO ARAUZ



GRÁFICAS REUNIDAS.-Grabador Esteve, 19, Valencia



B L I O T E C A

# ORTO

Dirección: Apartado de Correos 454, MADRID

- EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.
- PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.
- PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.
- TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.
- JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.
- SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.
- COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin*, *Bogomolov*, *Guerchandovich*.—4 pesetas.
- F. O. R. A. (Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina), por *Diego Abad de Santillán*, prólogo de *Juan Lazarte*.—Un libro de más de 300 páginas en el que el conocido militante D. A. de Santillán estudia minuciosamente los fines, alcance y desarrollo del movimiento obrero en la Argentina.—3 pesetas.
- LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Avoguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.
- PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el Dr. *Benjamín Arnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del Dr. *Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia.
- EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.
- COMO SE CURAN Y COMO SE EVITAN LAS ENFERMEDADES VENEREAS, por *Hildegart*. Con ilustraciones.—4 pesetas.
- EL PROLETARIADO ANTE EL SEXO, de *N. Tarassov*. (El derecho al aborto. El aborto legal y clandestino).—1 peseta.
- «EL CAPITAL», DE CARLOS MARX, AL ALCANCE DE TODOS, de *Carlo Cafiero*. Prólogo de *James Guillaume*.—2 pesetas.
- LIBERTINAJE Y PROSTITUCION (*Grandes prostitutas y famosos libertinos*), por *E. Armand*. Una obra sensacional acerca la influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre. Ilustrada con numerosos grabados y fotografías.—10 pts.
- PROSTITUCION, ABOLICIONISMO Y MAL VENEREO, por el Prof. *Luis Huerta*. Una obra de palpitante actualidad para todo aquel que quiera enterarse del estado actual de la prostitución en España y en el mundo; la reglamentación, el abolicionismo, la trata de blancas, etc.—4 pesetas.
- EL COMUNISMO LIBERTARIO Y EL REGIMEN DE TRANSICION, por *Christian Cornelissen*. La organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros; distintas maneras de apreciar el problema monetario; la organización de la agricultura; justicia y policía en una sociedad comunista; el arte, la moral, etc, etc.—2 pesetas.
- LAS RELIGIONES DEL MUNDO DESENMASCARADAS, por *Matías Usero Torrente*. Un tomo de más de trescientas páginas, en las que el autor pasa revista y compara todas las religiones, a la luz de la ciencia y con un criterio modernísimo. Los grandes conocimientos del autor —ex sacerdote misionero católico— y su larga experiencia religiosa hacen de este libro algo indispensable en la biblioteca del hombre libre.—5 pesetas.



Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados

N.º **87.** **Georges Sorel (1847-1922)**

Por GAETAN PIROU - Precio: 0'60 ptas.

N.º **88.** **El psicoanálisis, ciencia del porvenir**

Por F. DURÁN JORDÁ. - Precio: 0'60 ptas.

N.º **89.** **Individualismo, Estética y Humanitarismo**

Por EUGEN RELGIS. Precio: 0'60 ptas.

N.º **90.** **El estudio del niño y sus aplicaciones**

Por el Profesor R. OLIVARES FIGUEROA. - Precio, 0'60 ptas.

N.º **91.** **El destino social del arte**

Por CAMPIO CARLOS CAMPIO. - Precio, 0'60 ptas.

*En breve aparecerán  
dos obras de gran interés:*

## **El ideal de humanidad**

por el profesor T. G. MASSARYK

## **Formas de vida sin Estado ni autoridad**

(Historia de las experiencias económicas  
y sexuales a través del mundo)

por E. ARMAND